El tiempo de las ilusiones sencillas

Rafael Alcázar

SUMA

El tiempo de las ilusiones sencillas

Rafael Alcázar

SUMA

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Este libro quiere ser un homenaje
a los niños de la polio,
al mundo de la radio,
a mi padre y
a Alfredo Di Stéfano.

INTRODUCCIÓN

1
El año de las saetas

El invierno se nos echaba encima. Nuestras madres empezaban a obligarnos a llevar abrigo y nos ataban la bufanda al cuello al salir por las mañanas a la escuela. El sol se escondía mucho más temprano y por las tardes ya no había casi tiempo para jugar a las chapas o a las guerras antes de que nos llamaran a casa para hacer los deberes y cenar. Estábamos en los últimos meses del año 1957 en un pueblo de Toledo llamado Villanueva. Eran los años de la leche en polvo en las escuelas, la omnipresencia de Franco (en retratos, en las calles, en los periódicos, en la radio, en los vivas…), los desfiles de las camisas azules de Falange los domingos y la epidemia de la temida poliomielitis imponiendo su terror en las familias. Pero ese año de 1957 fue también el del triunfo de Sarita Montiel con *El último cuplé* tras su conquista de Hollywood, el de la película de Berlanga *Los jueves, milagro* (unos años antes había hecho *Bienvenido, Mister Marshall)* y el del lanzamiento del Seiscientos, un lujo que empezaba a estar al alcance de bastante gente. Un mundo de caspa que se iba y otro de esperanza y modernidad que llegaba. Y también eran aquellos los años de una bendita radio a través de la que nos llegaban, además de los anuncios del Cola Cao y del Mistol, las gestas de ese gran Real Madrid que triunfaba por toda Europa. Porque ese era el otro gran acontecimiento que venía con el invierno: los partidos de fútbol de la Copa de Europa, ahora llamada Champions. (Acababa de nacer la televisión, ya nos lo había dicho el No-Do, pero, por supuesto, en Villanueva no había ni un solo aparato).

Ese año de 1957 un casi desconocido Laureano López Rodó fue nombrado director de la nueva Secretaría General Técnica de Presidencia, iniciándose desde ese mismo momento, entre los ministros y otros altos cargos, una paulatina sustitución de politicastros y falangistas por técnicos y hombres con carreras universitarias. Ni el propio Franco podía imaginar lo que en ese año empezaba a gestarse ni lo importante que sería para el futuro de España. Al año siguiente periódicos como *El Pueblo* comenzarían ya a hablar de la «tecnocracia» y de la verdadera vuelta de nuestro país a la comunidad internacional. Pero la España profunda y real se encontraba todavía lejos de esos vientos renovadores que se

levantaban en la capital. En los pequeños pueblos en particular, aunque la Guerra Civil hacía ya casi veinte años que había terminado, las heridas no terminaban de cicatrizar (los que tienen privilegios adquiridos por ciertas circunstancias no desean que esas circunstancias cambien). Heridas que condicionaban demasiado la convivencia social.

Yo en ese arranque del invierno jugaba a las chapas, como casi todas las tardes, con mis dos grandes amigos: Lito, de doce años, el más alto de los tres, con el flequillo de su pelo rubio cayéndole sobre ese rostro siempre tan franco y tan decidido, y Adolfo, que pronto iba a cumplir también los doce años, un poco gordito y con la cara más simpática del mundo. Yo era el más pequeño en estatura y edad —aún no había cumplido ni los once años—, y también el más delgado y el más tímido. Había llegado al pueblo con mis padres y mis hermanas al principio de ese último verano y no podía imaginar que en tan poco tiempo podría hacer tan buenos amigos. Tanto que mientras jugábamos de rodillas en la tierra, y veía a Lito apartarse el flequillo de la cara antes de hacer su jugada y a Adolfo mordiendo con tanto apetito su bocadillo de membrillo antes de dejarlo al lado sobre la tierra para coger su chapa, me di cuenta, allí, de pronto, de que en ese pueblo que unos meses antes yo ni conocía había descubierto lo que era la amistad. Y me entró una sensación de felicidad tan grande que se me llenaron los ojos de agua por la emoción y a punto estuve de hacer el ridículo ante mis dos amigos. ¿Cómo podía tener yo la gran suerte de haber encontrado a tan buenos amigos? Quién me lo iba a decir, cuando precisamente yo, un niño un tanto huidizo, me había encontrado más de una vez esa primavera, en el otro pueblo, llorando en silencio en el cuarto de baño por no tener ningún amigo. Entonces oí a Adolfo que me decía mientras me daba con el codo:

—Vamos, Rafa, que te has *quedao alelao*…

—Coloca bien a Alonso, que se va a enterar de lo que es un golazo… —añadió Lito.

Lito se refería a mi chapa con el cromo recortado del portero del Real Madrid. Mi amigo pegó su cara al suelo antes de apuntar y golpear con el dedo la chapa de su Kubala. La canica entró en la portería como un rayo.

—¡Gol! —gritó.

—Eso no vale, Lito —dije yo—. ¿A que tenía que poner barrera, Adolfo?

—La tenías que haber pedido —replicó Adolfo antes de dar otro buen mordisco a lo que quedaba de su bocadillo.

En ese momento un ruido atronador llegó a nuestros oídos. Ya lo conocíamos de otras veces. Eran los nuevos cazas Saeta del ejército. Mis amigos y yo dejamos por un momento las chapas, nos pusimos en

pie y levantamos la vista. Unos segundos más tarde aparecieron en el cielo dos Saetas color plata con sus llamativos estabilizadores rojos en los extremos de sus alas. Estos dejaron sendas estelas de humo blanco y a nosotros nos encantaba observar cómo se iban descomponiendo poco a poco empujadas por el aire. El popular reactor militar era en aquel momento el orgullo de la tecnología española, que la Radio Nacional de España y el No-Do no se cansaban de ensalzar. En los meses siguientes, ignoro las razones, que seguro que las había, su repetida presencia sobre nuestras cabezas, a menudo en vuelo muy bajo, se nos iba a hacer familiar. Los tres nos pusimos a correr un rato por la calle sin dejar de mirar al cielo siguiendo a los reactores hasta que los perdimos tras los tejados. Luego regresamos sobre nuestros pasos y volvimos a tirarnos al suelo con nuestras chapas.

—Yo prefiero esta otra Saeta —dijo Adolfo cogiendo la chapa de Di Stéfano.

Y Lito y yo asentimos. Porque para nosotros, por mucho que nos asombrase el ruido y la velocidad de aquel novedoso avión a reacción, la verdaderamente importante era otra saeta, la «Saeta Rubia», que era así como llamábamos a Alfredo Di Stéfano por su velocidad, el mejor delantero del mundo y el héroe de aquel gran Real Madrid que ya había ganado dos Copas de Europa e iba a por la tercera. El Madrid había quedado exento de la primera eliminatoria por su condición de campeón y le había tocado enfrentarse en la siguiente ronda a un equipo holandés de nombre impronunciable. Aunque don Pedro, nuestro maestro, nos había dicho luego que la traducción era sencillamente Real Amberes.

—Les va a caer una docena de goles —afirmó Lito.

OCTAVOS DE FINAL

2
La vida en un palacio

Vivíamos en un palacio del siglo XVIII. Mejor dicho, medio palacio, porque al viejo edificio lo habían partido por la mitad por causa seguramente de alguna herencia. A nosotros nos había tocado la señorial puerta principal y dos tercios de la fachada, pero tras pasar el portalón te encontrabas con un patio de altas columnas redondas de piedra dividido en dos por una tapia que llegaba hasta el piso de arriba. A mis amigos y a mí nos encantaba porque era una casona enorme llena de cuadras abandonadas, negras chimeneas, trojes amplias y vacías, patios y corrales; ideal para jugar al escondite o a las guerrillas. Nosotros vivíamos en la primera planta, que mis padres habían arreglado un poco construyendo una cocina y un váter. También pusieron suelo de losetas en la cocina, el comedor y el salón de estar. En el resto de la casa el suelo se mantuvo de yeso, tal como estaba. Pero el váter no se encontraba dentro de la propia vivienda; para llegar a él había que atravesar un par de cámaras con trastos viejos y llenas de ratas. Debajo de estas cámaras, que antaño servían para guardar los cereales, estaban las cuadras y tras ellas el primer y pequeño patio, en el que se había cavado un pozo negro al que caían nuestras cacas y pises desde lo alto. Este largo paseo hasta el váter a mí me resultaba hasta divertido. Lo único malo era que a mis hermanas les daban miedo las ratas y por las noches yo debía acompañarlas cada vez que tenían ganas de hacer sus necesidades.

Arriba, frente a las escaleras y al lado de la puerta de las cámaras, estaba la oficina de mi padre. Aunque él no entraba demasiado allí. Quien lo hacía casi todos los días era Ángel, su escribiente. A mí me encantaba ver cómo afilaba continuamente la punta de los lapiceros con una cuchilla de afeitar para que las copias de los negociables quedaran bien claras. Pero lo malo era que fumaba como un carretero. Abrías la puerta para saludarle y salía una densa nube de humo que te envolvía por completo. Sobre todo en invierno, porque era friolero y no abría la ventana ni una rendija.

Lo primero que yo hacía todos los días antes de ir al colegio, mientras desayunaba en la cocina, que tenía una ventana que daba al patio de columnas, era mirar mi álbum de cromos, deleitándome con ellos, diciéndome que eran míos y solo míos, acariciando los más

difíciles de conseguir y comprobando una vez más los pocos que me faltaban. Era un ritual. Mi madre me llenaba un gran tazón de leche con un poco de Cola Cao y yo empezaba a echar dentro los migones de pan. En cuanto mi madre se iba a terminar de vestir a mis dos hermanas mayores, que también iban a la escuela, yo me echaba un poco más de Cola Cao, ponía mi cartera de piel marrón sobre la mesa, sacaba de ella mis álbumes de cromos y los remiraba pasando página tras página. Además del de futbolistas tenía el de actores de cine y el de *Los Diez Mandamientos,* aunque este ya lo había terminado y había dejado de interesarme. Pero ahora que empezaba la Copa de Europa toda mi atención se había centrado en el de fútbol. La portada del álbum la llenaba el rostro de un sonriente Alfredo Di Stéfano con su pelo rubio y sus incipientes entradas. El álbum estaba ordenado por equipos, en cada página uno. En la primera hoja estaba el equipo del Real Madrid, en la segunda el Barcelona. Del equipo del Madrid solo quedaban en blanco dos recuadros: el número 9, de Alfredo Di Stéfano, y el 11, de Gento; los dos más difíciles.

Pero ese momento de deleite en la intimidad con mis cromos duraba poco. Muy pronto llegaban las pequeñas, de ocho y nueve años, y se sentaban una a cada lado a curiosear el álbum. Y enseguida, también, oía a mi madre desde el dormitorio:

—Rafael, seguro que ya estás con el álbum de cromos. Pon la leche a tus hermanas. Y una cucharada de Cola Cao a cada una. Luego guarda el bote en la despensa.

Mis hermanas acercaban sus tazones. Yo cerraba el álbum y hacía obedientemente lo que debía hacer un hermano mayor. Poco después volvía a oír a mi madre:

—Da un beso a tus hermanas y vete, no llegues tarde a la escuela…

Pero mis hermanas me sacaban la lengua divertidas rechazando, en plan de juego, mi beso. Entonces yo me ponía el álbum en la cara como si fuese una careta y ellas, muy sonrientes, se acercaban y daban un beso al rostro de Alfredo Di Stéfano.

—Y no te olvides de santiguarte al salir a la calle. —Oía otra vez a mi madre.

—Sí, mamá…

Yo guardaba el álbum en mi cartera, me la colgaba a la espalda, me terminaba de beber la leche con Cola Cao que quedaba en el tazón, me subía las medias grises con rombos de colores hasta las rodillas, me despedía de mi madre…

—Adiós, mamá…

… Y salía corriendo por el pasillo, las escaleras abajo y el patio de columnas. Pero al traspasar el portón de la calle no me santiguaba. Era una de las pocas formas que tenía de rebelarme contra mi madre.

3
La calle Mayor

Una vez que me veía fuera de la casa dejaba de correr. Vivíamos en la calle Mayor, pero casi al final del todo; de manera que tenía que recorrerla entera hasta alcanzar la plaza, donde estaba el ayuntamiento y el casino, y luego coger otra calle pequeña para llegar a la escuela. A mí me encantaba ir andando por el centro de esa calle Mayor y sumergirme en los sonidos y los olores que salían de los balcones abiertos. Los hombres se habían marchado ya temprano con sus carros y sus mulas y a esas horas eran las mujeres las que se adueñaban de las casas y de la calle. Yo relacionaba las plantas bajas de las casas con los hombres, con sus trabajos y sus carruajes; y representaban para mí el esfuerzo, el sudor, la responsabilidad, las obligaciones… Mientras que las plantas de arriba las veía siempre propiedad de las mujeres, de sus canciones, de sus risas y de sus radios a todo volumen. Y por eso significaban para mí la ilusión, los sueños, la vida más allá del pueblo, la fantasía…

Las mujeres me mostraban siempre una especial simpatía. Seguramente era por mi cara de buen chico, o porque siempre era muy educado, o porque yo vestía mejor que la mayoría de los muchachos, o por mi aspecto de cierta fragilidad. O por un poco de todo esto. El caso era que gran parte de las mujeres dejaba salir su cálido sentimiento maternal ante mi presencia. Y, claro, a mí eso me encantaba. Quizá era que —ahora lo pienso, entonces no me daba cuenta— echaba de menos esa calidez maternal en mi propia madre, siempre tan austera y tan rígida.

La primera casa con la que me encontraba, pegada a la nuestra, era la casa cuartel de la Guardia Civil con el cartel de «Todo por la Patria» sobre la bandera española encima de la puerta. Y la primera que me saludaba era la mujer del sargento, que casi siempre estaba barriendo a esa hora la acera de la puerta del cuartel.

—Adiós, Rafita…

—Adiós, doña Juana —contestaba yo.

Y casi siempre también, casi a la vez, oía gritar por la ventana desde el interior a la mujer andaluza del cabo:

—Antonio, ¿qué hora *e*?

Luego me encontraba a la Vicenta, que amamantaba siempre a su

niño sentada en un banco junto a la puerta, aunque fuera invierno e incluso nevara.

—Adiós, Rafita, estudia mucho…

—Adiós, doña Vicenta…

A continuación solía ver a la María, que no se cansaba de sacudir las mantas en el balcón con el palo de una escoba:

—Hasta luego, hijo…

—Adiós, doña María…

Por los balcones, casi todos abiertos, se oían las emisoras de radio a un alto volumen. En una casa sonaba: «Es el Cola Cao el desayuno y merienda ideal…». En otra se escuchaba la característica voz de Antonio Molina cantando el *Soy minero* a todo pulmón. En otra un locutor muy empalagoso alababa las incomparables virtudes del nuevo Mistol. Para mí, que aquel año estaba descubriendo todo casi de golpe, ese paseo matutino y diario era uno de los momentos más bonitos de la jornada. Por eso nunca tenía prisa por llegar al colegio, aunque eso me hubiese costado algún que otro castigo.

Otra mujer había sacado a airear el colchón de lana y lo apoyaba con cuidado en la barandilla del balcón. No se le veía la cara, pero yo sabía quién era:

—Adiós, doña Fulgen…

—Adiós, hijo, Dios te bendiga… —contestaba ella asomándose.

—Adiós, doña Mariana —dije luego girando la cabeza hacia la acera de enfrente.

Pero doña Mariana, una mujer inválida que siempre estaba sentada en su silla de ruedas en el mirador de la casa más lujosa de la calle, era la única que nunca me contestaba ni me decía nada. Nunca decía nada a nadie, por eso yo tampoco esperaba otra cosa. Doña Mariana siempre estaba observando desde arriba tras los cristales, siempre con esa cara agria y de juez inmisericorde que daba verdadero miedo. Era la mujer del alcalde y se contaban muchas versiones diferentes sobre cómo se había quedado inválida. Precisamente estaba yo imaginando una de estas —cómo doña Mariana, tras descubrir a su marido con otra mujer en su propia cama, salía corriendo y se caía por las escaleras— cuando oí cerca una voz femenina desconocida para mí:

—¡Chisss, Rafa…!

Me giré, pero al principio solo vi delante de la casa del alcalde, don Fidel, su Citroën «Pato» negro, como casi siempre. Al poco asomó por detrás del coche la cara alegre de una chica de unos catorce años de aspecto agitanado, con el pelo negro rizado y un poco despeinado y una sonrisa grande y franca, que estaba sacando brillo al automóvil con una bayeta. Me pareció muy guapa y supongo que me ruboricé.

—¿No quieres que te enseñe algo…? —me dijo descaradilla.

Ya había oído que don Fidel tenía una criada nueva, pero no la

había visto hasta ese día y no imaginaba que fuera tan joven. Ni sabía por qué conocía mi nombre. Sin darme cuenta me quedé contemplando ese aire salvaje que exhibía la muchacha. Y digo salvaje no en el sentido de agresivo sino en el de poco contacto con la civilización. Y eso me cautivaba…

—Seguro que no lo has visto nunca… —añadió mientras se desabrochaba un botón del vestido.

—Tengo prisa… —acerté a decir muy nervioso.

Pero allí seguí, quieto, mirándola. Mis pies no se despegaban de donde estaban.

La muchacha se desabrochó un segundo botón, bordeó el coche y me tendió su mano.

—Ven aquí, anda…

Yo, hipnotizado, di un paso adelante con mis ojos clavados en su escote. Pero el timbre de una bicicleta hizo que ella se cerrara el vestido con rapidez y se girara; y también que yo volviera a la realidad. Eran el sargento y el cabo de la Guardia Civil que regresaban al cuartel.

—¡Aligera, Rafita, que llegas tarde a la escuela! —me dijo el sargento.

—Ya lo has oído: aligera —le secundó el cabo.

Seguramente ni se dieron cuenta de lo que ocurría, pero yo me puse rojo como un tomate y tuve la misma sensación de culpabilidad que si esos guardias me hubieran pillado robando el cepillo de la iglesia.

4
Don Fidel y la Gisela

Aceleré el paso para recuperar el tiempo perdido y pronto me encontré en la plaza principal del pueblo, la plaza del Generalísimo. A mi izquierda quedaba el Gran Bar Casino, a la derecha el ayuntamiento y en el centro una fuente con un brocal de piedra, que todos utilizábamos como un banco para sentarnos, rodeada por unas cuantas plantas que querían aparentar un pequeño jardín. El ayuntamiento era antiguo, pero con tantas modificaciones y remiendos que lo único que ya destacaba eran el amplio balcón de hierro y las banderas. El Gran Bar Casino, por el contrario, era un edificio vistoso de traza modernista con su historia. El rey Alfonso XII y su esposa, la reina, hicieron aquí un alto en su camino hacia Alicante y quedaron tan contentos que regalaron al Casino Bellas Artes, así se llamaba antes, una vajilla de plata que todavía podía verse en una vitrina de la planta de arriba. En ese piso alto se celebraban las comidas oficiales y las de las bodas y bautizos de los pudientes, pero yo no lo llegué a ver nunca. Sí conocía el piso de abajo, porque iba allí de vez en cuando a buscar a mi padre, enviado por mi madre, para que volviese pronto a casa a cenar.

Lucio, el encargado del casino, estaba pintando con letras blancas en el cristal de una de las ventanas las palabras «zarajos» y «pajaritos fritos». Cerca de él, en la puerta, con una copa de coñac en la mano, se encontraba don Fidel —que además de alcalde era también el más rico del pueblo y el presidente del casino— observando todo su territorio de influencia. Era un hombre de unos cuarenta y ocho o cincuenta años, más joven que doña Mariana, su mujer, y bastante apuesto; vestía siempre un traje «de Gales» muy bien planchado. Don Fidel, fuera en la terraza con el buen tiempo o dentro si hacía frío, utilizaba el casino como su oficina particular por las mañanas, donde contrataba a peones, cerraba tratos, mandaba tareas o cobraba rentas.

En el centro de la plaza, junto a la fuente, estaba aparcado un *jeep* descapotable del ejército norteamericano. A unos kilómetros del pueblo se situaba una base de radar americana que había traído algún trabajo y algún dinero al pueblo. Uno de los soldados, negro, estaba sentado al volante inquieto y mirando lánguidamente. Otros tres, uno de ellos afinando una guitarra, se sentaban en el pretil de la fuente. Yo

sabía lo que estaban esperando. Apareció entonces la Gisela por una bocacalle y atravesó la plaza como una reina. Era una moza alta y morena, muy atractiva y desenvuelta, con un cuerpo lleno de curvas: la guapa del pueblo. Todos los chicos, los hombres del pueblo y los soldados americanos se morían por verla, por ver sus andares, por ver las puntillas de sus enaguas en sus pantorrillas, por dejarse contagiar de sus risas. Venía dos o tres días a nuestra casa a hacer la limpieza y también ayudaba en la cocina y la limpieza del casino. La vi venir hacia mí con una maleta de madera en la mano. Vestía una falda y un jersey de colores llamativos y llevaba el pelo suelto. Por primera vez la encontré extraordinariamente hermosa y comprendí, al fin, por qué levantaba ese revuelo de miradas a su paso. La había visto en mi casa muchas veces, me había besado otras tantas, pero desde aquella mañana ya supe con certeza que cuando me volviera a besar me pondría colorado y se me aceleraría el pulso. ¿Por qué desde ese día? ¿Había tenido algo que ver con la aparición de la joven criada del alcalde y su abierto escote?

El encargado del casino se detuvo en su quehacer para volverse a mirar a la Gisela, el alcalde dejó su copa y esbozó una sonrisa maliciosa y los soldados americanos se giraron hacia ella como un resorte. El de la guitarra empezó a tocar unos acordes mientras los otros dos comenzaron a cantar y a saludarla con sus gorras.

—Gisela, Gisela… Gisela, *my love*…

—¿Solo sabéis cantar eso? ¿No os sabéis ninguna ranchera mejicana? —Reía ella mientras cruzaba una mirada tierna con el soldado de color.

Pero fui yo la envidia de todos porque fue a mí a quien se acercó.

—Hola, Rafita… ¿Al cole, no?

—Sí. ¿Y tú? ¿Ya te vas del pueblo?

—Todavía no, qué más quisiera. Pero la Gloria ya me está haciendo el ajuar. ¿Sabes lo que llevo aquí? —Me señaló la maleta—. Enaguas de raso bordadas… Como las de la Sara Montiel en *El último cuplé*. —Y se rio muy coqueta mientras se volvía hacia los soldados, que seguían cantando—. Pero no te preocupes, Rafita, que no me marcharé sin despedirme de ti…

Y la Gisela me revolvió el pelo cariñosamente con su mano después de hacerme un mohín picarón, me dio la espalda con un golpe de melena y siguió su camino contoneando sus caderas divertida y un poco exhibicionista. Yo creo que lo hizo a propósito al darse cuenta de que yo la había mirado, por primera vez, como un mayor. Me quedé unos largos segundos parado y boquiabierto, mientras miraba aquella melena bailando sobre su espalda y aquel redondo y maravilloso trasero moviéndose lleno de gracia hacia un lado y otro, antes de fijarme en el alcalde. Había dado unos pasos hacia nosotros pero la

Gisela pasó de largo sin mirarle siquiera. Yo noté que la cara de don Fidel se crispó y temí algo peor, pero ahí quedó todo. Era conocido por todo el pueblo que un par de años atrás la Gisela había entrado a trabajar de criada en la vivienda del alcalde y que, antes de una semana, había abandonado la casa con su maleta en la mano después de llamarle de todo. Don Fidel estaba acostumbrado a que todo el mundo hiciera lo que él mandaba, aunque no contaba con que alguien como la Gisela le pusiera en su sitio. Pero después de ver la cara de don Fidel aquel día yo supe que esa historia no había terminado. O don Fidel no se había dado por vencido o aún quería pedir cuentas a la Gisela por el desplante.

5
Quique y las mulas

Crucé la plaza corriendo para recuperar el tiempo que había perdido y embocaba ya la pequeña calle que conducía directamente a la escuela cuando oí la voz de Quique:

—¡Rafa!

Me detuve, me volví y justo medio segundo después se estrelló certera en mi cara una gran boñiga de mula. Quique era el hijo del sargento de la Guardia Civil, un chico alto y dos años mayor que yo, al que nada parecía divertirle más que meterse conmigo. Se reía a carcajadas.

—¡Hay que salir de casa con la cara mejor lavada!

—Sí, bien lavada —apostilló Toño.

Me quité con las manos la suciedad de la cara. Pero, aparte del asco de notarla en los labios, alguna partícula de esa mierda me había entrado en un ojo y me escocía como si me hubieran echado vinagre. Aun así, cuando vi que Toño, el pequeño hijo pelirrojo del cabo, que siempre estaba un paso por detrás del hijo del sargento, se acercaba a mí con otra boñiga en la mano salí corriendo todo lo rápido que pude. Perseguido de cerca por Quique y Toño, noté que un par de boñigas más me daban en la espalda.

Aquí es necesario explicar que en el pueblo solo había dos tractores, uno de ellos propiedad de don Fidel, por supuesto. El tractor era una novedad casi tan grande como los aviones a reacción. Justo en el año que estaba a punto de empezar, 1958, Barreiros obtendría la licencia para fabricar tractores, pero no estarían a la venta hasta 1960. Es decir, que casi la totalidad de las labores agrícolas se hacían aún con la ayuda de caballerías, mulas generalmente. Y que el transporte de la mies y el trigo se hacía con carros tirados por una mula o con las galeras, carros más grandes de dos ejes y una lanza central arrastrados por dos mulas. Y todos estos carros y galeras, así como las parejas de mulas con el arado (al que se acoplaban unas ruedecillas para transitar), atravesaban continuamente las calles del pueblo, por lo que estas estaban siempre llenas de boñigas de mula. O de burros y caballos, que nosotros las sabíamos distinguir perfectamente. De modo que el Quique o cualquiera podían agacharse con los ojos cerrados en mitad de la calle con muchas posibilidades de tocar alguna boñiga. Y

donde hay boñigas hay moscas. Aunque el olor de esa mierda en la calle no era excesivamente desagradable —el componente de paja es muy alto—, en verano las cosas cambiaban y con frecuencia había que taparse la nariz. Cuando nosotros buscábamos las eras para jugar al fútbol no era solo porque estaban más lisas sino porque, además, se hallaban libres de boñigas. Apenas había servicios de limpieza municipales, pero ese constituía el menor de los problemas, porque como esas boñigas eran un estupendo abono siempre había vecinas que se ofrecían a barrer un trozo de calle. Y hablar de un mundo con calles llenas de cagadas de caballerías es hablar de un mundo con herreros, herradores, carpinteros, fábricas de esparto, guarnicioneros, arrieros, cuadras, pajares, trilla en las eras, abrevaderos y baños para las caballerías, alpargatas, sombreros de paja, tiendas de horquillos y otros aperos, bolas de sal para los animales, Zotal para desinfectar cuadras y aceras…

Tras correr por la pequeña calle que llevaba a la escuela, cuando a duras penas alcanzaba la esquina con la placita, ya noté el aliento de Quique en el cogote. Pero justo en ese momento aparecieron Lito y Adolfo, como caídos del cielo. Quique y Toño casi se chocaron contra ellos.

—Esto no va con vosotros… —resopló Quique.

—No va con vosotros… —añadió Toño.

—Yo creo que sí —dijo Lito muy seguro—. Todos para uno y uno para todos.

Y sin mediar más palabras Lito se fue a por Quique.

—Si me tocas se te va a caer el pelo —soltó Quique.

—Se lo va a decir a su padre —añadió Toño.

—Mira cómo tiemblo —le contestó Lito.

Segundos después Lito ya había agarrado a Quique y los dos rodaban por el suelo. Entretanto, Adolfo se había quitado de en medio a Toño con una patada en el culo que le hizo caer de bruces. Luego se dirigió hacia Quique, quien, con gesto de rabia, trataba de zafarse de Lito y levantarse del suelo. Adolfo levantó su gordo puño sobre la cara de Quique:

—¿Le atizo, Rafa?

—No —le indiqué yo con la cabeza en un gesto compasivo.

Lito, entonces, le dijo a Adolfo riendo, mientras inmovilizaba aún más a Quique:

—Es todo tuyo, Adolfo.

Y en un abrir y cerrar de ojos Adolfo se bajó los pantalones y los calzoncillos, puso su gordo culo sobre la cara de Quique y se tiró un enorme pedo en sus narices entre las risas y el jolgorio de toda la escuela, que ya había hecho corro alrededor. Sonó entonces el silbato de don Pedro, el maestro, mientras se abría paso entre los muchachos.

A Adolfo le pilló con medio culo al aire.

—Adolfo, ¿es que no te da vergüenza?

—No, señor, estaba haciendo una buena acción —respondió Adolfo muy serio.

Pero incluso yo, con restos de boñiga todavía en la cara, tenía que hacer esfuerzos para no seguir riéndome.

—Luego quiero ver lo limpias que tienes las manos —dijo secamente el maestro.

—Sí, señor…

Todos ya sabíamos lo que eso quería decir. Pero aun así algunos seguían sin poder parar de reírse.

—¿Alguno más quiere recibir? —gritó don Pedro.

6
La leche y el queso

El aula, la «clase», decíamos nosotros, era un rectángulo perfecto (perfecto hay que interpretarlo en un contexto donde no había ni una pared totalmente derecha). La cabecera de la clase estaba presidida por una gran pizarra negra con marco de madera y la mesa de don Pedro. Encima, en el centro y en lo más alto, un crucifijo, y un poco por debajo, los retratos del generalísimo Franco y José Antonio Primo de Rivera. A la izquierda del aula se encontraba la puerta de entrada, que daba directamente a la calle, y dos ventanas; junto a la segunda, que coincidía más o menos con el centro de la clase, se hallaba la estufa de leña. Los pupitres, de madera, viejos y llenos de pintarrajos, eran para dos chicos y estaban alineados en tres filas. En la mesa de don Pedro, próxima a la primera de las ventanas, todos los libros, lapiceros, tinteros y demás objetos estaban siempre colocados en el centro y a un lado, dejando en la otra mitad un amplio espacio libre para cortar el queso americano.

Sobre la estufa habíamos colocado nada más llegar la gran perola granate con agua que ya empezaba a hervir. Lito, de pie, al lado, esperaba este momento para volcar despacio la bolsa de leche en polvo americana mientras yo removía con una cuchara grande de madera, que agarraba con las dos manos, para que no salieran grumos. Al mismo tiempo, sobre su mesa, en la parte libre, don Pedro abría con el abrelatas, muy pausadamente (lo hacía siempre como si ejecutara un ritual importante), una gran lata dorada sobre la que se leía impreso en letras llamativas «U. S. of America». Luego volcaba el queso de color naranja sobre una tabla preparada para tal efecto y lo cortaba en lonchas con un cortador casero, que estaba hecho con un alambre semicircular con los extremos sujetos a una pieza de madera de la que agarraba y tiraba. Don Pedro era un hombre de unos cuarenta y pocos años, alto y corpulento, que vestía un traje muy usado pero limpio. No estaba casado, era su hermana la que le hacía la comida y lavaba y planchaba su ropa. Tenía un pelo espeso y rizado, muy repeinado, en el que ya brillaban bastantes canas. Don Pedro, don Fidel y mi padre eran los únicos que no tenían pinta de pueblerinos y parecía que viviesen en la ciudad y estuvieran de paso por el pueblo. Pero los tres eran muy diferentes: don Fidel miraba a

todo el mundo por encima del hombro, como si todos debiéramos ser poco menos que sus esclavos; don Pedro era muy presumido, se creía el más guapo y elegante de la región; y mi padre tenía un aire bonachón y despistado.

En la pizarra estaban escritas las palabras «Geografía española» y Miguel seguía leyendo en voz alta una lección de la enciclopedia escolar mientras nosotros terminábamos de verter la leche en polvo. Al mismo tiempo don Pedro completaba el corte del queso con un largo cuchillo, dividiendo en trozos las lonchas redondas igual que se corta una pizza. Al pobre Miguel ya se le secaba la boca y cada vez tenía más trompicones:

—«El clima de la Meseta Central es extremado y seco, y, como consecuencia de ello, los habitantes encauzan sus esfuerzos hacia el cultivo de las plantas que necesitan poca humedad y que resisten bien los extremos de temperaturas. Y así, en la Tierra de Campos y en toda La Mancha se cultiva con mucho rendimiento el trigo y la cebada; en León, el centeno; en la Tierra del Vino y en La Mancha, la vid; en La Bañeza y Ávila, las alubias; en Fuentesaúco, los garbanzos…».

Todos los días era igual; empezábamos la clase preparando la leche y el queso mientras alguien leía. Luego íbamos pasando todos en fila, siguiendo el orden de los pupitres, a recoger un trozo de queso de la mesa de don Pedro y un vaso de leche de la perola, que siempre preparaba y servía alguno de los mayores de la clase. A mí la leche me gustaba, pero el queso nada. Aquel queso naranja me sabía raro. Casi siempre se lo daba a algún compañero de clase sin que me viera don Pedro. Eran muchos los que me lo pedían para algún hermano pequeño que aún no podía venir a la escuela. Pero tampoco se lo comían la mitad de los chicos, porque se lo guardaban para llevárselo a casa. En los dos meses que llevábamos de curso ya me había dado cuenta de que la leche con Cola Cao que yo tomaba en el desayuno, y que a mí me parecía tan normal, era en el pueblo una cosa excepcional.

Hacía ya un rato que habíamos terminado con nuestra liturgia del queso y la leche en polvo cuando la Gisela cruzó por delante de la escuela, ahora sin la maleta, pero con el mismo contoneo y gracia de siempre. Incluso, por alguna razón, parecía más contenta y atractiva que de costumbre, lo que no pasó desapercibido para don Pedro, que se acercó enseguida a la ventana; y al momento, como por un resorte, casi todos los chicos se levantaron en tropel de los pupitres y se abalanzaron a las ventanas para verla también. Algunos de los mayores incluso silbaron. Don Pedro pareció no darse cuenta del tumulto hasta que la Gisela se perdió de vista. Entonces se volvió gritando y aporreando con la regla el pupitre más próximo:

—¿Quién ha dado permiso para levantarse?

Todos los chicos volvieron corriendo a sus pupitres menos Damián, el mayor de la clase, que se quedó rezagado echando una última ojeada a la ventana.

—¿Es que no me has oído, Damián? —gritó de nuevo el maestro.

Pero el chico apenas se inmutó, volvió tranquilamente a su pupitre y hasta miró a don Pedro de forma un poco retadora. Parecía decir con su gesto que le importaba un comino la escuela y que no tenía miedo del maestro ni de nadie. Eso sacó de quicio a don Pedro, que levantó aún más la voz.

—¡Con tus ovejas harás lo que te dé la gana, pero aquí se hace lo que yo digo! ¡Ven a enseñarme las manos!

—Si se han levantado todos, don Pedro… —se quejó Damián.

—Y todos ya están en su sitio menos tú. Ven a la mesa.

Mientras Damián se acercaba a la mesa por uno de los pasillos, don Pedro lo hacía por el otro. Dio un golpecito en el hombro de Adolfo al pasar a su lado.

—¿No se te olvida algo, Adolfo?

—No, señor… —respondió mientras se levantaba cabizbajo.

Adolfo y Damián se colocaron, uno junto al otro, frente a la mesa. Don Pedro, al otro lado, levantó su larga regla de madera. Los muchachos extendieron las palmas de las manos y el maestro les empezó a golpear con el plano de la regla. Los golpes sonaban secos y fuertes. El resto de la clase guardaba un religioso silencio: a todos siempre nos dolían un poco esos castigos públicos pegara a quien pegara. Teníamos trucos para que aquella maldita regla nos doliera menos. Como hacer un pequeño hueco en la palma de la mano o bajarla un poco justo en el instante en el que nos impactaba para amortiguar el golpe. Pero había que hacerlo con suma habilidad porque si don Pedro se daba cuenta, repetía el golpe o algo mucho peor: nos mandaba poner los dedos juntos como una piña para sacudirnos en las yemas. Y eso sí que producía un dolor casi insoportable.

Adolfo, igual que otras veces, hacía gestos exagerados de dolor y dejaba escapar algún pequeño quejido (decía que así le dolía menos). Y después de cada golpe bajaba las manos hasta la altura de la mesa con la esperanza de que el siguiente leñazo se estrellase contra el borde de madera cercano.

—Arriba esas manos…, más arriba…, que las vea bien… —Oíamos a don Pedro.

De todos modos Adolfo y Damián estaban de suerte. Don Pedro no pegaba con muchas ganas. Nuestro maestro, soltero, se iba a Madrid de putas cada quince o veinte días, eso lo sabía todo el pueblo. Hasta se comentaba que iba a unos clubes nocturnos de mucho postín. Cuando acababa de regresar, como era el caso aquel día, estaba de

buen humor y pegaba más flojo. Lo malo era cuando pasaban dos o tres semanas y no se había ido a la capital…

Los últimos reglazos fueron para Damián, que aguantaba siempre impasible, lo mismo si don Pedro pegaba muy fuerte que si se mostraba compasivo. Parecía inmune al dolor. Damián, aparte de ser mayor que los demás, era un chico raro. No tenía amigos, hablaba muy poco, te miraba con desconfianza, se comportaba siempre con rudeza y faltaba continuamente a clase. Aunque esto se lo pasaba por alto don Pedro porque conocía las necesidades de su familia y él tenía que trabajar a menudo como un adulto. Pero tenía buena mano con los animales y se enfadaba si algún chico tiraba piedras a un perro. Eso me hizo comprender que detrás de aquella áspera y dura concha que nos enseñaba había un ser más noble de lo que aparentaba.

7
Royal Antwerp – Real Madrid

Desde por la mañana ya se notaba el ambiente. Todos los chicos se habían llevado el álbum de cromos de fútbol a la escuela, en el recreo todos jugábamos con pelotas y balones a partidos entre el Real Madrid y los holandeses, por la radio ya anunciaban desde la mañana la retransmisión del encuentro y no había otra conversación que los goles que iban a meter Di Stéfano, Rial o Gento. Por la tarde tratábamos de entretener el tiempo hasta el comienzo del partido con cualquier juego, pero resultaban todos aburridos; la cabeza la teníamos ya en el partido y la ansiedad no nos dejaba disfrutar de ninguna otra cosa. Los que no tenían reloj preguntaban a cada rato cuánto faltaba y los que lo teníamos nos sentíamos más importantes que nunca. Por fin llegó la hora del partido. El primer partido de la Copa de Europa de la temporada. Quiero decir que por fin quedaba solo un cuarto de hora para el comienzo del encuentro. Lito, Adolfo y yo nos pusimos en camino para ir a la tienda de ultramarinos del padre de Adolfo. Los días de partido del Madrid el padre de Adolfo, como sabía que apenas acudiría gente, se solía ir al pequeño bar del Pocostales con un par de amigos. Pero no nos dejaba poner la radio en la tienda, decía que era una falta de respeto a las clientas.

—Pero si vas a cerrar, padre, ¿a quién vamos a faltar al respeto?

—Por eso mismo: si oyen gente dentro y está cerrado, se sienten ofendidas.

De modo que nos preparamos un buen sitio en el almacén del semisótano de la trastienda. Colocamos la radio sobre unas cajas de jabón y nos buscamos como asiento los sacos de legumbres y de azúcar. A nuestro alrededor todo eran paquetes de fideos, de sopas de estrellas, del caldo de gallina que se había hecho tan popular, garrafas de vino, bidones de aceite, arroz, frascos de especias, etcétera. A mí me gustaba aquella mezcla de olores tan diversos que te llegaban por todos lados. Pero sobre todo me encantaba el aparato de radio de Adolfo. Nosotros teníamos otro en casa, pero era como un cajón, sin gracia ninguna. En cambio, la radio de Adolfo era una preciosa Philips de baquelita negra de forma ovalada con unas llamativas orlas en relieve. En el centro había un círculo con una tela marrón para el altavoz y debajo una ventanita de cristal con una luz amarilla brillante

que iluminaba la aguja roja del dial. La tienda de Adolfo ya la conocía y también el almacén de la trastienda; habíamos entrado otras veces con él a coger galletas, caramelos o chocolate. Adolfo se sabía todos los trucos para que su padre no se diera cuenta. Pero era la primera vez que escuchaba con ellos un partido del Madrid y no había visto antes el aparato de radio. El espacio tan peculiar, «nuestra cueva», decía Lito, y esa radio como nunca había visto antes hicieron que ese primer día de partido no se me olvidara nunca.

Adolfo había cogido una lata de galletas de vainilla de la que Lito y yo, uno a cada lado de nuestro amigo, íbamos sacando una de vez en cuando mientras escuchábamos la retransmisión. Pero no hace falta decir que por cada una que nosotros comíamos, Adolfo devoraba tres o cuatro.

—Para un poco, Adolfo, que a este paso no nos llega hasta el final —le dijo Lito.

Un rato después Matías Prats hacía, alegre, sus últimos comentarios:

—«… El partido está a punto de finalizar… Domínguez, que hoy ha salvado al Madrid de un par de goles con sus extraordinarias paradas, no tiene prisa en sacar… Se toma su tiempo…, saca en corto, a Santamaría…, que se la pasa a Kopa, que recibe de espaldas… Los holandeses ya ni se acercan… Y el árbitro decreta el final del partido. Dos a uno para el Real Madrid, con dos goles de la Saeta Rubia, que de este modo empieza con buen pie el camino hacia su tercera Copa de Europa…».

Los tres amigos nos pusimos en pie y saltamos alborozados.

—Esto hay que celebrarlo. Voy a abrir otra caja de galletas —dijo Adolfo.

—Llevas celebrándolo desde antes de que empezara el partido. —Se reía Lito.

—Porque sabía cómo iba a terminar. Tenía la corazonada de que Di Stéfano iba a meter dos goles… Y no sabes tú el hambre que me da eso; casi tanto como un susto.

Los tres nos reíamos a más no poder cuando oímos en la tienda, primero, la campanilla de la puerta y luego, tras esperar impacientes unos segundos, la voz de una mujer.

—Adolfo, ¿estás ahí?

Adolfo se quedó inmóvil.

—Sube, que tienes una clienta… —le urgí al ver que no reaccionaba.

—O alguien que viene a traer a mi padre… —contestó Adolfo triste y resignado.

Lito me dio con el codo disimuladamentey me hizo un gesto mientras decía:

—Mejor nos vamos, Adolfo, ya es tarde.

Yo iba a subir los escalones hacia la tienda, pero Lito me cogió del brazo y me llevó hasta la puerta que daba a la calle de atrás. Una vez fuera, añadió:

—Vete a casa, tu madre se va a preocupar. Yo me voy a esperar aquí un poco…

Yo no sabía lo que ocurría exactamente, pero imaginaba lo que pasaba con el padre de Adolfo, un hombre taciturno y mutilado de una pierna en la guerra. Igual que sabía que Lito entraría de nuevo en la tienda, una vez que yo me hubiera ido, para ayudar a Adolfo.

Mientras volvía a casa despacio, pensativo, recordaba que la gente en el pueblo decía que el cojo bebía mucho… Pero ¿quién era esa mujer y qué relación tenía con el cojo? Pobre Adolfo. Además no tenía madre. La tenía, claro, pero no estaba con él (nunca habíamos hablado una palabra de esto entre nosotros). Pero, a pesar de no tener madre y de tener un padre borracho, Adolfo parecía el chico más feliz del mundo. Lito, por el contrario, tenía madre pero no padre. De su padre sí que sabía que estaba trabajando en Alemania desde hacía años. Pero de esto tampoco habíamos hablado nunca entre nosotros. Ni de mi madre ni del asunto que yo tanto temía cuando llegase el final del curso… De estas cosas nunca hablábamos. Cuando escuchábamos o veíamos algo, nos mirábamos y callábamos. Porque daba igual lo que ocurriese. Los tres juntos podíamos hacer frente a cualquier cosa.

8
El padrenuestro

Mi madre ya estaba poniendo la mesa para la cena cuando llegué a casa y nada más entrar empezó a regañarme, como ya suponía. Mi padre intervino enseguida para recordarle que había habido partido del Madrid y que a él le había dicho que estaría con los amigos y que llegaría un poco más tarde, lo que no era verdad. Mi madre aceptó la explicación de buen grado y poco después nos sentábamos a la mesa mi padre, mis cinco hermanas y yo. La más chiquitina, Ángeles, lo hacía en una silla alta con bandeja. Tenía un gran babero atado a su cuello. Mi madre no se sentaba a la mesa casi nunca, andaba siempre yendo y viniendo a la cocina. Ahora que lo pienso, no sé si es que comía muy deprisa o si lo hacía de pie, en la cocina. Mi padre empezó a tomarse la sopa.

—Espera, Braulio, vamos a rezar —le recriminó mi madre—. «Padre nuestro, que estás en los cielos…».

—«Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo…» —continuamos nosotros.

Mi padre, poniendo una voz fuerte, imitó el rezo de la gente del pueblo, una especie de murmullo cantarín o ronroneo en el que no se les entendía nada, seguramente porque no se sabían bien la oración. A mis hermanas y a mí nos encantaba y nos reíamos con disimulo, porque sabíamos lo que pasaba, que mi madre se ponía de los nervios:

—¡Braulio, sabes que no me gusta nada que hagas burla de las cosas sagradas!

—No me burlo de los rezos, me burlo de la gente, que no reza sino que finge rezar.

—¿Así que me estás diciendo que finges porque te obligo a rezar?

A mí me ponía muy nervioso ver discutir a mis padres. Incluso se me formaba un nudo en el estómago. De manera que cuando percibía que eso podía suceder intentaba siempre, a mi modo, evitarlo.

—Mamá, yo no tengo hambre… —la interrumpí.

—Habrás estado comiendo chucherías en la tienda de Adolfo, cómo no vas a estar *desganao*… Pues cenas de todas formas…

—No puedo, voy a vomitar…

—Mujer, si no quiere cenar, pues que no cene… Por un día… —intervino mi padre.

—Claro, a ti te da lo mismo, como tú no te has pasado la tarde quitando las hebras a las judías verdes…

Mi madre seguía hablando agitada y con ganas de dejar claro que no se le había pasado el enfado.

—Debajo de la cama esconde galletas… —soltó una de mis hermanas mayores.

—Se las da su amigo Adolfito… —agregó la otra.

—Adolfazo, querrás decir…

Y se echaron a reír las dos.

—Menudos arreglos tendrá ese chico con ese padre que tiene… —siguió mi madre.

—Es un buen muchacho, Isabel… Y también el padre… —corrigió mi padre.

—No es lo que comenta la gente…

—¿Y hay que hacer caso a las habladurías de la gente, Isabel?

—Que el tendero bebe como un cosaco y que del chico no se ocupa nadie no son habladurías, Braulio, está a la vista de todos.

Ángeles, la pequeña, empezó a golpear con la cuchara en el plato de su puré para que la hiciéramos un poco de caso, para recordarnos que ella estaba allí, y nos puso a todos perdidos. Pero ella misma era la que más bañada en puré de patatas había quedado: no se le veían más que los ojos. Pero eso parecía divertirle mucho, sobre todo cuando comenzamos a reírnos todos, y arreció con sus golpes.

Eso ya fue demasiado para mi madre y ahí acabó con la fiesta. Después de gritarnos, se puso a llorar y nos dejó a todos realmente tristes tras decirnos que solo pensábamos en divertirnos y que nadie se hacía cargo de que luego ella tenía que limpiar y fregar todo, la mesa, la ropa, los platos. Y era muy cierto que mi madre se mataba a trabajar por nosotros, claro que lo sabíamos. Había mucha gente que decía que era una santa, lo oíamos a menudo. Y que teníamos mucha suerte de contar con una madre como ella. Pero ¿por qué parecía que le molestaba que nos divirtiéramos? ¿Por qué parecía que si estaba ella todo lo que era divertido era también malo?

9
Sombras

Entre la excitación por el partido y estas reflexiones sobre el carácter complicado de mi madre, yo no podía dormirme aquella noche. Cuando me aseguré de que mis hermanas, en la cama de al lado, se habían quedado dormidas, busqué la caja de galletas de debajo de mi cama y me levanté a comerme un par de ellas junto a la ventana que daba a la calle. La luz de la esquina formaba unas sombras en el suelo que resultaban un poco inquietantes, pero a la vez también sugerentes… Como otras cosas que estaban apareciendo en mi vida… Asimismo se veía desde mi ventana el Citroën de don Fidel aparcado, como siempre, frente a su casa. De pronto una piedra se estrelló en el grueso muro de la ventana y rebotó contra el cristal dándome un susto de muerte. Como que lo primero que pensé fue que alguien disparaba con una escopeta… Por muy poco no saltaron los cristales hechos añicos. Todavía a medio reponer del susto me asomé a ver si podía descubrir algo, pero el grosor del muro no dejaba vislumbrar precisamente la parte más próxima de la calle, que, además, estaba poco iluminada. Entonces oí la voz de la madre de Toño:

—Antonio, ¿qué hora es?

—¡Hora de estar dormidos, coño! —gritó enfadado el cabo.

—¡Quique, entra ahora mismo a casa si no quieres que te arree un guantazo! —oí a continuación al sargento.

De modo que ya sabía quién había lanzado la piedra… Todos los días y a todas horas miraba y allí estaba siempre Quique intentando hacerme alguna jugarreta. ¿Qué le había hecho yo? Menos mal que tenía a los dos mejores amigos del mundo, porque si no, pensé, iba a ser un curso de pesadilla.

Me volví a meter en la cama, pero seguía sin poder dormirme. Empecé a pensar en los padres de mis amigos: sin duda alguna, por más que me quejara de mi madre, yo había tenido mejor suerte. Al poco, como siempre que tardaba en dormirme, ya estaba observando, a los pies de la cama, las dos patas redondas rematadas por tapas semicirculares con un reborde lateral sobresaliente. Según les llegaba la tenue luz de la ventana podía imaginarme dos guerreros medievales con sus cascos,

dos mujeres con sombrero, dos guardias civiles con los tricornios o veinte cosas más. Una de esas patas era mi hucha secreta. Allí iba echando monedas de vez en cuando. El problema, no había caído al principio en ello, era que si quería sacar un día el dinero tendría que poner la cama patas arriba. Y eso con mi madre en casa era poco menos que imposible. Aunque le explicase que allí estaba toda mi fortuna. Otra vez mi madre interponiéndose en mis planes… Pero aun después de pensar en esto seguí echando allí mis monedas. Seguramente, aunque de forma inconsciente, tenía la confianza de que algún día podría escapar de los designios de mi madre.

Mientras observaba fascinado las sugerentes y cambiantes formas de las patas de mi cama, oí cómo mi padre contaba a mi madre lo que le había sucedido con el alcalde:

—Ya sabes que hay obligación de entregar todo el trigo. Pero él guardó en agosto en sus cámaras una buena parte de la cosecha. Todo el mundo sabe el negocio que tiene montado don Fidel con el estraperlo… Pero alguna operación se le ha estropeado y ahora quiere entregar el trigo. Le dije el otro día que aunque ya está cerrado el plazo podía arreglarlo, que haría constar que no había sitio en el almacén cuando intentó entregarlo. Pero hoy, cuando ha traído las primeras cargas, he visto el trigo muy sucio y he bajado unos céntimos el precio. No le ha gustado nada, ha sacado su pose de cacique y me ha dicho que si él quería podía llamar al inspector provincial, que es conocido suyo, para que viniera y me abrieran un expediente. «¿Por qué motivo?», pregunté. «Por elevar el precio del trigo a algunos rojos», dijo el alcalde sonriendo malicioso. «Vamos, Fidel, no me salgas con estas ahora, sabes de sobra que yo no tengo ninguna simpatía por los comunistas. Pero si vienen con seis u ocho sacos y sé que su hijo o su mujer están enfermos, pues les hago una pequeña ayudita, eso es todo». «Claro, con el dinero del Gobierno yo también sería muy caritativo…». «Es gente que está en la miseria y son cantidades insignificantes…». «No es la cantidad, Braulio, es el hecho en sí. Yo estoy seguro de que el inspector vería con mejores ojos la generosidad para con un comprometido representante del Régimen que para con un vulgar sospechoso de conspiración», dijo con cinismo mientras seguía riéndose.

Al final, mi padre le siguió contando a mi madre que no le subió lo que él pretendía pero sí un poco y que le contestó a Fidel: «Y si te parece demasiado poco llama a tu amigo el inspector, que vea el trigo y que él decida, no tengo inconveniente».

Mi padre no veía la pequeña subida del precio como una concesión sino como una estrategia.

—Así por lo menos habrá visto que en el almacén no se hace lo que él diga, pero que tampoco quiero enemistarme con él. Después de

todo, no hay que menospreciar su influencia, no solo en el pueblo.

10
El milagro de Franco

Tres o cuatro días después llegó la fecha señalada. Estábamos todos un poco inquietos. Don Pedro, tras poner en marcha, como siempre, el rito de la leche, sacó a Quique para que escribiera un problema en la pizarra y luego lo resolviera. El maestro estaba sentado tras su mesa, más elegante que de costumbre, releyendo unos papeles. Levantó una vez más la cabeza hacia la pizarra, a punto ya de perder la paciencia. Quique miraba los números que había escrito como si observase un jeroglífico mientras volvía la cabeza hacia la clase en busca de algún auxilio.

—Vamos, Enrique, resuelve ese quebrado, que es para hoy… —dijo nuestro maestro.

Lito terminaba, entretanto, de servir la leche a los últimos chicos. Le gustaba y lo hacía perfectamente, sin derramar una sola gota; mientras uno regresaba a su pupitre introducía de nuevo el cazo en la perola y lo dejaba un momento suspendido en el aire escurriendo las gotas, justo el tiempo que tardaba el siguiente chico en colocar su vaso.

En ese momento el Anselmi abrió de golpe la puerta del aula que daba a la calle:

—¡Don Pedro, ya llega el coche…! —dijo muy excitado.

En la clase se levantó un murmullo general. Ya el día antes don Pedro nos había dicho que si era posible viniéramos mejor vestidos y peinados que de costumbre. El inspector provincial nos hacía su visita anual.

—Muy bien. Todos en pie para cuando entre el inspector —ordenó don Pedro al tiempo que se ajustaba la corbata. Todos obedecimos y nos quedamos firmes esperando—. Y estiraos, hombre, que parecéis espigas fofas de agosto —añadió mientras miraba por la ventana.

En el exterior se detuvo un coche negro, del que se apeó el inspector, un señor de mediana edad con bigote fino y muy bien recortado, que vestía una chaqueta negra sobre la camisa azul de Falange y una corbata también negra. Con él bajó un falangista totalmente uniformado bastante joven, con su pistola al cinto, que se colocó de pie junto al auto y le hizo un saludo militar. El inspector, que llevaba una cartera grande, había salido del coche fumando un

puro, pero lo apagó contra la pared antes de entrar en nuestra clase. Ahora no recuerdo qué hizo con el puro, si se lo guardó en el bolsillo, en una petaca o si se lo dio a su ayudante… El caso es que empujó la puerta y entró con decisión.

—¡Buenos días, señor inspector! —dijimos todos al unísono, como nos había aleccionado don Pedro.

—Sentaos, sentaos, muchachos —replicó el inspector satisfecho.

En el exterior, junto al coche, se empezó a formar una escuadra de falangistas del pueblo con el Candón a la cabeza. El Candón era el jefe del Movimiento del pueblo, un chuleta espigado de unos cuarenta y cinco años que vestía camisa falangista remangada con un par de botones sin abrochar para enseñar pelo en el pecho. Aunque hacía bastante frío no llevaba chaqueta. Se conservaba físicamente muy bien, ni una pizca de barriga. Exhibía su gran pistola al cinto y daba órdenes enérgicas.

Dentro, en la clase, el inspector, tras echarnos un pequeño discurso sobre la importancia de aprender para levantar España entre todos, procedió a la entrega del premio al mejor estudiante del pueblo.

—Por su excelente redacción sobre los Reyes Católicos y su comportamiento en estos meses el premio le corresponde a… —Buscó el nombre en un papel—: Rafael Navarro.

—En pie, Rafael —me dijo don Pedro satisfecho.

Yo me levanté agobiado por mi timidez.

—Enhorabuena, muchacho —me felicitó el inspector.

—Acércate, Rafael —me indicó don Pedro.

Me aproximé despacio hacia la mesa del profesor. Por el camino oí a Adolfo que me decía por lo bajo:

—Bravo, Rafa.

También busqué la mirada de Lito y me encontré un rostro lleno de felicidad y sus puños agitándose en el aire. Ese era el mejor premio para mí, ver a mis amigos orgullosos. Sabía que daban algún tipo de regalo, pero yo ya había recibido el mejor de todos por parte de mis amigos. El inspector había colocado su cartera sobre la mesa y cuando llegué a su altura, sacó de ella un libro de tapas de color granate con una cinta con la bandera de España a su alrededor. Me lo entregó mientras don Pedro y los chicos de la clase me aplaudían. Volví a buscar los rostros de mis amigos y les vi radiantes de alegría. También me di cuenta de que Quique era el único que no aplaudía.

—Aquí tienes tu recompensa, hijo: una biografía del Generalísimo. Todos nos debemos inspirar en su valor, su honor, su inteligencia y su dedicación a la patria.

—Sí, señor —contesté yo con timidez mientras tomaba el libro.

—Puedes volver a tu sitio —me dijo don Pedro.

Yo observaba en mis manos el volumen, con orgullo y curiosidad,

mientras regresaba a mi pupitre. Nunca había visto un libro tan bien encuadernado, con unas tapas duras tan bonitas. Ese fue mi primer libro de verdad. Quiero decir aparte de las enciclopedias de la escuela. Ningún chico del pueblo había tenido antes en sus manos una novela o un libro como aquel. Para mí, y también para todos, fue como un tesoro encontrado en una cueva secreta. A medida que me iba acercando a mi asiento, los demás chicos tendían su mano para que les enseñase la llamativa cubierta.

—A ver… —me dijo Lito, el primero al que dejé que lo tocara.

—A ver… —pidió también Toño.

—¡Silencio! Ya tendréis tiempo de verlo —indicó don Pedro.

Cuando me senté en mi pupitre recuerdo que, ya más tranquilo, empecé a acariciar la portada del libro, coronada por una foto del generalísimo Franco a caballo, igual que lo hacía con mi álbum de fútbol. Luego, cuando me di cuenta de que el inspector estaba hablando, lo guardé en mi cartera, que la tenía en el suelo junto a mis pies.

—Solo espero que los demás prosigáis por el mismo camino que vuestro compañero para ser en el día de mañana unos buenos españoles —remató el inspector para terminar.

Yo no me había enterado de nada de lo que había dicho antes. Mi cabeza había estado dando vueltas a lo que había ocurrido y a lo que iba a hacer con el libro.

—Están en vías de serlo, señor inspector —respondió un correcto don Pedro.

Después el inspector preguntó a los chicos:

—Y, bueno, ¿qué queréis ser cuando seáis mayores?

Varios chicos levantaron la mano rápidamente con ganas de responder. Don Pedro se encargó de señalar a uno u otro para que hablasen.

—Tú, Enrique, arriba.

—Yo quiero ser guardia civil, señor, como mi padre, que es sargento —dijo mientras se ponía en pie.

—Muy bien. Una manera excelente de servir a la nueva España —afirmó el inspector.

—Yo también voy a ser guardia civil —añadió Toño.

—Cuando se te pregunte, Antonio —le recriminó don Pedro.

El maestro señaló después a Adolfo para que se levantara.

—Yo quiero ser carnicero, como mi tío Genaro.

—Excelente, la patria necesita también de buenos carniceros y panaderos. ¿Y tú? —inquirió luego el inspector señalando a Lito.

—Yo, futbolista. Del Real Madrid —respondió muy seguro.

—Del Real Madrid ni más ni menos… —Rio el inspector.

—Sí, señor. Es el mejor equipo del mundo —apostilló Lito.

Don Pedro se acercó al inspector y le explicó en voz baja que Lito jugaba muy bien al fútbol. El inspector hizo gestos afirmativos sin dejar de sonreír, mientras preguntaba a Daniel, que llevaba un rato con la mano alzada.

—Yo quiero ser mecánico, señor inspector.

—Una profesión con mucho futuro, magnífico.

Después me señaló a mí, que por fin me había decidido a levantar la mano.

—¿Y qué quiere ser nuestro ganador?

—Yo quiero estudiar para médico… —contesté.

Pero antes de que el inspector hiciera ningún comentario, Quique se levantó para corregir:

—Eso dice él. Pero su madre dice que va a ser cura…

Don Pedro asintió también. El inspector, entonces, me dijo en tono paternal, sí, pero dando por zanjada la cuestión:

—Si tu madre lo quiere y tu maestro lo aprueba, habrás de obedecer, muchacho. A la patria y a su insigne guía también se les puede servir muy bien desde el púlpito.

Yo me senté con gesto de resignación pero enseguida me tapé la cara con las manos para que no se notara que lo que de verdad sentía era indignación. Entonces empecé a oír un rumor entre la clase. Y cuando me descubrí el rostro, vi que todos miraban hacia mis pies.

—¡El libro, el libro! —gritó Damián con cara de asombro mientras señalaba mi cartera.

—¿Qué pasa? —preguntó don Pedro.

Todos los chicos se alborotaron y se levantaron de sus asientos, aunque al principio sin atreverse a moverse, que por algo estaba allí el inspector. ¡Y todos mirando mi cartera! Cuando bajé la vista vi que el libro de la biografía de Franco, como impulsado por alguna magia, estaba saliendo lentamente por sí mismo de mi cartera.

—¡Es un milagro del Caudillo…! ¡Es un milagro…! —gritaba Toño.

Ese hecho tan fantástico dejó mudos y con caras de asombro a todos los chicos, que poco a poco empezaban a acercarse. El mismo inspector vino hasta mi pupitre, lo que aprovecharon los compañeros para ya definitivamente hacer un cerrado círculo a mi alrededor. Yo solo miraba la cara de asombro y de desconcierto total del inspector.

Tan pronto como el libro terminó de salir completamente de la cartera, una cabecita graciosa se asomó estirando mucho su cuello y mirando a todos con unos ojitos chispeantes y graciosos: los de una tortuga, que en su esfuerzo por salir había empujado hacia fuera el libro. Se formó entonces un enorme jolgorio en la clase. Don Pedro mandaba silencio pero nadie le hacía caso:

—¡Silencio! ¡He dicho silencio! —repetía con la cara encendida.

Y no hacía más que mirar al inspector para ver qué reacción tendría.

—¿Qué es esto, Rafael? —me preguntó don Pedro crispado al llegar a mi lado.

—Es *Camila,* mi tortuga, don Pedro… —respondí sabedor de que me había caído un fuerte castigo.

—¿Y qué demonios hace ese animal en clase? —añadió enfurecido.

Yo no supe qué contestar. Pero el inspector, tras reponerse del inicial bochorno, dijo con humor saliendo en mi defensa:

—Querrá instruirse, señor profesor. Como todos en esta nueva España.

En el exterior, la escuadra formada por los falangistas del pueblo recibió poco después al inspector con el brazo en alto cuando este salió de la clase, todavía con una sonrisa en los labios.

—¡Firmes! ¡Viva España! ¡Arriba Franco! —gritaba el Candón.

El inspector entró en el coche, y su ayudante cerró la puerta tras él y montó detrás. Al instante el coche enfiló calle arriba y desapareció de nuestra vista.

11
Camila va al cine

Ese día mi tortuga se convirtió en el personaje más popular del pueblo. Todo el mundo quería verla. La mayoría se asombraba porque pensaban que era más pequeña.

—Claro, ahora entiendo que pudiera levantar el libro con tanta facilidad. ¿Cuánto mide?

—La concha, unos catorce o quince centímetros de largo por doce de ancho. Pero cuando estira el cuello y la cola mide más de veinte —explicaba yo.

—Tiene un buen pico; ¿muerde? —preguntaban sobre todo las chicas.

—Raramente. Casi siempre esconde la cabeza.

—Pero ¿alguna vez ha mordido? —insistían.

—Sí, a un descargador. No veas cómo sangraba —explicaba yo dándome importancia.

—¿Y a ti no te ha mordido nunca?

—Al principio tenía cuidado de no acercar los dedos por si acaso. Pero ahora ya es mi amiga. Mirad… —decía yo mientras le daba de comer un trozo de lechuga en la palma de mi mano.

A *Camila* la conocían bien en uno de los almacenes donde mi padre guardaba el trigo para el Gobierno. Los brutos de los descargadores se divertían comprobando cómo los camiones pasaban cargados por encima de su caparazón sin que lograran despachurrarla. Era una tortuga de tierra con una vida muy independiente. Rondaba por el almacén supongo que para comer trigo o pequeños bichitos y luego desaparecía durante días. Seguramente se paseaba por la huerta cercana. Pero más tarde o más pronto se la volvía a ver por el almacén. Yo llevaba ocho o diez días acercándome allí solo para verla, sin ningún éxito. Hasta que una tarde, cuando estaba sentado en el suelo contemplando los cromos de mi álbum de fútbol, se me acercó sin hacer ruido y asomó su cabecita como si quisiera mirar también los cromos. Durante un buen rato la dejé a su aire, sin tocarla pero observando sus movimientos, y muy especialmente sus graciosos ojillos. Ella parecía también observarme. Cuando pareció que ya no

me tenía miedo la cogí con mis manos y la levanté en el aire. Ella hizo un primer movimiento instintivo de esconder la cabeza pero pronto rectificó y la volvió a sacar. Nos miramos y fue como un flechazo. «Tengo que ponerle un nombre», pensaba. Y en ese momento oí a mi padre que llamaba a Camilo, uno de los descargadores. Así que le puse *Camila.* A partir de entonces mi casa fue su centro de operaciones. Se escapaba también de vez en cuando, quién sabe si tenía alguna novia por algún sitio. Pero volvía siempre pronto. Nos habíamos acostumbrado a estar juntos.

Cansados de enseñar a *Camila* por todo el pueblo, por la tarde Lito, Adolfo, tres o cuatro chicos más y yo nos fuimos a ver a Nicolás, el proyeccionista del cine del pueblo. Nos dejaba pasar por una pequeña puerta de servicio que daba a un lateral del escenario. Imagino que años atrás el cine había sido un teatro, y esa puerta había sido el sitio por el que entraban los actores. Llamamos con los nudillos y al rato apareció el simpático y entrañable Nicolás con su erizado y denso pelo blanco. Tenía cincuenta y muchos años, pero no los aparentaba. Además de su buen parecido, estaba lleno de vitalidad y se movía como una persona mucho más joven. Muchos hombres del pueblo decían que se conservaba así de bien porque le había echado cuento y nunca había querido trabajar en el campo. Como si eso fuera una indignidad.

—Hola, chicos. Os esperaba. Ya sabe todo el pueblo lo del milagro de Franco —comentó divertido.

Entramos rápidamente. Sabíamos que a Nicolás no le gustaba que nos vieran entrar; él no era el dueño del cine, solo un empleado.

Nicolás llevaba unas latas de películas bajo el brazo. La sala estaba a media luz. Se trataba de una sala grande, con su gallinero, por supuesto, pero muy destartalada. Algunos de los asientos, de madera, estaban medio rotos. Bueno, la verdad es que esto no importaba mucho porque en aquellos tiempos todo estaba medio roto: las casas, los carros, la iglesia, nuestros pantalones y camisas… Y también muchos corazones de mujeres y muchas viejas relaciones, como yo estaba empezando a darme cuenta.

Los chicos nos sentamos rápidamente en las primeras filas, con toda aquella pantalla blanca enorme y mágica delante de nosotros. El cine entero para nosotros solos, eso sí que era tener suerte. Yo llevaba la tortuga entre las manos.

—Así que esta es la artista… —dijo Nicolás tocando su caparazón.

—Se llama *Camila… Camila,* saluda a Nicolás.

—Este pueblo se va a hacer famoso. El cardenal Bueno ya tiene su milagro para la canonización que pedía para Su Excelencia… —

continuó Nicolás socarrón.

Un poco más tarde, lo que tardó Nicolás en montar el rollo en el proyector, las luces de la sala se apagaron y empezamos a ver, en primera fila y en sesión de estreno en exclusiva, el resumen en imágenes del No-Do del partido del Real Madrid en Amberes. Alguno de nosotros estaba siempre pendiente de cuándo llegaba de Madrid en el coche de línea el saco redondo con los rollos de película del No-Do. Entonces o Nicolás lo recogía o nosotros mismos lo acercábamos hasta el cine y él nos hacía una proyección secreta y privada.

—¡Foco! —gritó Lito nervioso.

Pero antes de que terminase de pronunciar esa sola palabra, Nicolás ya había corregido el desenfoque.

—¡¡Gool, gool!! —gritábamos todos al unísono con aquellas imágenes en blanco y negro como si estuviéramos en el campo disfrutando de los goles del Madrid y de la Saeta Rubia a todo color.

Cuando terminaron las imágenes del partido y los goles del Madrid, el No-Do siguió con un reportaje que daba cuenta del conflicto armado en Sidi Ifni.

—«… En Sidi Ifni, nuestro valeroso ejército sigue sufriendo el esporádico acoso de las fuerzas marroquíes…» —contaba el locutor del noticiario oficial.

Las imágenes del desierto, los turbantes y las caras ennegrecidas de los moros y los vehículos de guerra con cañones y ametralladoras llamaron nuestra atención durante unos pocos minutos, pero como no entendíamos nada de lo que contaban muy pronto nos rebelamos y empezamos a gritar, patear el suelo y silbar.

—¡Fuera, fuera…! —gritábamos divertidos.

—¡Otra vez el Madrid, Nico, por favor, otra vez! —vociferó a todo pulmón Adolfo.

—Sí, por favor, que *Camila* no ha visto los goles —agregué yo.

Nicolás encendió de nuevo las luces de la sala para rebobinar la película.

—Entiendo muy bien a esa tortuga. La biografía de Franco le pesa todavía en la cabeza y no puede prestar atención. Tranquilos, allá va otra vez, esperad unos segundos —nos gritó Nicolás divertido por el ventanuco de la cabina de proyección.

Un par de minutos después se apagaron las luces de nuevo para aparecer en pantalla la conocida cabecera del escudo con el aguilucho y las letras «No-Do» con su característica musiquilla. Esa cabecera era como el cornetín para ponernos en tensión. Después, tras la noticia de Franco en una cacería en Extremadura, una vez más disfrutamos de las imágenes del Real Madrid y los goles de la Saeta Rubia.

VUELTA DE OCTAVOS

12
La boina de Anselmo

Normalmente, cuando yo me levantaba para desayunar e ir a la escuela, mi padre ya había salido a trabajar. De modo que nunca le veía hasta la hora de comer. Eso si no tenía que salir a alguno de los pueblos cercanos, en cuyo caso comía allí y ya no le veíamos hasta la noche. Precisamente aquel día tenía que irse a Villarrubia, pero se le rompió la moto y se puso perdido al arreglarla, así que volvió a casa a lavarse las manos y cambiarse y de paso me acompañó un rato camino de la escuela.

—¿Cuándo me vas a llevar contigo en la moto a uno de esos pueblos, papá? —No era la primera vez que se lo preguntaba.

—Un día que no tengas escuela.

—Pues el domingo.

—Pero los domingos tampoco tengo que ir yo al trabajo, acuérdate.

—Es verdad…

Andaba a su lado por la calle. En una mano llevaba la cartera y con la otra quería coger la de mi padre, pero me daba vergüenza. Estaba seguro de que Quique u otros chicos me estarían espiando y luego irían diciendo que cogía la mano de mi padre como una niña o como un pequeñajo. Al llegar a la altura del Citroën del alcalde vi que estaba allí otra vez la Celi, la criada joven de don Fidel, y me puse un poco nervioso. Ella me miró con descaro al pasar a su lado, pero mi padre no se dio cuenta y por suerte ella tampoco dijo nada ni hizo una de las suyas, solo me sonrió. Últimamente, casi todos los días estaba allí, yo creo que esperándome, pero como a mí me daba vergüenza, siempre me ponía a correr cuando llegaba a su altura. De todas formas me gustaba mucho verla —a ella y a su escote— junto al coche mirándome y sonriéndome al pasar cada mañana.

Un poco antes de llegar a la plaza del Generalísimo se acercó a nosotros el Anselmo, un campesino de unos cuarenta y cinco años que decían que era rojo y que había estado en la cárcel después de la guerra mucho tiempo.

—Buenos días, don Braulio… Hola, Rafa… —nos dijo quitándose la boina.

—Buenos días, Anselmo… —le contestó mi padre.

Anselmo tardó unos largos segundos en decir lo que quería. Apretaba tan fuerte su boina con las dos manos que parecía que la iba a hacer pedazos. A Anselmo le había visto en el almacén barriendo con el escobón —otra veces este trabajo lo hacía un gitano delgado y jovencito que nunca dejaba de cantar—, limpiando de pajuelos el trigo e incluso cosiendo los sacos rotos. No valía para descargador, era un poco enclenque. Él decía que era la cárcel lo que le había dejado en los huesos. «¿Te daban muy mal de comer?», le había preguntado un día. «Regular. Mas era la pena de no ver el campo lo que me consumía», me respondió sin demasiada tristeza.

Por fin habló el Anselmo.

—¿Tiene usted hoy algo de faena para mí?

—Algo encontraremos… ¿Qué tal la mujer? —preguntó mi padre.

—Bien, gracias… Vamos resistiendo.

—Lo que no es poco, Anselmo —respondió mi padre.

Los tres nos pusimos de nuevo a andar hacia la plaza. Anselmo volvió a colocarse la boina en la cabeza.

—Ya sabe lo mal que están las cosas del trabajo para mí después de que me dieran el indulto, don Braulio… Tienen miedo a darme trabajo.

—Lo sé… —En ese momento entramos en la plaza—. Te invito a un carajillo en el casino, Anselmo —le dijo mi padre.

—Estarán el alcalde y el Candón… —balbuceó Anselmo temeroso.

—Claro que estarán. Siempre están —indicó mi padre muy tranquilo.

Todos en el pueblo temían al alcalde y al Candón. Bajaban la cabeza al cruzarse con ellos y nadie se atrevía a discutirles la más pequeña tontería. Menos mi padre. Y no es que se enfrentase a ellos, nunca lo habría hecho. Pero tampoco se rebajaba. De hecho, era de los pocos que jugaba a las cartas y bebía en el bar con los dos cabecillas del pueblo. A pesar de su aspecto bonachón y a veces también algo descuidado, le tenían respeto. Yo miré en aquel momento a mi padre con mucho orgullo. Me pareció que era como cuando el sheriff entraba en el salón de los malos acompañando a un pobre ovejero.

Él me sonrió, me acarició la cabeza con su mano abierta y me dijo:

—Hala, hijo, a clase… Y ni una lágrima, ¿eh?

—Sí, papá…

Y eché a correr hacia la escuela mientras oía al Anselmo:

—Es un buen chaval…

13
Turbantes moros

Los golpes sonaron más secos que los días anteriores. Don Pedro, desde detrás de su mesa, descargaba su larga regla de madera contra mis palmas abiertas y el golpe lo oía resonar por toda la clase. Entre golpe y golpe escuchaba cómo Lito movía con la cuchara de madera la leche para que no se hicieran grumos y sentía que sufría conmigo el castigo. Entre golpe y golpe notaba las respiraciones contenidas y cómplices de mis compañeros de clase. Excepto Quique, eso estaba claro. Pero he de reconocer que bien por los ánimos de mi padre o porque veía ya el final o por lo que fuese, a pesar de lo que parecía, ese día las manos me dolieron menos que los anteriores. Don Pedro me había castigado durante diez días por el asunto de la tortuga, aunque no me aplicaba el castigo todos los días seguidos, sino uno sí y otro no. Yo había probado todos los trucos, el último el de untarme ajo, pero con regular éxito. También creo que don Pedro, quizá arrepentido del duro castigo que me había impuesto, empezó a hacer la vista gorda a los trucos, porque el ajo tenía que olerlo…

Pero por fin se había terminado mi castigo. Cuando regresaba a mi pupitre vi en las caras de los chicos su respeto y me sentí contento. Era de los pequeños; y forastero; y además delgaducho; y las peleas no se me daban bien, tenía que reconocerlo; y tampoco era bueno con el balón, eso era lo peor… En circunstancias normales habría sido uno de los marginados de la clase. Pero lo del libro y la tortuga primero y luego el haber aguantado tantos días de castigo con la cabeza bien alta me habían convertido en uno de los más populares de la clase. No para Quique, que aún creo que me la tenía más jurada por robarle protagonismo.

Cuando llegó el recreo, un montón de chicos se agolparon a mi alrededor mientras yo hojeaba el libro de la vida de Franco. Los dibujos de los moros con sus turbantes arrodillados disparando sus largos fusiles o blandiendo a caballo sus espadas curvadas subyugaban a los muchachos. En cada lámina unos y otros hacían sus comentarios. A mi lado estaban, cómo no, Lito y Adolfo. Ellos se sentían también un poco dueños del libro; pero también vigilaban por si algún listo se pasaba de la raya e intentaba quitármelo, no por robarlo sino por hacerme rabiar. El más sospechoso, Quique, que, haciendo valer su

jerarquía, estaba en primera fila justo enfrente. Y Toño, su escudero, a su lado como siempre. El que más preguntas hacía era Migue, el pequeñajo de la clase. El libro de la vida del Generalísimo, después de lo de la tortuga, se había hecho tan popular que tenía que estar enseñándolo en cada recreo. Además, las noticias sobre el conflicto de Sidi Ifni se incrementaban cada día y allí venían precisamente muchos dibujos de los moros en la guerra de Marruecos, y los textos destacaban su magnífica puntería con el fusil, su resistencia a la sed, sus movimientos silenciosos y su arrojo cercano al suicidio cuando atacaban.

—No se llaman espadas, se llaman cimitarras, Migue, ya te lo ha dicho Rafa —comentaba Lito.

—¿Y por qué tienen esos fusiles tan largos?

—Para apuntar mejor. Mi padre dice que los moros son los que tienen más puntería de todo el mundo. Y que se esconden en la arena y disparan a los españoles mientras bajan por el cielo en sus paracaídas… —explicaba Quique.

—Pero son unos cobardes, porque mientras bajan los españoles en sus paracaídas no pueden defenderse… —decía Toño.

—¿No pueden dispararles ellos también? —preguntaba Adolfo.

—No pueden. Dice mi padre que cuando se tiran desde el avión les atan las armas al cuerpo para que no se les caigan —contestaba Quique.

—¿Y por qué se tiran siempre en el desierto? Es una tontería, allí los moros les ven desde muy lejos, claro… —se lamentaba Lito.

—Es que en África es todo desierto… —explicaba yo.

—Pues en las pelis de Tarzán no hay más que selva —decía Adolfo.

—Esa es otra África, la de la jungla. Sidi Ifni está en el Sáhara.

—Pero… si todo es desierto, ¿dónde se esconden los moros? —preguntaba Toño.

—Hacen agujeros en el suelo y se tapan con arena —explicaba Quique.

—¿Y cómo respiran?

—Dejan fuera del agujero la nariz y los ojos. Y el pelo se lo tapan con un turbante del mismo color que la arena.

—Qué listos son esos moros…

Sonó el silbato de don Pedro. Nos tocaba regresar a clase. Pero en nuestras cabezas ya se habían instalado los moros del desierto y los paracaidistas españoles y eso ya no lo iba a desplazar ningún poliedro o regla de tres, por mucho que lo intentara nuestro maestro.

El inspector me había dicho que la vida de Franco me debía servir de modelo. ¡Y vaya si nos sirvió! Entre las noticias de Sidi Ifni y la biografía del Generalísimo nuestra imaginación se encendió de tal manera que la guerra de África se convirtió en el juego de moda de

ese año. Incluso desplazando al propio fútbol, algo increíble. Los chicos nos dividíamos en moros y cristianos. Pero había que echarlo a suertes, ya que salvo Quique y sus amigos los demás preferíamos ser moros. Lo de pintarnos la cara de negro con corchos quemados y colocarnos en la cabeza las bufandas a modo de turbantes nos resultaba mucho más divertido. De modo que todos los días se nos podía ver a unos y a otros con largos fusiles hechos de madera o con simples palos corriendo y disparando de esquina en esquina. Cuando teníamos más tiempo organizábamos batallas en campo abierto o asaltos en las eras y las casillas de las afueras del pueblo. Los generales y estrategas eran, naturalmente, Lito por parte del bando moro y Quique por parte del bando de los españoles.

—¡Adelante, mis valientes legionarios! ¡A la bayoneta contra el enemigo moro! —gritaba pletórico Quique.

—¡Adelante, soldados, por Alá y por nuestro desierto! —respondía Lito.

14
Indios y vaqueros

Ese sábado había una de indios y vaqueros. Y era tolerada para todos los públicos. Eso quería decir que los muchachos podíamos llenar el gallinero para ver la película. Precisamente mi madre había traído una «modernidad» al pueblo: había instado al cura a suscribirse a unas fichas que indicaban en letras grandes la calificación de la película y, de paso, informaban sobre los actores y hacían un pequeño resumen del argumento. Estas fichas, que se colocaban en la puerta de la iglesia, se habían convertido en la pesadilla de los chicos y del dueño del cine, ya que el cura y las mujeres del pueblo se mostraban inflexibles, y si la película no era para todos los públicos sino 3, 3R y no digamos ya 4, no había manera de que dejasen entrar ni siquiera a los chicos de catorce años.

Como siempre, estaba proyectándose el No-Do antes de la película, que tras arrancar con una noticia de un Consejo de Ministros presidido por Franco en el Palacio de El Pardo, había seguido con otra sobre la perra *Laika* puesta en órbita por los rusos a bordo del *Sputnik* y los preparativos de los americanos para lanzar también pronto otro satélite artificial. Después salieron otra vez imágenes relacionadas con el conflicto de Sidi Ifni, en concreto de soldados españoles que se embarcaban en Cádiz y cuya aportación podía suponer, en voz del locutor, el final del conflicto. Pero ni una sola imagen de esa guerra en el desierto —ni de paracaidistas lanzándose de los aviones, ni de moros disparando sus fusiles contra los españoles—, por lo que los chicos quedamos muy decepcionados. Empezó a levantarse un rumor por todo el gallinero y entonces Adolfo se puso en pie y lanzó uno de sus fuertes gritos:

—¡Queremos ver a los moros!

—Síííí… —respondimos todos. Y luego como un coro—: ¡Queremos ver a los moros! ¡Queremos ver a los moros!

Al poco un hombre subió al escenario y se quedó con los brazos en jarras mirando al gallinero. Era alto, vestía la camisa azul de la Falange y hacía una exhibición impúdica de la gran pistola que llevaba al cinto. Las imágenes del No-Do se proyectaban sobre su figura. Las voces cesaron pero permanecían los murmullos. Él hizo gestos a Nicolás de que cortara el No-Do mientras soltaba con su gran

vozarrón:

—¡Ni moros ni leches! ¡No quiero oír esa palabra! ¡Así que calladitos o procedo ahora mismo al desalojo del gallinero!

Las luces se encendieron al tiempo que se hizo un silencio absoluto en la sala. Nosotros ya sabíamos que era el Candón, el jefe de la Falange del pueblo. Ante nosotros apareció ese hombre espigado y con bigote muy bien recortado que tanto gustaba a las mujeres como asustaba a los hombres, dedicándonos primero una de sus miradas terroríficas y luego una de sus mejores sonrisas. Porque el Candón tenía esas dos caras: la del cabronazo inflexible y amenazador y la del bufón teatrero y hasta simpático. Dejó caer sus brazos y abrió los dedos de sus manos imitando la pose de un vaquero del Oeste en un duelo de pistolas, puso una mirada asesina y, cuando comprobó que ya se había hecho con el auditorio, sacó rápido sus manos y disparó con sus dedos. Los chicos aplaudimos y silbamos y él dijo tras mandarnos callar:

—Hemos venido a ver una de indios y americanos, ¿no es así, chicos?

—¡Síííí…! —contestamos todos.

—Pues vamos a verla en paz, ¿de acuerdo?

—¡Síííí!

Y poco después se volvieron a apagar las luces y empezaron a salir los títulos de la película esperada durante muchas semanas: *Toro Sentado (Sitting Bull)*.

El Candón era un personaje difícil de olvidar. Era el malo de la película, el cabronazo del pueblo; pero era un villano pinturero y atractivo. Y este lado histriónico y divertido era generalmente el único que los chicos advertíamos, ignorantes de la falta de escrúpulos y crueldad de la que se decía había hecho gala en los años de la Guerra Civil y algunos posteriores. También es verdad que cuando bramaba y gritaba sus órdenes parecía que se le salían los ojos de la cara y nos aterrorizaba. Pero lo interpretábamos como una cuestión de carácter y de poder, no como una maldad. Era también un hombre con mucho éxito entre las mujeres (esa mezcla de atractivo físico y demostración de poder parece que es un cóctel que siempre tiene vigencia entre las mujeres). Pero al mismo tiempo se trataba de un hombre muy hábil y utilizaba tanto su poder de intimidación o de amenaza como la concesión de favores de diferente tipo —administrativos, influencias, regalos, etcétera— para ganarse en particular a las viudas o mujeres con maridos en la cárcel o con problemas económicos. Pero si hubiésemos preguntado a aquellas mujeres, seguro que ninguna habría dicho que había sido chantajeada, sino simplemente que no habían

podido resistirse a sus encantos. Los chicos también habíamos sucumbido a sus artes. Y por más que algún adulto lo recordara, no terminábamos de creernos del todo tanta maldad. Pero era igualmente posible que esa crueldad de juventud de la que hablaban no fuese tanto maldad como inconsciencia y exceso de fervor ideológico, cosas que con los años se habían ido atemperando.

15
Real Madrid – Royal Antwerp

El padre de Adolfo salió, por fin, de su tienda de ultramarinos. Cojeando muy ostensiblemente, dejó el cierre medio echado y colocó un cartel en la puerta. Después se alejó calle abajo despacio y dando tumbos. Lito, Adolfo y yo esperábamos apostados en una esquina desde hacía un rato y ya maldecíamos que no saliera.

—Ya os decía yo que saldría, ¿lo habéis visto? —dijo Adolfo.

—Cuéntanos otra vez cómo perdió tu padre la pierna —le pedí mientras esperábamos a que se alejara un poco más.

—Y dale, mira que sois *pesaos*…

—¿Fue en el río Ebro o en el Duero? —preguntó Lito.

—En el Ebro, en la batalla del Ebro. Fue una de las más importantes de la guerra de liberación, eso dice mi padre —indicó Adolfo.

—Mira que si un día la encuentran y se la devuelven… ¿Cómo se la traerían? —comentó Lito.

—Pues en una cajita de muerto pequeñita… —añadí yo.

—No seáis brutos. Un obús se la arrancó de cuajo y se la hizo papilla. Dice mi tío Félix que mi padre tenía la cara y todo el uniforme llenos de salpicaduras de sangre y de trocitos de carne de su pierna… —explicó Adolfo sin inmutarse.

—Qué asco… —se le escapó a Lito.

—¿Y qué decía tu tío? Anda, cuéntalo…

Nos lo había contado ya antes, pero nos encantaba oírlo de nuevo. El padre de Adolfo desapareció por una bocacalle. Nosotros salimos de nuestro escondite y fuimos deprisa hacia la tienda.

—Venga, Adolfo, cuéntalo… —insistí.

—Que mi padre, mientras se lo llevaban en la camilla sangrando como un gorrino, no paraba de gritar: «¡Traedme mi pierna! ¡Yo no me voy de aquí sin mi pierna!».

—¿Y cuándo nos vas a enseñar la que tiene ahora? La de madera —dijo Lito.

—¿No se la quita nunca, ni para dormir? —pregunté yo.

—Pues claro, tonto, igual que tú los zapatos. Aunque, a veces, si está muy borracho ni eso. Una vez de pequeño, cuando aún estaba mi madre, se la cogí de debajo de la cama y me la llevé. Me gritaba y me insultaba como un loco. Pero como no podía correr detrás de mí…

Habíamos llegado a la puerta de la tienda, pero nos había dado tanta risa lo que venía contando Adolfo que no podíamos ni subir el cierre. Entonces Lito y yo nos arrastramos y pasamos por debajo.

—Que yo no quepo, listos; ayudadme a subir el cierre —protestó Adolfo.

El partido de vuelta contra el Royal Amberes, en el Bernabéu, se puso muy bien para el Madrid enseguida. A los cuatro minutos Rial ya había metido dos goles. Fue un partido como nos gustaba, entusiasmados con la narración de Matías Prats, que cantaba un gol tras otro y sin ningún miedo a que le empataran al Madrid o perdiera. Habíamos dado ya cuenta de no sé cuántos higos en harina; como que teníamos los pantalones completamente blancos…

—Esta noche tampoco cenas y otra vez bronca de tu madre —me dijo Lito riendo.

Adolfo estaba bebiendo a morro una gaseosa de litro a la que ya no le quedaba ni un tercio. El Madrid ganaba ya cinco a cero, pero ni Di Stéfano ni Gento habían metido ningún gol, eso era lo único que le faltaba al partido.

—Pero van a llegar ahora, vais a ver —afirmó Lito.

Matías Prats empezó a elevar el tono de su voz:

—«Marsal se la cede a Di Stéfano, que regatea a dos contrarios y se queda con espacio, puede ser una buena ocasión; Di Stéfano se la pasa a Rial, Rial mira a Gento que ya corre por su banda como una centella, le da un pase largo, no va a llegar…, pero sí que llega, sí que llega, este Gento es un cohete, la toca, dispara… y ¡goooool! Vaya gol, señores, y vaya carrera de Gento. ¡Este chico puede ir a los Juegos Olímpicos a correr los cien metros lisos…!».

Los tres nos pusimos a gritar como locos de contentos. Adolfo agitó la botella para que cogiese fuerza y luego derramó todo lo que quedaba de gaseosa sobre nuestras cabezas. Y, de pronto, oímos la voz del padre de Adolfo y bajamos el volumen de la radio hasta hacerla casi inaudible, aunque sin apagarla del todo. Apagamos también la luz y nos quedamos en silencio y sin movernos.

—¿Hay alguien ahí? —le oímos decir con dificultad mientras arrastraba su pierna de palo.

—Va a bajar… —indiqué poniéndome nervioso.

El padre de Adolfo llegó hasta el borde de la escalera y le vimos, desde abajo, en lo alto, con una botella en la mano y casi sin tenerse en pie.

—¿Eres tú, Adolfito, hijo? —preguntó con dificultad y medio llorando.

—Va a bajar, Adolfo, ¿nos escondemos? —volví a insistir.

—No va a bajar… A no ser que quiera romperse la crisma con los escalones…

—Hijo…, ¿estás ahí…? —dijo ya sin aguantar el llanto.

Fue aquella la primera vez que vi en el padre de Adolfo a un hombre torturado. Hasta ese momento solo había advertido el lado cómico de su pierna de palo. Pero ese día, al comprender lo que sufría, se me encogió el estómago. Me volví hacia Adolfo, vi que él a duras penas se aguantaba las lágrimas y me sentí más cerca que nunca de mi querido amigo. El hombre dio un nuevo y largo trago a la botella y se dio la vuelta con dificultad arrastrando pesadamente su pierna inválida. Sin darnos cuenta, Lito y yo habíamos pasado el brazo por los hombros de Adolfo y así permanecimos hasta el final del partido, sin subir el volumen, sin encender la luz, sin decir una sola palabra…

16
El pelele

La fiesta del Pelele era siempre todo un acontecimiento en el pueblo. Las mozas de cada barrio manteaban los peleles que durante semanas e incluso meses habían estado cosiendo, y los chicos trataban de robárselos y romperlos. Los peleles eran muñecos multicolores hechos con calcetines y pedazos de diversas ropas viejas o rotas que rellenaban con lana o trozos también de ropa más pequeños. Harapos que cobraban una nueva vida en manos de las chicas. Muchos peleles podían ser burdos, pero otros muchos derrochaban imaginación y colorido y tenían ojos, boca y narices muy bien bordados. Se los manteaba con tendales de recoger la aceituna o hechos a propósito cosiendo cuatro o cinco sacos abiertos. A los chicos se nos permitía ese día demostrar lo brutos que podíamos ser. Visto ahora, entiendo que correr detrás de las chicas y el poder tocarse los cuerpos de los chicos con los de las chicas con la excusa de quitar o defender la posesión de unos muñecos tenía mucho sentido en una sociedad tan celosa del contacto entre los jóvenes de distinto sexo. Era una de esas espitas de las sociedades para que no exploten. Pero una vez robado el muñeco había que descuartizarlo tirando uno de una mano o la cabeza y otro de un pie hasta hacerlo pedazos. Y esta pequeña orgía destructiva es lo que sigo sin entender del todo. Pero lo que sí recuerdo es que, incluso para un chico bueno y disciplinado como yo, destrozar los muñecos después de echar unas carreras y pelearse como fieras con las chicas hasta robárselos era un placer casi insuperable. Jugar a un pequeño y bárbaro saqueo después de la victoria, eso creo que era. Y, bueno, ahora que lo pienso, se puede interpretar de dos formas: o como una instrucción en la brutalidad que se exigía al género masculino o como un desahogo de la agresividad masculina. O las dos cosas a la vez, las sociedades tradicionales eran muy sabias.

La Gisela, que en las últimas semanas había venido a casa casi a diario a ayudar a mi madre, había estado enseñando a mis hermanas a hacer los peleles. Era costumbre que las chicas no dejasen ver nunca a los chicos cómo elaboraban los peleles, ni siquiera a los propios hermanos. Pero mis hermanas, por la excitación de la novedad y por

la necesidad de decirme que ya eran también mayores, hacían comentarios en voz alta y me llamaban como sin querer para otra cosa, y cuando yo las veía cosiendo y con los trapos, los escondían rápidamente entre risas y me decían que me fuera.

Precisamente uno de esos días que la Gisela cosía los peleles con mis hermanas se olvidó de retirar del fuego la nueva olla exprés de mi madre (la mujer no estaba acostumbrada a que el cocido tardase tan poco en hacerse), la olla explotó con un enorme estruendo y todos los garbanzos quedaron pegados en el techo de la cocina. Los guardias civiles llegaron enseguida alertados por la explosión, igual que nosotros, que jugábamos en la calle, y no podían creer lo que veían. Al poco era todo el vecindario el que desfilaba por la cocina de mi madre para admirarse con los garbanzos pegados en el techo. Yo creo que en mi vida volví a ver reír a mi madre con tantas ganas como aquel día.

Cerca de mi casa vivían las hermanas Domínguez, tres chicas de edades entre los catorce y los dieciocho o diecinueve años muy rondadas por los jóvenes del pueblo. Su casa se convirtió en uno de los cuarteles más importantes de las chicas. Tenía unos amplios y altos portones (nosotros las llamábamos portadas) para el paso de los carruajes que permitían entrar y salir de golpe a un grupo numeroso de chicas, lo que era muy importante. La Gisela, repuesta del susto de la olla exprés, intercedió para que dejasen entrar en el grupo a mis hermanas a pesar de ser demasiado pequeñas. A cambio ella se quedaría también en ese grupo, aunque vivía en otro barrio. Ni que decir tiene que donde estuviese la Gisela allí es donde iría la mayor parte de los chicos, como las moscas a la miel.

Nosotros estábamos escondidos a distancia. Yo, tumbado en el suelo tras una vieja rueda de molino, hacía de vigía. Una de las hermanas Domínguez se asomó por la «portada» con cuidado, luego salió a la calle mirando arriba y abajo. Hizo una señal y aparecieron en la calle ocho o diez chicas, entre ellas los dos renacuajos de mis hermanas y la guapa Gisela. Cuatro de ellas arrastraban un gran tendal que pronto extendieron en el centro de la calle. Echaron un enorme pelele de unos setenta centímetros de largo; el resto de las chicas agarró también el tendal por los bordes y empezaron a mantear al muñeco lanzándolo a gran altura mientras cantaban una canción. Yo enseguida dije inquieto:

—¿Vamos ya a por ellas?

—No, hay que escuchar sus cantos un rato —respondió Fermín, un chico de dieciocho años que venía con nosotros.

Formaba parte del juego dar un tiempo para que las chicas disfrutaran con el manteo. De hecho, ellas se sabían observadas y a menudo se movían de forma coqueta. Y lo cierto era que esta espera también nos encendía a nosotros y hacía que luego saliéramos

corriendo con más ganas. Nuestra sociedad actual se ha olvidado de lo bonito que es también esperar. Ahora te ofrecen algo deseable y hay que comprarlo o hacerse con ello de inmediato. Pero la espera hace más deseable lo que ha de venir y produce un placer *in crescendo* según va llegando el momento culminante. ¿No es cierto que a veces resultaba más excitante la espera de los Reyes Magos que el propio regalo? ¿No disfrutamos más durante los minutos u horas que preceden a una cita romántica que en la propia cita?

Las chicas, cantando y manteando un nuevo muñeco, se habían alejado ya bastante de la casa de las Domínguez. Fue el momento de salir tras ellas. También corrieron, pero las alcanzamos y forcejeamos con ellas para hacernos con sus peleles. Siempre había cuidado de enfrentarse a chicas más o menos de la misma edad para no arrollarlas. Toño y Migue se fueron a por mis hermanas, Fermín y otro chico grandote a por la Gisela. Las chicas chillaban y reían y defendían muy bravamente sus peleles con empujones y golpes a los sudorosos chicos. Como que yo me vi rodando por los suelos tras un empujón de una de las Domínguez… Pero se notaba que los mayores, tanto ellos como ellas, buscaban el roce de sus cuerpos, alargaban las disputas, había excitación en sus rostros; mientras que los más pequeños lo hacíamos de manera más inocente. La Gisela estaba magnífica con esos vestidos ajustados que exhibían sus curvas y ponían enfermos del estómago a todos los chicos. Llevaba la voz cantante junto con la mayor de las Domínguez. Siempre estaba rodeada de los chicos mayores, que buscaban el cuerpo a cuerpo con ella, pero la Gisela no se ofendía, ese era el día que podían hacerlo; todo lo contrario, reía como una loca y arengaba a las chicas:

—¡Dadles fuerte, que se enteren de cómo las gastamos las mozas de este pueblo!

Por la calle Mayor apareció otro grupo de chicos y las chicas, a una voz de la más grande de las Domínguez, corrieron a refugiarse tras las «portadas» de su casa. A uno de los peleles, aunque sin una pierna, lograron salvarlo; el otro lo despedazamos en un momento, quedándonos muchos con un trozo como trofeo.

Un poco después las mozas volvieron a salir, divertidas, a mantear los peleles y otra vez los chicos, con el mismo rito, tras dejarlas cantar un rato, volvimos a caer sobre ellas. Y así a lo largo de todo el día. Pero aquel año y de manera singular, los chicos de la clase de don Pedro teníamos preparada, para la tarde, una fiesta especial: nuestro juego particular, ideado unos días antes y para el que habíamos juntado, por primera vez, todos nuestros ahorros.

17
La estanquera

El estanco estaba entre la pastelería, donde hacían unas galletas veteadas que llamaban «del cura» que no faltaban en ninguna fiesta o cumpleaños, y la farmacia. Encima de la puerta del estanco lucía, como en el cuartel de la Guardia Civil, un cartel con la bandera española. Habíamos estado discutiendo largo rato cuál sería el mejor momento, pero como se nos hacía tarde nos decidimos a entrar siguiendo los pasos de Lito. El estanco era antiguo, bastante pequeño y estaba partido en dos por un gastado mostrador de madera. Detrás de este, en el centro, había una puerta con una cortina de jarapa de muchos colorines. Y a ambos lados, estantes llenos de cajetillas, tabaco de liar, cerillas y papel de fumar. A mí me encantaba entrar en el estanco y ver lo bien colocadas que tenía siempre la Nines las cajetillas de cigarrillos. También me gustaba mucho percibir esos olores tan característicos del tabaco rubio, el de picar o la madera vieja. La Nines, nuestra estanquera, una joven viuda de guerra de unos cuarenta o cuarenta y un años, de pelo rubio teñido, cejas repintadas y un rostro agradable, se mostró sorprendida de ver entrar en su local a casi diez niños a la vez. A la Nines, que era un poco mandona, le encantaba regañarnos y darnos consejos.

—Hola, Nines… —dijo Lito con aplomo.

—Sabéis de sobra que ni por la fiesta del Pelele os pienso vender cigarrillos. Ya sé que algunos padres os dejan fumar y beber en las bodas y fiestas especiales. Lo que yo no vea a mí no me importa. Pero en este estanco no se vende tabaco a niñatos. ¿Y tú también, Rafita? Esto sí que no me lo esperaba… —sermoneó.

—No queremos cigarrillos. Queremos globos… —repuse yo.

La Nines se quedó cortada.

—¿Globos?

La cortina de detrás del mostrador se abrió y apareció el Candón limpiando su pistola con una gamuza gris. Se apoyó de costado en la estantería igual que los vaqueros de las películas cuando cargaban sus revólveres. Sabíamos que la Nines era la novia «oficial» del Candón, todo el mundo decía que había sido él quien le había conseguido el estanco. Pero no esperábamos que estuviera allí.

—Vaya, vaya, ¿qué estarán tramando estos rufianes, Nines? —dijo

sin mirarnos.

—Nada… —respondimos Lito y yo a la vez.

—Con que nada, ¿eh? —dijo el Candón, exhibiendo su sonrisa cautivadora.

—Nada —volvimos a repetir, ahora acompañados por Adolfo.

—Seguro que tú no, Rafita. Pero no me fío de estos dos —señalaba a Lito y a Adolfo—, el hijo del rojo y el hijo del Valdepeñas.

—¿Cuántos globos? —preguntó la Nines.

Lito se vació los bolsillos y desparramó un montón de monedas sobre el mostrador.

—Todos los que nos puedas dar por estas perras…

La Nines se volvió a quedar sorprendida.

—¿De dónde habéis sacado esta fortuna?

—Lo hemos ahorrado entre todos —contestó Lito.

—Tú calla, cago en la…, que mientes más que hablas —le espetó el Candón.

—Lo hemos ido juntando durante mucho tiempo —indiqué.

—No es para hacer nada malo. Es para soltarlos… —añadió Adolfo.

—No me gusta esto. Aquí hay gato encerrado… —dijo el Candón.

—¿Qué hago? —le preguntó la Nines al Candón esperando su permiso.

Este se tomó su tiempo. Todos quedamos expectantes en absoluto silencio. Cargó su pistola y el ruido nos hizo estremecernos. Luego nos miró.

—Dáselos… —A continuación hincó sus codos sobre el mostrador y se dirigió a mí poniéndome su cara a dos cuartas de la mía—. Pero tú, Rafita, escucha bien lo que te digo, porque soy amigo de tu padre: tú respondes por ellos, ¿entendido?

—Vale… —dije yo haciendo un montón de síes con la cabeza.

Acto seguido la Nines sacó una lata grande cuadrada, quitó la tapa y la volcó sobre el mostrador formando una montaña multicolor de globos. Todos los chicos se agolparon con los rostros llenos de alborozo.

18
Caídos del cielo

Lito miró el interior de los dos sacos abiertos y dijo:

—Ya tenemos suficientes.

Se refería a suficientes piernas, manos, cabezas y otros trozos de peleles. Todos los que íbamos quitando a las chicas y rompiendo, junto a otros más que fuimos pidiendo a las pandillas de los mayores, los habíamos ido guardando en un par de sacos. Era el momento de pasar a la segunda fase. Con los sacos a cuestas, un nutrido grupo de muchachos nos encaminamos a la iglesia. Al llegar a sus cercanías miramos con regocijo a lo alto de la torre, sobre la que anidaba una pareja de cigüeñas que se pasaban el día yendo y viniendo por encima del pueblo. Luego entramos por la puerta principal.

Uno tras otro fuimos metiendo nuestra mano en la pila del agua bendita y santiguándonos. Esperábamos ver a don Leoncio por el confesionario, que cuando estaba ocupado se encendía una pequeña luz, pero todo estaba a oscuras y en silencio. Cuando nos acostumbramos a la oscuridad aparecieron sobre nosotros esos altos arcos ojivales que siempre imponían un misterioso respeto. Hacía casi más frío dentro de la iglesia que fuera. Nuestros ojos se dirigieron hacia arriba no solo por lo mucho que la nave nos impresionaba, sino por los arrullos de las palomas que anidaban entre la bóveda y el tejado, muy presentes cuando reinaba el silencio. Casi a la vez todos rompimos nuestra momentánea quietud y nos encaminamos hacia la estrecha escalera de caracol que llevaba al campanario. Y fue en ese momento cuando apareció, salido de no sé dónde, don Leoncio, el párroco, un hombre regordete, sudoroso y algo gruñón que tenía unos sesenta años. Nos detuvo en seco con su voz:

—¿Adónde vais más nerviosos que rabos de lagartija?

—Al campanario, don Leoncio —respondí yo.

—Eso ya lo veo, ¿y a quién habéis pedido permiso?

—Como no le veíamos…

—¿Y para qué queréis subir?

—A ver desde arriba la fiesta del Pelele, don Leoncio —dijo Adolfo.

—¿Y por qué queréis hoy precisamente estar tan lejos de las mozas? —preguntó el cura suspicaz.

—Porque arriba se está más cerca de Dios —soltó Lito.

—A mí no me engatusas, Lito. Como no me engatusó el cínico de tu padre. Bien pronto vi cuáles eran sus verdaderas intenciones… —dijo muy excitado—. ¡Y no uses el nombre de Dios en vano o irás a arder en el infierno! —añadió luego haciendo tronar su voz con el eco de la iglesia.

—No vamos a hacer nada malo. Se lo prometemos —intervine yo.

Se lo pensó un poco antes de decidirse:

—Bueno, porque estamos en fiesta… Subid, subid, pero con cuidado, no os vayáis a caer. Y mucho ojito con poneros a repicar las campanas. Y tú, Rafita…

—Sí, don Leoncio, yo respondo —dije muy solemnemente.

El pueblo, sus tejados, con la luz de la tarde cayendo y resaltando las sombras, me pareció precioso visto desde el campanario. No era la primera vez que subía, pero antes no me había percatado de lo hermosa que era la vista. Quizá fue por esa hora del atardecer o por la emoción del momento, pero sin darme cuenta me quedé inmóvil contemplando ese bonito pueblo que ya había hecho mío mientras una suave brisa me acariciaba el rostro.

—Espabila, Rafa, que se nos hace tarde. —Oí a Adolfo.

Las campanas nos rodeaban por los cuatro costados. Mis amigos ya estaban sentados inflando y pintando los globos con rapidez. Hicimos una perfecta cadena: unos inflaban los globos y los anudaban, otros pintaban en ellos rayas negras verticales para imitar las cuerdas de los paracaídas y Lito, Adolfo y yo atábamos a los globos, colgando de una fina cuerda, los brazos, las piernas y las cabezas de los peleles, como si fueran los paracaidistas, y los íbamos dejando a un lado antes de soltarlos. Fue entonces cuando nos dimos cuenta del poco espacio que había en el campanario. De manera que en vez de soltarlos todos a la vez como nos hubiera gustado lo tuvimos que ir haciendo a medida que la torre se nos colapsaba de globos. Menos mal que el viento era muy débil y los globos tardaban en desplazarse.

Al cabo de algún tiempo, con la puesta de sol asomándose ya en el horizonte, el cielo del pueblo se llenó de globos de decenas de colores que, majestuosos, se desplazaban por el aire sobrevolando los tejados.

La gente del pueblo creyó estar soñando. El espectáculo multicolor y el lento descenso de los globos componían una estampa mágica y subyugante. Las mujeres sacaban en brazos a sus hijos pequeños y les señalaban el cielo como cuando se lanzaban fuegos artificiales. Los hombres, menos proclives a la poesía, sonreían con una particular felicidad y decían: «Esto es cosa de los americanos». Y de improviso, cuando los globos ya casi rozaban los tejados, por todas las esquinas del pueblo empezaron a aparecer «moros» con turbantes de bufandas y caras tiznadas de negro que buscaban a los «paracaidistas». Primero apuntando al cielo con sus fusiles, luego disparando de manera

desaforada contra los «soldados españoles» que se acercaban a tierra, para finalmente pincharlos y explotarlos con sus palos a modo de bayonetas según iban cayendo y rodando por el suelo. Fue una orgía de emboscadas, persecuciones, «muertes de cristianos» y explosiones de globos que terminó con los «moros» agitando sus fusiles al aire y saltando como locos en señal de victoria.

19
La medalla

Yo acababa de terminar de desayunar. Las campanas de la iglesia empezaron a tocar a muerto. Me despedí, como siempre, de mi madre y de mis hermanas y bajé a la calle corriendo escaleras abajo. Fuera aún se veían numerosos restos de la gran batalla del día anterior: globos rotos, cuerdas enganchadas, trozos de peleles… Las mujeres no me saludaron como otros días. A la única que pude ver se metía del balcón a su casa mientras se santiguaba. El silencio era casi aterrador. Empezaba a temerme algo malo. Eché a correr para reunirme cuanto antes con mis amigos.

En la escuela todos estábamos inquietos, tanto los chicos como el propio don Pedro. Copiábamos con el lápiz en el cuaderno a rayas. Nuestro maestro nos dictaba un problema al tiempo que se asomaba por las ventanas a cada momento:

—El tren que sale de Madrid a las siete y media va a una velocidad de setenta kilómetros por hora…

Vimos a dos mujeres en la calle que se cruzaban y comentaban algo con gesto de consternación. Una se santiguó varias veces. Los murmullos se levantaron.

—¡Silencio! Seguid escribiendo… El de Barcelona sale una hora más tarde…

Pero el propio don Pedro no pudo aguantar la curiosidad.

—Rafael, sal a preguntar qué ha pasado.

—Sí, señor… —dije mientras me levantaba inmediatamente.

Todos los chicos se pusieron en pie para ir hacia las ventanas.

—¡Todos quietos en su sitio!

A una de las mujeres la conocía: era la Manuela, que vivía en mi calle. Volvía de la compra con su cesta de mimbre.

—Pues que al hijo de la Fuensanta lo han *matao* en Marruecos, Rafita… Ya ves, hijo, se va a la mili tan contento pensando que es un juego, como vosotros, y lo matan como a un perro.

—¿Y cuándo lo traen al pueblo? Con lo lejos que queda eso… —dijo la otra mujer.

—Esta misma tarde. Al chico lo mataron hace días, pero la noticia se la han dado esta mañana al alcalde…

—Y dicen que no hay guerra, Manuela, siempre nos engañan. A

Colmenar trajeron también hace un par de días a otro pobre chico muerto…

—Y pobres madres, qué lástima…

Por la tarde todo el pueblo estaba en el entierro. El cortejo fúnebre atravesó las calles en silencio. Un silencio tan solo roto por los tambores de una escuadra llegada de Madrid, del Ministerio del Ejército, para rendir honores al caído. La bandera del cuartel de la Guardia Civil estaba a media asta. Y en el balcón de la casa del alcalde lucía una bandera española con un crespón negro, detrás de la cual estaba, como siempre, doña Mariana, seria y solemne, en su silla. El féretro, a hombros de los falangistas del pueblo, iba cubierto por una bandera de España y otra de la Falange. Detrás del féretro, que avanzaba al ritmo de los pasos marciales, iba la Fuensanta, la madre del muerto, toda de luto, llorando y sujetada por los brazos por otras dos mujeres. Todos los chicos, en pequeños grupos aquí y allá, asistíamos al acontecimiento estremecidos. Y medio ocultándonos de las miradas de la gente. El juego del día anterior estaba muy presente en todos nosotros. No nos habían dicho cómo había muerto, pero no hacía falta, todos pensábamos sin la mínima duda que había sido abatido por los disparos de fusil de un moro. De alguna forma nos sentíamos como si entre todos también le hubiésemos matado…

El cortejo se paró frente al ayuntamiento. En el balcón estaban don Fidel, el alcalde, y el Candón vestidos como los días de fiesta. Abajo, en la puerta, se encontraba apostado un oficial del ejército llegado de Madrid, muy estirado, con su pecho cubierto de medallas. A su lado se situaba su ayudante. Sonó el himno nacional, se cantó el *Cara al sol* —unos muy convencidos, otros con menos entusiasmo y algunos demasiado fuerte para que se les oyese y se les viese— y tocaron las cornetas.

—¡Viva Franco! —gritó el alcalde.

—¡Viva! —respondió la gente.

—¡Arriba España! —chilló el Candón.

—¡Arriba!

El oficial del ejército se acercó entonces hasta la madre del chico muerto y le hizo entrega de una bandera de España que habían doblado y de una medalla muy llamativa. Cuando la mujer las estaba recogiendo se desmayó y no cayó al suelo porque la sujetaron en el aire las otras mujeres. Adolfo y yo, al llegar a la plaza, habíamos buscado a Nicolás y nos habíamos quedado junto a la pequeña puerta trasera del cine. A su lado estaba también la madre de Lito agarrada al brazo de su hijo. A Lito se le veía muy orgulloso de hacer de hombre de la casa. Nicolás comentó a la madre de Lito por lo bajo:

—Una pensión es lo que necesitaba esta mujer y no tanta medalla y tantos vivas…

—Calla, Nicolás, calla… —dijo temerosa la madre de Lito.

—Si yo siempre estoy muy callado, Luisa, ya lo sabes. Menos en la cabina. Ahí es donde juro y maldigo para mí solo —soltó Nicolás con furia contenida.

Pero más que con lo que había dicho Nicolás yo me quedé con lo que también, desde mi sitio, pude ver: que Nicolás, disimuladamente, casi imperceptiblemente, acariciaba la cadera de la madre de Lito…

20
Culpables

El Candón, con las manos en el cinto, la pistola bien visible para intimidar, con su camisa de Falange como siempre recién planchada y a medio abrochar, se paseaba entre los pupitres de la clase. Don Pedro, de pie, junto a su mesa, estaba lívido. El Candón nos echaba un discurso con un estilo un poco petulante.

—Lo que habéis hecho tiene un nombre: crimen de lesa patria. Don Pedro os explicará exactamente qué es eso de lesa. Habéis ido a hacer daño a lo que es más vulnerable y sensible: el patriotismo. Y este capítulo no se va a cerrar con que vuestros padres os zurren la badana como os merecéis y vuestro maestro os castigue un mes sin recreo… —dijo mirando de soslayo a don Pedro.

—Se hará. Desde hoy mismo… —afirmó don Pedro rápidamente.

—… Desde el próximo domingo, oídlo bien —continuó el Candón—, desde el próximo domingo, os quiero ver a todos en el acto de homenaje a los caídos por Dios y por España vestidos con la preceptiva camisa azul de Falange. Y dad gracias de que todo se quede ahí. Porque si de mí dependiera os metía en la cárcel a pan y agua y, hala, a redimir pena. ¿Dónde se ha visto que unos pelagatos como vosotros se atrevan a burlarse del comportamiento heroico de nuestras fuerzas armadas y se tiznen la cara como los salvajes? Dos hostias, y no de las de consagrar, os daba yo ahora mismo. ¿Habéis oído? ¡Dos buenas hostias!

—Sí, señor… —contestamos todos.

—¡Más alto, cojones, que esto no es una escuela de señoritas! —espetó elevando su voz el Candón.

—¡Sí, señor! —gritamos como una sola voz.

Aunque parezca ahora difícil de creer, los chicos nos sentíamos realmente un poco culpables. Sin entender muy bien el porqué, como pasaba con otros preceptos y obligaciones religiosas y sociales, pero culpables, sin ninguna duda.

El autobús de línea de Madrid paró, como siempre, en la plaza de arriba, que más que plaza era un simple ensanche de la carretera. Aún no nos habíamos recuperado de la resaca del muerto en Marruecos,

pero no se nos olvidó que llegaban las imágenes del Madrid. El conductor extrajo del maletero el saco de rollos del No-Do y Lito, Adolfo y yo lo cargamos en una carretilla.

En la puerta del cine ya estaban esperando otros chicos cuando Nicolás abrió.

—Volved como en media hora o tres cuartos, que ahora está aquí el jefe —dijo a media voz al tiempo que cerraba de nuevo.

No fuimos muy lejos. Nos pusimos a jugar a las canicas a menos de diez metros. Un poco después volvíamos a estar —éramos siete u ocho chicos— disfrutando con las imágenes de los goles de Rial, Marsal, Kopa y Gento en el partido de hacía unos días contra el equipo holandés. El Candón, el *Cara al sol,* el soldado muerto, la guerra de Sidi Ifni, nuestra culpabilidad, los castigos, todo se nos olvidaba por completo cuando veíamos a la Saeta Rubia y a los demás jugadores del Madrid, y el rostro se nos llenaba de felicidad en aquel patio de butacas oscuro y casi vacío.

—¡Otra vez, Nicolás, por favor, otra vez! —gritó Lito.

Yo le observé de reojo. «¿Sabrá lo de Nicolás con su madre? No creo, yo se lo habría notado… Ni creo que lo sepa nadie en el pueblo, sería un escándalo: ella es una mujer casada… ¿Y si es solo imaginación mía? No, lo vi muy claramente…». Pero los goles del Madrid en la pantalla me hicieron olvidarme de estos pensamientos.

CUARTOS DE FINAL

21
La madre de Lito

Habían pasado ya las Navidades y los juguetes de los Reyes Magos todavía no estaban rotos del todo. Aquel año a los chicos nos habían traído más pistolas y fusiles que nunca, prueba, seguramente, de que los castigos del Candón no nos habían enseñado gran cosa. Hacía mucho frío, los sabañones de las manos nos martirizaban. Pero eso importaba muy poco porque después de casi dos meses volvían de nuevo los partidos de la Copa de Europa. Al Madrid le había tocado en suerte el otro equipo español en el sorteo, el Sevilla, que casualmente acababa de ganarle en la Liga por dos a uno. De modo que el partido se presentaba emocionante.

Acabábamos de ver precisamente imágenes del No-Do de ese encuentro y tras salir del cine haciendo pronósticos sobre ese Madrid-Sevilla europeo nos despedimos Lito, Adolfo y yo. Estaba ya muy cerca de casa, justo a la altura del Citroën de don Fidel, cuando me acordé de *Camila.* O se había quedado en el cine o se la había llevado a casa alguno de los chicos. Pero no recordaba haber visto la tortuga en manos de ninguno, así que regresé corriendo a ver si llegaba al cine antes de que Nicolás se hubiera marchado. La pequeña puerta por la que nosotros pasábamos estaba entreabierta. La sala se encontraba totalmente a oscuras pero vi que salía luz por el ventanuco de la cabina de proyección. De modo que atravesé el pasillo lleno de carteles de películas, que apenas se veían por la oscuridad, y empecé a subir por la escalera que conducía a la cabina. Oía a Nicolás hablar con alguien, pensé en un principio que quizá fuera Lito, pero cuando ya estaba muy cerca de la puerta comprendí que era una mujer y que, además, estaba llorando. Eso me hizo detenerme.

—Si mi hijo Lito supiera de dónde saco alguna vez el dinero para vivir le mataría del disgusto. Soy una puta…

¡Era la madre de Lito! Pensé primero en alejarme, pero la curiosidad me hizo quedarme a escuchar. Lloraba muy tristemente y Nicolás empezó a consolarla.

—Qué tonterías estás diciendo, somos amigos desde hace años… Dos amigos que se tienen afecto. Dos amigos que están muy solos… ¿Qué hay de malo en esto?

—Pero ¿es que te has olvidado de que estoy casada?

—En la práctica hazte el caso de que estás viuda…

—No lo estoy, lo sabes bien…

—Y tú te aferras a un sacramento que es una idiotez… Cualquier cosa que hagamos en este mundo de forma sincera y noble, sea lo que sea, es buena.

—Estamos pecando, ¿eso es bueno?

—Yo no creo en eso de los pecados. Para mí solo nos damos cariño y consuelo, eso es todo.

—¿Eso es todo? Me das dinero y eso es ser una puta. Si se enteran en el pueblo, el cura me excomulga. Cada vez que salgo de casa me entra un miedo que me muero.

—Qué tonterías estás diciendo, Luisa. Te ayudo alguna vez, solo cuando lo necesitas, eso es todo, sí. No pago tus servicios, ¿es que no está claro? Los chicos cuando crecen gastan más en comida y ropa. Y Lito me gusta, es un buen chico. Es una satisfacción ayudarle.

Hicieron una pausa. La madre de Lito se sonó con el pañuelo.

—Unas veces pienso que me quieres y me siento muy bien; otras, que te aprovechas de mí por mi situación y te odio; otras, que estoy cometiendo pecado y me entran remordimientos; otras, que lo va a descubrir mi hijo y me muero de vergüenza; otras, que haría esto y más por dar de comer a Lito… Pero tantas cosas a la vez me agobian, Nico, no sé cuánto tiempo aguantaré…

—Hoy estás muy cansada, eso influye mucho. Ve a acostarte, verás como mañana te encuentras mejor.

—¿Y si se entera alguien, Nico?

—Si tenemos cuidado, ¿por qué va a ocurrir eso?

Desde que había oído a Nicolás decir «ve a acostarte» empecé a bajar la escalera sin hacer ruido, temeroso de que salieran antes de que yo hubiera podido ocultarme en la oscuridad del pasillo de los carteles. Me dio tiempo, imagino que se dieron algún beso de despedida. Luego salí del cine y corrí a casa como si me persiguiera el diablo en persona.

22
Dos gallinas y medio costal

No podía dormirme. Se me había hecho una bola en el estómago y no hacía más que pensar en Lito. De pronto el silencio de la noche quedó roto por unos ruidos bastante próximos. Mi madre también los oyó y se levantó de la cama. Los ruidos seguían: venían del piso inferior. ¡Dentro de nuestra casa! Al mismo tiempo oí que mi madre se acercaba a la puerta que daba al pasillo y echaba el cerrojo. Esa noche mi padre no estaba en casa, se había marchado fuera por trabajo. La escuché también murmurar algo con voz asustada. Me levanté y me acerqué a ella. Se había puesto la bata y rezaba con el rosario en la mano.

—¿Qué pasa, mamá?

—Chisss, cállate, hijo, es mejor que no nos oigan.

—¿Quién?

—Hay alguien abajo…

—Lo sé. ¿Quieres que me asome a ver…?

Sin darme cuenta estaba asumiendo el papel de hombre de la casa.

—¿Estás loco, hijo? Vamos a rezar un padrenuestro.

Los ruidos cesaron un poco después, justo al terminar el segundo padrenuestro, tras apreciar nosotros claramente que abandonaban la casa por la puerta principal.

A la mañana siguiente mi madre me despertó un poco antes de lo habitual y me dijo que me vistiera rápido para que fuese con ella a ver qué había sucedido por la noche en el piso de abajo. Al final de la escalera, bajando, quedaban a la izquierda primero una antigua gran cocina y luego las cuadras. Allí estaban almacenadas y apiladas unas decenas de sacos de trigo, pero no los habían tocado. Solo echamos en falta medio costal de garbanzos que mi padre había dejado el día antes al lado del saco de trigo sucio de barrer el almacén, que traía a menudo para echárselo a las gallinas.

—Ve a mirar las gallinas, hijo. Yo subo a levantar a tus hermanas y a prepararte el desayuno.

El corral con las gallinas quedaba al final, detrás de las dos cuadras. Mi madre casi nunca iba allí. Era mi territorio. Yo echaba de comer a

las gallinas y recogía cada día los huevos. Un rato después estaba ya sentado ante mi tazón de leche con Cola Cao echando los migones de pan.

—¿Falta alguna gallina, Rafa? —preguntó mi madre.

—Dos. Una de ellas mi favorita, la rubita. ¿No podían haber cogido otra? ¿Quiénes habrán sido?

—Pues unos ladrones —dijo secamente mi madre.

Cuando mi padre llegó por la tarde se lo contamos sin que lo oyesen mis hermanas.

—¿Y qué ganamos con poner una denuncia en la Guardia Civil? Nada, quizá solo crear inquietud en el pueblo. Tendrían hambre. Si hubiesen sido pobres se lo habrías dado tú misma, ¿no?

—¿Y por qué tienen que venir a darnos un susto de muerte a los niños y a mí?

—Porque estamos a las afueras del pueblo y saben que aquí siempre hay trigo y legumbres.

—¿Y también sabían que te ibas de viaje?

—Sabe medio pueblo los días que voy a Villarrubia…

—Y mientras tanto, yo en vela cada vez que no estés… —protestaba mi madre.

—No creo que repitan. Pero de todas maneras mañana mandaré arreglar el cerrojo de la puerta de la calle para que estés más tranquila.

También se lo conté a mis amigos nada más verles. Por cierto, Adolfo se había llevado la tortuga a casa.

—Ha pasado lo mismo en otras casas —dijo Lito.

—¿Hace poco?

—Hace unas semanas desapareció todo lo de la despensa de la finca de don Ramiro, el primo del alcalde. Vino a la tienda a reponer provisiones —explicó Adolfo.

—¿Y no se sabe quiénes son?

—Alguien que tiene hambre. Mi madre dice que a lo mejor es gente que está escondida desde la guerra y que ya no tiene quien le lleve comida al refugio —dijo Lito.

Al nombrar a su madre noté otra vez el pinchazo en el estómago.

—¿Tantos años escondidos?

—Pues yo no aguantaría tanto tiempo comiendo malamente, preferiría la cárcel, eso de fijo —sentenció Adolfo muy convencido.

23
Barras y estrellas

En las cercanías del pueblo había una base de radar americana. Y había llegado el día de la confraternidad entre americanos y españoles. Un día que el alcalde había declarado fiesta grande. El único día del año en el que los del pueblo, tanto los mayores como los chicos, podíamos traspasar esas altas alambradas y esa puerta siempre guardada por un centinela americano sobre la que se podía leer en inglés y español: «Prohibido el paso. Propiedad del Gobierno de USA».

Eran unas instalaciones relativamente pequeñas, con dos o tres edificios únicamente sobre los que destacaba la gran parábola de la antena. Había solo un par de oficiales y una compañía de soldados. Pero como el pueblo tampoco era muy grande y ellos llegaban siempre en sus *jeeps* con mucho dinero y mucho ruido, su repercusión había sido importante. Aquel día desde primera hora de la mañana no dejaban de sonar por todos los rincones del pueblo las típicas marchas americanas. Con nuestra costumbre de hacer juego de todo, los muchachos volvimos a retomar nuestros fusiles moros, ahora convertidos en norteamericanos, y nos pusimos a desfilar con pasos marciales detrás del coche por cuyo altavoz resonaban las marchas militares.

Como todos los días de fiesta, también aquella jornada hubo un acto oficial frente al Monumento por los Caídos en la Guerra levantado junto a un lateral del exterior de la iglesia y rodeado por un pequeño jardín. Debajo de la cruz que lo coronaba se podía leer, grabado en la piedra con letras doradas: «Caídos por Dios y por España». Habíamos formado juntos mayores y chicos, todos con la camisa azul, excepto Lito y yo, que por ese motivo nos habían colocado atrás del todo. Cantamos con el brazo en alto el *Cara al sol* y después el alcalde hizo su acostumbrado discurso:

—Españoles de bien, patriotas, vecinos y amigos: estamos en unos difíciles momentos en medio de una gran batalla entre el catolicismo y el comunismo. Los americanos, como en la Guerra Mundial, lideran esta guerra que llaman fría y nuestra amada patria participa en primera línea de trincheras ayudando a los valientes aliados americanos. Desde el mismo Telón de Acero, desde la misma frontera de la vil nación de Rusia, nido de todo el salvaje comunismo, llegan

hasta nuestro pueblo por el cielo, por las ondas, informaciones y mensajes en clave que una vez descifrados servirán para ganar esta gran guerra actual. ¡Nuestro noble pueblo, queridos vecinos de Villanueva, en primera línea de batalla del brazo de los americanos! ¡Por Dios y por España!

—¡Viva Franco! —gritó el Candón a todo pulmón.

—¡Viva! —contestamos todos.

—¡Arriba España! —volvió a exclamar el Candón.

—¡Arriba! —respondimos de nuevo.

—¡Y viva José Antonio! —gritó desde la formación uno de los camisas viejas, los más veteranos falangistas.

—¡Viva! —se volvió a oír.

—¡Rompan filas! —ordenó don Fidel, el alcalde.

La formación se deshizo de inmediato. Algunos de los chicos más pequeños se acercaron a don Pedro y le preguntaron:

—¿Estamos en guerra fría contra los americanos?

—No, hombre, contra los rusos.

—¿Y dónde viven los rusos, don Pedro?

—En la Siberia.

—Ah, claro, por eso es una guerra muy fría —dijo el pequeño Lucas.

Lito y yo nos reíamos e íbamos a explicar a Lucas algo sobre la guerra fría cuando el Candón se acercó a nosotros y nos dijo cabreado:

—Es la última vez que os permito estar sin la camisa azul. Ya se ha acabado mi paciencia y mi espíritu de tolerancia.

—Es que mi madre no tiene dinero —dijo Lito.

—Ella se lo ha buscado —replicó con brusquedad.

—Y mi madre dice que para ponérsela solo un rato a la semana es un despilfarro… —expliqué como pidiendo disculpas.

El Candón echaba chispas por los ojos después de mis palabras.

—Si no fuera porque tu madre está casada con quien está casada, un español de verdad, ese comentario parecería de una comunista…

—No, señor, mi madre no es comunista, va mucho a la iglesia…

—Ya lo sé, lo sé, y ayuda mucho a los pobres, también lo sé. Pero nada que se haga por la patria se puede decir que es un despilfarro.

—Sí, señor…

—Así que, hechas a mano o pintadas, os quiero ver con las camisas azules el próximo día. O le tendré que decir a don Pedro que os suspenda el curso.

—¡Sí, señor…!

24
El vuelo de la Ossa

Alguien había robado unos sacos de trigo en un almacén de Villarrubia y mi padre tenía que llevar esa misma mañana un nuevo candado.

—¿Te vienes conmigo a Villarrubia, Rafa? —me dijo—. Nos da tiempo a estar de vuelta antes de las fiestas en la base.

Mi padre trabajaba en el llamado Servicio Nacional del Trigo. Durante muchos años, después de terminada la Guerra Civil, la «Cruzada», como la seguía llamando mucha gente, el precio del trigo estaba intervenido y lo fijaba cada año el Estado. El Ministerio de Agricultura desplegaba por los pueblos de cierto tamaño funcionarios llamados jefes de almacén que se encargaban de pesar el trigo entregado por los agricultores, fijar el precio definitivo —que podía variar unos céntimos en función de la calidad y el grado de limpieza —, guardarlo en buenas condiciones durante un tiempo y venderlo, después, a las fábricas de harina. Los jefes de almacén, llamados más popularmente jefes del trigo o jefes del servicio, entregaban a los agricultores unos «negociables» en los que se indicaban kilos, precio y la cantidad total en pesetas que podían cobrar llevándolo al banco. Para muchos agricultores estos negociables podían significar hasta un tercio de todos sus ingresos anuales, por lo que unos céntimos arriba o abajo en el precio del trigo eran de importancia capital. Eso otorgaba a los jefes de almacén, aunque forasteros casi siempre, un estatus de cierta importancia en los pueblos. Los vecinos más pobres solían hacer pequeños regalos como un queso, una sandía o un pollo para intentar estar a bien con el jefe del trigo y poder ganar algunos céntimos. Los ricos iban más allá y de manera muy frecuente intentaban corromper al funcionario. En Villanueva se encontraba el almacén principal, pero mi padre también se ocupaba del trigo y de otros almacenes más pequeños de pueblos cercanos.

Villarrubia se hallaba solo a unos once o doce kilómetros. Llegamos en la moto enseguida. En las inmediaciones del almacén estaba una pareja de la Guardia Civil vigilando. Mi padre echó un vistazo para ver cuánto trigo se habían llevado.

—Nueve o diez sacos: un carro —dijo enseguida.

El cabo tomó nota.

—¿Nos firma la denuncia, don Braulio? —solicitó mostrando el impreso.

—¿Algún vecino ha visto algo? —preguntó mi padre mientras firmaba.

—¿Cómo no lo van a ver? Pero nadie dice nada…

—Serán medio familia, en un pueblo pequeño lo son casi todos, ¿qué otra cosa van a hacer?

—¿Quiere usted que llevemos a alguno al cuartelillo y le apretemos las clavijas?

—No, pero sigan bien atentos unos días y si surge algo ya me dicen.

—A sus órdenes, don Braulio.

Los guardias civiles se fueron en sus bicicletas y mi padre se quedó colocando el nuevo candado.

—¿Se han puesto todos de acuerdo para robarnos?

—Este trigo no es nuestro, es del Gobierno —dijo mi padre riendo.

Aunque pareciera casualidad tenía su lógica: un duro invierno, el paso de las Navidades…

—¿Es verdad que todavía hay algunos rojos escondidos desde la guerra?

—Sí, alguno habrá aún escondido como un topo en algún desván o alguna casilla —contestó mi padre mientras se agachaba.

—Como topos —repetí yo.

—¿Sabes qué es esto? —Me señaló unas rodadas en la tierra.

—Las ruedas de un carro.

—¿Y estas que van hacia fuera del pueblo?

—También de otro carro pero más pesado… ¡No, el mismo carro pero ya cargado! —Salté eufórico al darme cuenta de mi deducción.

—Muy bien. Estos, hijo, no han robado para comer sino para moler el trigo en algún molino cómplice y vender luego el pan en Madrid. Dicen que los tiempos del estraperlo han terminado. No del todo…

—Entonces don Fidel, el alcalde, ¿es el jefe de la banda? Porque dice Nicolás que ha ganado más dinero con el estraperlo que con sus tierras.

Mi padre se echó a reír.

—No, estos van por su cuenta. —Y mientras íbamos hacia la moto añadió—: Mira, hijo, hay una España oficial, que es esa España que pretenden los dirigentes, la que vemos en el No-Do. Pero el país subsiste en realidad, tenlo por seguro, porque hay también otra economía y otras ideas que siguen moviéndose por debajo, ocultas.

Yo no había entendido ni una palabra, pero no quise preguntarle nada.

Al volver, igual que a la ida, mi padre me hizo ponerme debajo del

abrigo un periódico doblado para protegerme del viento. Como yo me sentaba delante de él, casi encima del depósito, me daba todo el aire frío en el pecho y en el rostro. Me encantaba ir ahí delante agarrado con mis manos al manillar como si también yo condujese un poco y sintiendo el aire fuerte en la cara —tenía que ir con los ojos medio cerrados— y los golpes de la rueda en cada bache. A mi madre no le gustaba, tenía miedo de que nos cayéramos. Pero yo estaba seguro de que con mi padre no me caería jamás.

La moto de mi padre era una Ossa negra con la que estaba encantado. Aquel día, un poco antes de llegar a Villanueva, nos quedamos sin gasolina. Mi padre era un poco despistado.

—En cuanto haya una cuesta abajo paramos el motor —dijo.

Fue una experiencia excitante. Cuando mi padre apagaba el motor y oíamos solo el silbido del viento, parecía como si volásemos majestuosamente a ras del suelo. E incluso daba la impresión de que en esos momentos formábamos un todo con la moto y hasta con la naturaleza. Cuando la Ossa ya iba perdiendo velocidad mi padre encendía otra vez el motor y yo sentía en todo mi cuerpo el acelerón y el tirón de la fuerza de aquella máquina. Hasta que en la siguiente bajada nos dejábamos de nuevo volar.

Y llegamos. Solo a las puertas de mi casa la moto se paró.

—Se ha portado bien la Ossa, ¿has visto?

Me saqué el periódico de debajo del abrigo. Era un *Pueblo*. En la portada, con grandes titulares, hablaban de que el último Gobierno nombrado por Franco hacía menos de un año estaba ya logrando unos resultados extraordinarios con el nuevo Plan de Estabilización.

25
La copa

Yo nunca había entrado antes al interior del recinto de la base americana, aunque me había acercado con curiosidad a mirar desde la alambrada. Una vez dentro, la gran parábola circular del radar imponía por sus grandes dimensiones. Los actos dentro de la base tenían como acontecimiento principal, aparte del acto oficial de las autoridades ante las dos banderas, una competición de tiro al plato entre americanos y españoles. Los americanos sacaban todos una cabeza a los del pueblo, vestían su impoluto uniforme militar, todos eran esbeltos y fuertes y tenían el pelo rapado o a cepillo. Daban verdadero miedo frente a los españoles, pequeños y atemorizados, cada uno vestido a su aire, dos calados con sus boinas. Los únicos con mejor planta eran el alcalde, con elegante chaqueta de sport y debajo su camisa azul, y el Candón, con su cuerpo de atleta y por supuesto su camisa azul «a pelo», aunque se echaba por los hombros una chaquetilla negra de aspecto militar… Mi padre también formaba parte del equipo y mi madre se había enfadado mucho con él porque no había querido ponerse ropa de domingo.

—Si yo voy a lo del tiro y eso es el campo, Isabel —se excusaba mi padre un poco antes.

—Pero después tendrás que estar con el alcalde y los oficiales americanos, que ya me lo sé.

—Tonterías, qué más me da…

Estábamos como espectadores todos los hombres y muchachos del pueblo y también muchas mujeres. En las dos primeras tandas de tiradas de platos los americanos arrasaron. Estábamos todos avergonzados. A mi padre, después de fallar los dos tiros con un plato muy alto, le dijo el Candón:

—Pero, Braulio, ¿no decían que tú tirabas muy bien?

—Si llega a ser un conejo, no se me va… —contestó mi padre.

Eso lo oyó el alcalde y entonces, para no hacer completamente el ridículo, tuvo una idea y se fue a hablar con el capitán.

—Mi capitán, ¿sabe usted? Es que en el pueblo estamos acostumbrados a tirar a los conejos, solo a los conejos. Nunca a las palomas o a las perdices. El coto se lo tenemos vendido a unos cazadores de Madrid. ¿No podría la máquina en estas últimas tandas

tirar la mitad de los platos rodando por el suelo? —El capitán americano se rio de la ocurrencia. Don Fidel siguió—: Sí, sí, nosotros los llamamos platos conejeros…

El yanqui volvió a reírse pero dijo con condescendencia:

—¿Rodando por la tierra…? *Yeah… It's funny… OK, OK, no problem.*

Y entonces surgió la sorpresa: mi padre, que había pasado a la segunda ronda, acertó todos los platos, conejeros y volanderos, y los yanquis, incluso el teniente, el mejor tirador, fallaron todos los conejeros. La verdad es que con un poco de suerte, porque al teniente le salieron un par de platos rebotados bastante difíciles. Pero el caso es que mi padre fue remontando y remontando y empató con el alto teniente. Los del pueblo no podían creerlo. Todos los años anteriores habían perdido por goleada y se había creado una suerte de sentimiento de inferioridad respecto a los yanquis. Se desató el entusiasmo.

—¡Ánimo, Braulio, que tú puedes con el yanqui!

—¡Viva don Braulio, viva don Braulio! —gritaban los chicos.

Se dispuso una tirada final de desempate, en la que se intercalaban platos conejeros con otros volanderos, como decían en el pueblo.

—*Attention! Will go to desimpate between Mister Braulio and Mister Taylor!* —Se escuchó por el altavoz.

El teniente americano acertó los cuatro primeros platos limpiamente. Mi padre también, aunque con suspense ya que dos de los cuatro platos los rompió con el segundo tiro. Los chicos del pueblo estaban eufóricos y no paraban de gritar:

—¡Don Braulio, don Braulio, don Braulio…!

El teniente falló el siguiente. Luego se justificaba diciendo que le habían descentrado nuestros gritos.

—*Fuck off! Fuck you!* —bramaba.

¡Y mi padre acertó! La algarabía que se formó fue imponente. Le entregaron una copa entre los aplausos de todo el pueblo y mi padre enseguida me la dio. Los muchachos de la escuela me subieron a hombros y me pasearon con la copa en alto igual que a un torero sacándole de la plaza por la puerta grande. O como a la Saeta Rubia con la Copa de Europa.

26
Las gambas mágicas

Más tarde se celebró una fiesta, en este caso ya solo para un grupo más reducido con invitación, dentro de las instalaciones de la base de radar. A los chicos no nos permitieron estar y Lito, Adolfo y yo nos tuvimos que conformar con mirar desde fuera de la alambrada, agarrados a ella como si fuéramos presos mirando con envidia la libertad del exterior en un campo de concentración. Los otros chicos ya se habían marchado, pero nosotros no queríamos darnos por vencidos. Yo aún llevaba conmigo la copa de mi padre y con ella en la mano nos acercamos al soldado americano que estaba de guardia.

—Hola, señor general… —dijo Lito haciéndose el simpático. El soldado nos saludó con la mano a la manera militar sonriendo pero sin pronunciar una sola palabra—. Mi amigo tiene que devolver la copa a su padre… —Me señaló—. Es el que ha ganado el concurso, el campeón. —Y se puso a apuntar al cielo como con una escopeta y a hacer los gestos de disparar—. ¡Pum, pum, pum…! —El soldado sonrió otra vez pero siguió sin decir nada. Lito continuó—: Además su hermanita pequeña está muy enferma y su padre tiene que llamar al médico… El médico no está hoy en el pueblo y su padre tiene que ir a buscarle con la moto…

El americano pensó, y pensó bien, que si no nos dejaba entrar Lito iba a estar dándole la paliza toda la guardia. Sonrió bonachón y dijo:

—OK, OK, avante, pero no bueno que os vea el capitán.

—Sí, sí…, ni el alcalde… —apostilló Lito.

—Seremos invisibles, lo juramos. Bueno…, yo medio invisible… —dijo Adolfo aludiendo a su corpulencia.

—Muchas gracias, señor militar… —añadí yo muy educado.

Nos metimos los tres corriendo mientras el soldado sonreía aliviado.

La comida era tipo bufé, con un montón de mesas repartidas en una zona de jardín con diferentes clases de aperitivos. Enseguida descubrimos que el mejor sitio para escondernos era detrás de una mesa con faldillas de una esquina, sin utilizar, porque estaba muy cerca del centro de la fiesta pero a la vez con mucha menos luz, por lo que resultaría difícil que nos vieran. Pero en vez de estar picando aquí y allá, la mitad de los hombres del pueblo hacían corro en torno a una mesa en cuyo centro se extendía una gran bandeja llena de gambas y

langostinos. Los hombres no daban crédito a lo que veían: por muchas gambas o langostinos que cogiesen uno tras otro —lo que hacían de forma insistente para comprobar dónde estaba el truco—, la bandeja seguía siempre rebosante de mariscos. Los hombres se miraban, sonreían, comentaban, dudaban de si era real…, pero no paraban de coger langostinos y la bandeja siempre igual de llena… Nosotros también estábamos alucinados.

—Como no empecemos ya a comer de esa bandeja me va a dar un ataque —resoplaba Adolfo.

—Aguanta, Adolfo. Cuando se retiren un poco… —Le sujetaba Lito.

—No te preocupes, que como no se termina nunca… —afirmé.

—No sé yo… —decía Adolfo temeroso con unos ojos como platos.

Entre los hombres se hacía notar, cómo no, el Candón, que ya estaba medio bebido. Pero cuando los demás empezaban a retirarse, el que comenzó a mirar y mirar y a coger con las dos manos para probar el sistema fue precisamente mi padre. Se había decidido ya a mirar por debajo de la mesa cuando se le acercó el teniente sonriendo:

—Tecnología *made in USA,* mister Braulio…

—Impresionante…

Adolfo, ya sin poder aguantarse, corrió a esconderse en la mesa más próxima a la del milagro de las gambas y los langostinos. Y Lito y yo detrás de él.

—Y dígame, mister Braulio, ¿cómo apunta usted a los platos? ¿Qué técnica usa? —preguntó el teniente en un muy buen castellano.

—¿Yo…? No sé…, yo no apunto…

—¿No apunta…? —dijo incrédulo el militar.

—Pues no, nunca…

—¿Y dónde aprendió a tirar?

—No sé… Es un sexto sentido —se excusó mi padre.

—Ya, un sexto sentido que ha ejercitado bastante…

Mi padre hizo un gesto de incomodidad. Lito y yo le escuchábamos a él y al teniente; y, sin que nos diéramos cuenta, Adolfo hizo un viaje de exploración a la bandeja mágica y volvió con un gran puñado de marisco.

—¡Es alucinante! —nos dijo.

—No quiere hablar de ello, ¿verdad…? —seguía el teniente americano.

—No mucho… —contestó mi padre serio.

—Es que he oído comentar al alcalde que usted fue un tirador de élite en la Guerra Civil…

—Solo un poco de tiempo…

—Le entiendo, yo he estado en la guerra de Corea…

—Imagino que todas las guerras son iguales…

—Sí, te hablan mucho de honor, patriotismo, valor… Pero nada de

los amigos que se mueren, del insomnio, de la crueldad innecesaria y rutinaria…

—Y si te matan o has matado te ponen una medalla y todo en orden otra vez…

—Yo estuve un año en el hospital. Pero no por la herida del pecho, esa se me curó muy pronto. Lo que no me curaba era la cabeza, ya me entiende… —se sinceró el teniente.

—A mí también me dieron en la cabeza. Mire… —dijo mi padre sonriendo y llevándose la mano a la frente.

El teniente observó el hueco que tenía mi padre justo en una de sus entradas.

—¿De un tiro o de metralla?

—Una bala rebotada. No se atrevían a sacarla los cirujanos porque pensaban que si lo hacían me moriría. Pero al cabo de unos días la bala salió sola. Se asomó y solo tuvieron que retirarla con unas pinzas.

—Un milagro, mister Braulio…

—El milagro es que podamos llevar una vida normal después de una guerra, ¿no cree?

—No hay más que ver a su amigo Candón…

Los dos se rieron mientras se miraban. Y aquel día nació una peculiar amistad entre el teniente americano y mi padre. Comían juntos de vez en cuando —alguna vez también con mi madre— y quedaban para cazar con frecuencia.

En aquella época los tebeos que más leíamos eran los de *Roberto Alcázar y Pedrín, El Capitán Trueno* y *Hazañas Bélicas,* donde la mitad de las historias se situaban en la guerra de Corea. Y a mí me producía una especial satisfacción que mi padre estuviera con un veterano de esa guerra, seguramente con un héroe, porque yo había visto sus medallas. Pero seguía sin entender por qué mi padre, que también tenía sus medallas de la Guerra Civil —que mi madre mantenía guardadas en una cajita de madera—, nunca hablaba de cómo las había ganado, y ni siquiera las miraba del mismo modo que yo miraba y remiraba mis álbumes de futbolistas y actores.

27
La Gisela se desmelena

En un momento en el que todos se habían alejado un poco, los tres nos levantamos corriendo, cogimos de la bandeja mágica el marisco a puñados con las dos manos y nos ocultamos rápidamente detrás de la propia mesa que soportaba el maravilloso ingenio. Asomamos nuestros ojos como periscopios por encima del borde de la mesa justo para ver crecer, poco a poco, el montón de gambas y langostinos hasta alcanzar el nivel de antes, el nivel de siempre.

—Es genial. Lo más genial que he visto en mi vida. Puedes comer y comer y siempre está lleno… —comentó Adolfo sin parar de engullir.

—Creo que es un motor eléctrico… —dije yo.

—Estos americanos son unos genios —continuó Adolfo.

—Lo que tienen es mucho dinero, porque anda que no cuestan las gambas y los langostinos… —cerró Lito.

El que todos hubiesen desaparecido olvidándose de las gambas y los aperitivos tenía su razón de ser. La Gisela, imponente de guapa ese día, enseñaba a bailar un pasodoble a su novio americano. Los soldados y todos los del pueblo la observaban embelesados a poca distancia. Todos no, porque el Candón se había quedado en la zona de la bebida y la comida y don Fidel observaba escondido en la sombra. El Candón, totalmente borracho, intentaba desfilar militarmente manteniéndose derecho y riéndose a carcajadas de sus tambaleos. Don Fidel, también con una copa en la mano, estaba algo menos borracho pero clavaba sus ojos de rabia en la Gisela y su novio negro americano. Me dio pena en ese momento don Fidel. Parecía que lo tenía todo, era el más rico, el que más mandaba y, sin embargo, estaba allí lamentándose de alguna pérdida que valoraba más que todo eso que tenía. Fue entonces cuando me acordé de la historia de «la asturiana» que contaban.

Un día había llegado al pueblo una mujer morena muy hermosa y había alquilado una casa a las afueras. Había traído con ella una criada negra cubana que llamó mucho la atención en el pueblo y que era quien hacía la compra y todos los recados. La asturiana apenas salía de casa, salvo algunos paseos por el campo; nunca se la vio en el

pueblo. Pronto la gente advirtió que a menudo llegaban en sus coches señores de Madrid y alcaldes y ricos de otros pueblos. Se quedaban a cenar con ella y se marchaban de madrugada. Don Fidel fue muy pronto uno de los asiduos a la casa de la asturiana. Y pronto, también, las mujeres empezaron a quejarse de que no era bueno dar cobijo en el pueblo a una puta de lujo. Intervino don Leoncio y la asturiana no tardó en dejar el pueblo. Pero don Fidel siguió yendo a Madrid a verla todas las semanas. Incluso parece que le puso un piso para que dejase de ver a otros hombres. Fue a la vuelta de uno de estos viajes a Madrid, de madrugada, cuando tuvo lugar el accidente de su mujer en la escalera de su domicilio que la dejó en una silla de ruedas. Poco después la asturiana abandonó la casa de Madrid sin despedirse de don Fidel. Él hizo algunos viajes para buscarla pero nunca dio con ella. Después se deprimió profundamente y los médicos le enviaron a curarse a un balneario de Marchena, cerca de la costa de Levante. Cuando regresó al pueblo unos meses más tarde había recobrado el buen humor y era un hombre nuevo: más ordenado, más interesado en los negocios y los asuntos del campo y, sobre todo, mucho más comprometido con el Régimen. Aunque el no poder tener hijos, decían, le deprimía de vez en cuando. Pero nunca le duraba demasiado.

—Corre, Rafa, mira —me gritó Adolfo.

Después de los pasodobles empezó a sonar una música de un *rock and roll* de ritmo rápido y la Gisela se soltó el pelo y nos pareció que era una auténtica bailarina de una película americana.

—Pero ¿dónde ha aprendido la Gisela a bailar así?

Lo mismo debieron de pensar los soldados americanos porque pronto salieron cuatro a bailar a su alrededor dando saltos de forma espectacular. Naturalmente, a esas alturas ya estábamos nosotros también muy cerca de la Gisela tumbados en el suelo, absortos con los movimientos de sus caderas, de sus piernas y de sus hombros; nos parecía estar viendo en directo otro número de *Siete novias para siete hermanos,* con todos los brincos y piruetas de los chicos americanos por encima de bancos y mesas de madera…

28
Una sorpresa

Empezaba a atardecer. Íbamos corriendo los tres por las afueras del pueblo. No me querían decir adónde me llevaban. Solo reían:

—Es una sorpresa.

Atravesamos un par de eras y fuimos hacia una casilla de las que se usaban solo en la época de la trilla para guardar los aperos y el trigo limpio hasta completar un viaje. Lito y Adolfo abrieron la puerta y me dejaron pasar el primero. Al principio, por el cambio brusco de luz, no sabía bien quién era. Pero pronto reconocí el rostro agitanado, libre y atractivo de la Celi. Sonrió contenta mientras me miraba. Yo me ruboricé como nunca. Luego se dirigió a Lito y Adolfo:

—A ver, ¿traéis vuestra peseta?

Adolfo le dio su peseta. Lito dijo un poco avergonzado:

—Yo no tengo más que dos reales…

—Pues le vas a tocar las tetas a tu madre… —soltó la Celi muy resuelta.

Lito se mosqueó e hizo el gesto como de ir a por ella, pero Adolfo le sujetó.

—A ti no te cobro… —dijo la Celi sonriendo y dirigiéndose a mí.

—Toma, Lito…, coge mis dos reales… —intervine yo tembloroso.

—¿Eres su novia…? —le preguntó sonriendo Adolfo.

—Sí —contestó ella rápida y segura.

—No es verdad… —repliqué al momento avergonzado.

—Sí que lo es. Pero todos los señoritos dicen lo mismo…

La Celi se abrió la blusa, despacio, y nos enseñó orgullosa sus bonitos y redondos pechos. Más bien pequeños, pero tan perfectos… Me estremecí. Primero se acercó y se los tocó Adolfo, una mano en cada pecho, y luego Lito. Cuando me llegó el turno me quedé paralizado. Era la primera vez que me veía en una situación como esa. Adolfo me quitó la copa de los americanos de las manos y me fue empujando por la espalda. Luego fue la propia Celi la que me cogió las dos manos y me las colocó despacio sobre sus pechos sin dejar de sonreír. No fue un gesto obsceno, en absoluto. Lo recuerdo, y muy bien, envuelto todo en un encanto muy natural. A mí se me aceleró el corazón, que parecía que me iba a estallar de un momento a otro. Ella lo notó y apretó más mis manos contra sus pechos…, que empezaron

también a palpitar deprisa bajo mis dedos. Me había resistido a empezar aquello, pero ahora lo que no quería era que terminase.

El sol empezaba a esconderse pero aún mostraba orgulloso su manto de colores rojizo y violeta cuando regresábamos al pueblo. Caminábamos sin hablar, deslumbrados seguramente por esa puesta de sol tan magnífica. Con los primeros edificios nos separamos.

—Voy a mi casa a dejar la copa… Vuelvo en un rato…

—Da tres golpes en el cierre. Hoy no está mi padre —me dijo Adolfo.

Eché a correr con la copa en la mano. Pero pronto me desvié del camino. En realidad yo quería pasarme antes por otro sitio… y me daba vergüenza confesárselo a mis amigos. Se me había quedado en la nariz y en las manos ese particular e intenso olor a sudor de la Celi… Y tenía que hacer algo.

Aunque intentaba andar con el mayor de los sigilos, el silencio era tan absoluto y la resonancia tan grande que resultaba imposible ocultar mis pasos. De modo que me di toda la prisa que pude en meter las manos y lavármelas en la pila del agua bendita de la iglesia. Después, con las manos mojadas, me lavé también un poco la nariz. Ahora, con la distancia, me parece un poco ridículo aquel lavatorio. Sobre todo teniendo en cuenta que a mí, en realidad, me habría gustado conservar aquel olor de la Celi por mucho tiempo. Pero tenía tanto miedo a mi madre… Debía lavarme antes de aparecer por casa porque de otra forma ella lo habría advertido. No tenía la mínima duda de que habría adivinado que había cometido un pecado mortal…

Eso era lo más curioso de todo: no tenía la sensación de haber hecho nada malo, no me sentía culpable de haber cometido ningún pecado; al contrario, aún sostenía y saboreaba en mi cabeza y en mi piel lo que había sucedido un rato antes. Pero tenía verdadero terror de decepcionar a mi madre al haber hecho lo que para ella era lo peor de todo: un pecado mortal. Estaba seguro de que ese sería el mayor disgusto que podría dar a mi madre. Igual que estaba bien seguro de que ella sabría lo que había ocurrido si no me lavaba antes de verla.

Cualquier psicoanalista diría, estoy seguro, que por qué no había ido a lavarme a una fuente; que si me había ido a lavar en la pila del agua bendita era porque también quería lavar mi pecado, porque me sentía sucio moralmente. No lo tengo yo tan claro. Porque en el pueblo no había otra fuente que la de la plaza principal, la del ayuntamiento, que quedaba más lejos; además, habría tenido que lavarme delante de mis amigos y eso me habría avergonzado. Pero puede que efectivamente también quisiera lavar mi pecado… Aunque no porque yo lo sintiera como tal, sino porque si mi madre lo creía

con tanta certeza tenía que ser así.

—¿Hay alguien ahí? —oí, de pronto, a don Leoncio.

Yo me santigüé apresuradamente, cogí del suelo la copa de mi padre y salí a todo correr de la iglesia.

29
Real Madrid – Sevilla

Aquel día pudimos gritar en la trastienda del comercio de Adolfo todo lo fuerte que nos dio la gana porque su padre se había ido a Madrid. Aprovechando que era fiesta en el pueblo, creo que se fue a comprar nuevas provisiones. Tampoco tuvimos que escuchar la radio casi a oscuras, como otras veces; esa vez pudimos apreciar el bonito aparato en todo su esplendor. Y fue una verdadera suerte, porque ningún otro día tuvimos que cantar y celebrar tantos goles. El Madrid consiguió una de sus más sonadas goleadas de la Copa de Europa. La voz de Matías Prats resonó más agradable que nunca:

—«Y aquí termina la retransmisión de este memorable partido. Real Madrid ocho, Sevilla cero. Y eso que los sevillanos han hecho gala de una dureza un poco desmedida, quizá por su frustración. Pero los números cantan y estamos ante la mayor goleada producida hasta el momento en la Copa de Europa. Y la mitad, nada más y nada menos, del gran Alfredo Di Stéfano, nuestra Saeta Rubia, que ha hecho honor a ese Balón de Oro que le entregaron el pasado año. Dos dianas más para Kopa, una para Marsal y otra para Gento. ¡Viva este Real Madrid de leyenda!».

—¡Viva! —respondimos los tres a la vez.

Adolfo decidió, para celebrar la goleada, robar a su padre unas galletas especiales envueltas en chocolate. Cuando abría la lata le dijo Lito:

—Adolfo, tu padre se va a dar cuenta y te va a dar una paliza, no hay más que esta lata…

—No. Vamos a echar judías pintas en el fondo de la lata y así creerá que hay las mismas galletas.

Y así lo hicimos con mucho cuidado.

—Lo que no sé es cómo puedes tener hambre todavía después de tantos langostinos… —dije yo.

—Los goles me dan hambre, ya lo sabes.

—Pero, Adolfo, si tu padre no se da cuenta mañana se la dará dentro de unas semanas… —le advirtió Lito.

—Eso ahora no me importa. Hoy es el día más feliz de mi vida. Hemos ganado la copa a los americanos, nos hemos puesto a reventar de gambas y langostinos, hemos tocado las tetas a la Celi y el Madrid

ha metido ocho goles. ¡Venga, a meter mano a las galletas de chocolate…!

Los tres nos caíamos de la risa y casi se nos atragantan las galletas bañadas en reluciente chocolate. Aquella noche regresé también muy tarde a casa y otra vez tuve regañina de mi madre. Pero las emociones de ese día habían sido tantas y tan fuertes que nada me podía afectar. Hasta me olvidé de la preocupación por si mi madre descubría el olor a la Celi (¡lo que pueden ochos goles del Madrid!). Y cuando me fui a acostar, casi sin cenar, busqué todavía en mis manos los últimos restos de ese olor antes de caer profundamente dormido.

VUELTA DE CUARTOS

30
Camisas azules

El castigo de formar con los mayores con la camisa azul de Falange frente al Monumento a los Caídos, a pesar del tiempo pasado, no fue cancelado ni mucho menos. Y no es que lo de formar y cantar el *Cara al sol* me disgustara, para nada. El problema seguía siendo la camisa azul. O mi madre, como se quiera ver. A mi madre no le habían asustado las amenazas del Candón; o no les daba crédito, que es lo mismo. De manera que seguía en sus trece:

—Valiente tontería gastarse en una camisa para ponérsela cuatro veces.

Yo se lo suplicaba una y otra vez:

—No es solo por el Candón, mamá, es que hacemos el ridículo…

—Otra tontería igual. El ridículo lo hacen ellos.

Ya lo digo: si a mi madre se le metía una cosa en la cabeza no había forma humana de hacerle cambiar de opinión.

Al final del acto ante el Monumento a los Caídos el alcalde gritó los vivas habituales:

—¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Y después del «rompan filas», como me temía, el Candón vino derecho hacia el final de la formación, donde nos seguían colocando a Lito y a mí. Era la segunda semana que habíamos ido los dos con unas nuevas camisas azules como nos habían pedido; pero nada que ver con el azul añil de la Falange, sino que eran de otro azul mucho más claro. Yo no había querido ni salir de casa, haciéndome el enfermo. Ya la semana anterior habíamos sido objeto de numerosas burlas. Pero a mi madre, lo repito, ni se le podía engañar con lo de estar enfermo ni se le podía hacer cambiar de opinión.

—¿Estas son camisas de Falange? ¡Estas son camisas de maricones! —exclamó el Candón enfurecido.

—Nos las ha hecho mi madre a mano como usted dijo… —contestó Lito.

—Ya lo oí la pasada semana. Aprovechando el mono de algún miliciano, como si lo viera… —respondió él.

—Mi madre dice que así nos las podemos poner más veces… —dije asustado.

—Estoy hasta los cojones de que os toméis el patriotismo a

chirigota. Y esto no va a quedar así…

—No, señor…, digo…, sí, señor… —balbuceé.

—Sois unos subversivos de mierda. Esto es una afrenta a la Falange. Así que os juro por Dios que el próximo domingo si aparecéis con estas fachas os pego un tiro en la cabeza.

Nos encaminamos hacia la plaza del Generalísimo. Los domingos nos solíamos juntar todas las pandas para cambiar cromos o canicas. Lito y yo con nuestras camisas azul claro «de ponerse más días» y Adolfo con una de Falange oficial. Pero los tres ya con nuestros jerséis por encima. Porque esa era la otra lata de la camisa azul y el *Cara al sol:* que en invierno nos moríamos de frío.

—La verdad es que parecíais un par de fontaneros —comentó Adolfo.

—Para la semana que viene nos teñimos las camisas, ¿eh, Rafa? —dijo Lito.

—Por mí vale, pero luego a ver qué le digo yo a mi madre…

31
El cromo de Gento

En eso llegó Migue corriendo hasta nosotros como si huyese del diablo y me dijo:

—¡A Fermín le ha salido repe Gento y dice que por cuántos cromos se lo cambias!

—¡Por seis! —respondí al instante.

Migue se volvió y salió de nuevo corriendo. Al poco llegó Fermín acompañado por Quique y Toño. No era buena señal.

—Tienen que ser diez cromos o no hay trato… —dijo Quique.

—Y bien nuevos. Como recién comprados —agregó Toño.

—Son demasiados —replicó Adolfo.

—Vale, vamos a mi casa a por los cromos… —cerré yo.

—Y otra cosa más… —agregó Quique en un tono que presagiaba alguna maldad.

—Sí, otra cosa más —subrayó Toño.

—¿Qué…? —pregunté inquieto.

—¿Dónde tienes la tortuga?

—No te fíes, Rafa —me dijo Lito encarándose a Quique.

—*Camila* está en mi casa.

—Pues tienes que echar los cromos desde el balcón atados a la tortuga —dijo Quique saboreando su malicia.

Se hizo un silencio total durante unos segundos. Yo no sabía qué responder.

—Ni hablar. No hay trato —contestó Lito por mí.

—¿Quieres que se mate la pobre *Camila*…? —dijo el pequeño Lucas a Quique tras aparecer por en medio.

—Sí, eso es lo que quiero… —soltó Quique.

—¡Mi tortuga aguanta eso y más! —exclamé.

—Pues vamos a verlo. ¿O eres un marica y no te atreves?

Lito hizo ademán de coger a Quique por la pechera pero Adolfo le sujetó. Se hizo otro silencio.

—Vamos allá… —dije, por fin, encarándome a Quique.

La voz empezó a correrse y según íbamos andando desde la plaza a mi casa el grupo de chicos se iba haciendo cada vez más grande.

—¡Rafa va a tirar la tortuga desde su tejado!

Flanqueado por mis dos amigos yo marcaba el paso, más bien lento.

Y apenas si se oía algún comentario en voz baja.

Llegamos ante mi puerta. Yo subiría solo a mi casa y Lito y Adolfo se quedarían abajo cuidando de que Quique no hiciera alguna tropelía cuando lanzase la tortuga. Así lo habíamos acordado. Subí a casa y la tortuga no estaba donde debía. Ya empezaba a imaginarme que los chicos me acusarían de cobardica cuando recordé que mis hermanas solían cogerla e incluso le probaban vestidos de sus muñecas. Y allí estaba, efectivamente, *Camila* haciendo esfuerzos por salir de la caja de las muñecas. Me miró con agradecimiento cuando la saqué de aquella prisión. La pobre no sabía que iba a otro sitio peor.

Preparé los cromos, los metí en un sobrecito y busqué una pequeña cuerda. Ya oía en la calle los gritos impacientes de los chicos. Até el sobre con los cromos a la concha de la tortuga y besé su cabecita:

—Perdóname, *Camila*… Solo me quedan Gento y Di Stéfano para terminar mi colección. Lo comprendes, ¿verdad? Y yo sé que tú lo vas a aguantar…

Por fin salí al balcón grande, el de la habitación de mis padres. Los chicos estaban abajo impacientes. La cabecita de la tortuga se movía graciosa y me miraba con ojos brillantes sin el menor miedo.

—Ahora tienes que esconder la cabeza y las patas, ¿vale? —le dije a la tortuga al tiempo que le daba pequeños golpecitos. Pero *Camila* seguía mirándome chistosa y sin esconder la cabeza—. ¡Que escondas la cabeza te digo! —grité.

Algunos de los chicos se reían abajo. Pero *Camila* ni caso. Había perdido el miedo totalmente. Aunque por momentos me parecía como si me entendiera y solo quisiera hacerme rabiar.

—¿Te vas a rajar ahora? —Oí a Quique.

—Si te vas a rajar, dilo ya —añadió Toño.

Di entonces unos golpecitos a la concha contra la barandilla del balcón y luego otros un poco más fuertes hasta que la tortuga, al fin, comprendió y enterró cabeza y patas en su escudo. Yo extendí los dos brazos fuera del balcón y la lancé hacia el centro de la calle. La tortuga pegó un fuerte golpe y luego rebotó unas cuantas veces. Bajé a todo correr las escaleras. Cuando llegué a la calle me abrí paso entre los chicos. Quique ya había arrancado los cromos del caparazón. Se la quité de las manos.

—*Camila,* vamos…, asoma la cabeza… —supliqué un poco inquieto.

Pero *Camila* no daba señales de vida. Lito exigió a Fermín el cromo de Gento. Todos los chicos estaban expectantes.

—La has *matao.* Eres un asesino —me soltó Quique.

—Un asesino de animalitos —agregó Toño.

Yo cogí la tortuga entre las manos, miré por el agujerito de la cabeza en la concha y me pareció ver brillar uno de sus ojos. Entonces me la pegué al cuello abrazándola para que notase el calorcito. Los

chicos se apretaron alrededor mirando con excitación. Y ocurrió. La cabecita de *Camila* se asomó como saludando a toda la chiquillería, que al instante saltaba y gritaba con alborozo:

—¡*Camila,* campeona, *Camila,* campeona…!

Quique hizo un gesto de disgusto mientras Lito y Adolfo cogían la simpática tortuga y la levantaban sobre sus cabezas como un trofeo. Después casi todos los chicos se la fueron pasando de mano en mano.

32
Las enaguas de la Gisela

—Antonio, ¿qué hora es? —Oí una vez más desde el cuartel.

Estaba de nuevo en la calle camino de la escuela. La Celi había tomado la costumbre de limpiar el Citroën de don Fidel por las mañanas a la hora a la que yo pasaba. Ya no me cabía duda de que lo hacía para verme. De modo que los saludos de las mujeres desde sus balcones ahora apenas me importaban, solo pensaba en cruzar una mirada con la Celi. Incluso hasta me molestaban, porque podían darse cuenta de mi complicidad con la joven criada de don Fidel. Esa mañana la Celi, al tiempo de sonreírme, me hizo un gesto de que me acercara. Cuando estaba a su altura me dijo:

—¿Quieres venir esta tarde a la casilla?

Yo, sin pararme, le contesté que no con la cabeza, un poco avergonzado. Observé que doña Mariana, en su silla de ruedas, nos había visto hablar y seguía sin quitarnos ojo, pero nada de lo que hubiera deducido cambió la expresión dura de su rostro.

Se notaba por todos lados que el invierno estaba terminando y que se acercaba la primavera. Ya no hacía tanto frío, el viento soplaba fuerte unos segundos levantando el polvo y luego se paraba. Olía de una manera especial. Pero, sobre todo, los chicos un poco mayores estaban como revolucionados. Ese día en la escuela alguien hizo circular una postal con la foto de una mujer posando medio desnuda y toda la clase estaba alborotada y divertida. Don Pedro sabía que algo pasaba, pero no llegó a descubrir la foto que pasaba de pupitre en pupitre para regocijo de todos nosotros. Y el hecho de no esperar ni media hora hasta el recreo para enseñar la foto, que habría sido lo más fácil, significaba también el placer de jugar con el riesgo, la satisfacción de burlarse de don Pedro.

La escuela no tenía patio, de modo que la media hora de recreo era en la calle, en un pequeño ensanche que no llegaba a ser ni plaza. Allí se organizaban pequeños partidos de fútbol, juegos de canicas y un mercadillo permanente de cambio de cromos. Todo en ese reducido espacio. Había instrucciones de no alejarse de allí, pero de vez en cuando alguno hacía una escapada. Ese día, extrañamente, cuando nos

dimos cuenta no estaba ni la mitad de los chicos.

—¿Dónde se ha ido todo el mundo? —preguntó Adolfo.

Enseguida el pequeño Migue, que era una especie de pregonero, llegó corriendo con la explicación.

—¡Están viendo el culo a la Gisela!

Eso fue como una estampida. En unos segundos no quedó nadie a las puertas de la escuela. Todos los chicos estaban amontonados en las dos ventanas del casino, los pequeños agachados y los mayores por encima. Todos con las narices pegadas a los cristales. Apenas si había sitio ya para los que llegábamos. La Gisela se encontraba subida en una escalera de tijera, limpiando la historiada lámpara de araña del casino, llena de cristalitos que brillaban y emitían reflejos al moverse. Había colocado en lo alto un cubo con agua enjabonada y con un trapo limpiaba las piezas de cristal. Vestía, como siempre, uno de sus coloridos y ajustados vestidos y encima llevaba un mandilón de color gris. Tenía la radio puesta y cantaba a pleno pulmón con Sara Montiel el «Fumando espero» de *El último cuplé,* por eso no se enteraba de nuestros murmullos y sofocos. Estaba descalza, exhibiendo sus bonitas piernas hasta donde nunca antes habían llegado nuestros ojos. Y todos esperando, anhelando, una misma cosa: que terminase de limpiar los brazos inferiores de la lámpara y subiese un escalón más de la escalera. Cuando esto sucedió, durante unos segundos vimos sus embriagadores muslos y unas bragas blancas con puntillas en los bordes, que yo relacioné enseguida con el ajuar del que me había hablado y una noche de bodas. Pero esta visión celestial duró demasiado poco, porque enseguida oímos a lo lejos el silbato de don Pedro que nos citaba con los aburridos problemas de trenes que salían de Madrid y Bilbao o con la alternativa del sonido de su regla de madera en nuestras carnes si no obedecíamos esa llamada.

33
El pozo de la noria

Por la tarde la sangre de los chicos seguía hirviendo. Higinio, el primo de Adolfo, que había dejado ese año la escuela para ponerse a trabajar y cuya madre, viuda, regentaba la posada del pueblo, había organizado un espectáculo muy especial previo pago de dos pesetas y solo apto para chicos mayores. Según decía, había convencido a la criada de su madre para que se quitara las bragas y lo enseñara todo en una habitación de la posada. Pero en una habitación no cabían muchos y, además, la criada era una chica de dieciocho años, de modo que los más pequeños estábamos descartados. Yo no habría ido de todas formas, me daba un poco de vergüenza; aunque lo que yo temía de verdad era que luego alguien le contase a mi madre que yo había estado allí. Pero sí fueron Lito y Adolfo. Por ser primos Adolfo había conseguido que se les quedara en una peseta y dos reales; y que también fiase una peseta a Lito. Todos sabían de las penurias de la madre de Lito. «Eso es que ya no acepta nada de Nicolás o que lo han dejado», pensé yo.

De pronto me encontré solo volviendo a casa muy despacio. Ya no me acordaba de lo solo que se podía estar sin Lito y Adolfo… Y cuanto más me alejaba de ellos, más solo me sentía. Tampoco sabía qué iba a hacer solo en casa. De modo que cambié de opinión y me fui al almacén donde trabajaba mi padre, que se encontraba a las afueras del pueblo y junto a una huerta abandonada; el sitio donde había encontrado a *Camila.* Pero mi padre tenía problemas, discutía con unos hombres por alguna cuestión que parecía seria y ni siquiera me contestó cuando le dije hola. Esperé un poco, pero pronto me di cuenta de que iba para largo. Me lo confirmó Camilo:

—Ahora es mal momento, chaval. Hay un gilipollas que dice que tu padre le ha pesado de menos. Si yo fuera el jefe le daba un hostión y a correr.

Los descargadores eran todos unos tipos muy fornidos: debían subir sacos de hasta ochenta kilos por tablones extendidos a modo de rampas sobre la montaña formada por el trigo. Eso no lo podía hacer mucha gente. Ganaban el doble que un jornalero en el campo pero no aguantaban muchos años y la mayoría terminaba con dolores de espalda. O enfermos de los pulmones por el polvo que tragaban.

Camilo era el líder indiscutible de los cargadores. Era el más fuerte y también el de más edad. Empezaba a encanecérsele la enorme mata de pelo que le asomaba por la camisa abierta. También era apuesto, bromista y brutote. Gustaba a las mujeres, de hecho las vecinas del barrio, incluso las casadas, traían con frecuencia vino a los descargadores solo para ver a Camilo y oír sus risotadas. Pero no era juerguista. Decía que si quería ser descargador hasta los cincuenta años tenía que cuidarse. Era de un pueblo cercano y vivía en la posada. Los domingos se iba a su pueblo.

Algunas veces, cuando no había trabajo, los descargadores se entretenían tirando la barra en el descampado del almacén. El juego consistía en lanzar una barra de hierro, que yo casi no podía ni levantar, lo más lejos posible. Hacían apuestas, pero Camilo lanzaba siempre desde dos metros más atrás para que hubiera emoción y no ganara siempre.

—Hasta luego, Camilo —me despedí.

Me fui entonces hacia la huerta cercana. Nos tenían prohibido entrar ahí porque estaba el pozo de la antigua noria sin vallar y podíamos caernos. Pero en ese momento, en el que —y no entendía por qué— yo me sentía tan solo y tan súbitamente triste, acercarme al peligro era lo mejor que podía hacer. El pozo era bastante grande y hondo y la rueda de madera de la noria, con sus cangilones de latón oxidados, seguía en su sitio de siempre tan esbelta y tan inútil. Tan bonita y tan dormida. Y tan abandonada como yo… Porque me sentía triste y abandonado como nunca. Abandonado por mis amigos, abandonado por mis padres, abandonado por todos… Tumbado sobre la hierba veía mi rostro reflejado sobre el agua limpia y tranquila del pozo… Daban ganas de avanzar un poco y dejarse caer para ser abrazado por esas aguas limpias y acogedoras…

Entonces caí en la cuenta de que cuando me decía «abandonado por todos» estaba pensando también en la Celi… ¿Dónde estaría ahora? Recordé lo que me había dicho de vernos en la casilla de la era y pensé en voz alta:

—Pero va a ir a la casilla solo por mí o también para cobrar otras pesetas a otros chicos?

Esta duda se me clavó en el pecho como una aguja profunda que no había forma de sacarla. Y al sentimiento de soledad le fue sustituyendo otro todavía más fuerte de rabia y de celos. Tanto que, sin esperar más, me levanté y salí corriendo hacia la casilla para comprobar si estaba allí con otros chicos o no.

34
La casilla

El final del camino lo hice por el mismo sitio por el que llegué con Lito y Adolfo el día de los ocho goles del Madrid. No lo hice a propósito, pero cuando me di cuenta estaba casi pisando las huellas de la otra vez. Me acordé entonces de esas manías, que comentó un día Matías Prats, de algunos jugadores de entrar siempre con el mismo pie al terreno de juego o tocar la hierba y santiguarse.

Llamé a la puerta. Como nadie contestaba, empujé y entré en la casilla. Esperé un poco hasta poder ver en la penumbra. Allí no estaba ni la Celi ni nadie. En un primer momento sentí un gran alivio: no había chicos, me quería citar allí a mí solo. Me senté en la piedra sobre la que ella nos había estado esperando. Me pareció que todavía quedaba allí un poco de su peculiar olor. ¿O era solo el recuerdo? Esperé un rato con la lejana esperanza de que llegase más tarde. Pero ¿cómo iba a ir si yo le había dicho claramente que no? Entonces ¿por qué esperar? Pero esperé. Hasta que al poco tiempo esa ilusa espera se transformó en frustración, sentimiento de abandono y otra vez tristeza. Definitivamente, algo muy raro me estaba pasando que me llevaba a comportarme de manera tan estúpida y que me hacía sentir cosas tan contradictorias de un momento al otro.

De pronto vi su silueta. En una pequeña estancia lateral de la casilla, como una despensa, vi a un hombre. No se movía.

—¿Quién está ahí?

—Nadie —contestó una voz grave y desconfiada—. Es mejor para ti que no me veas. Y ni se te ocurra contar nada a tus padres o a tus amigos. Y mucho menos a los tricornios. Te retorcería el cuello como a una gallina cuando menos lo esperases… —Yo no supe qué decir, pero me imaginé a mi pobre gallina rubia muerta con el cuello retorcido—. ¿A quién buscas aquí?

—A nadie…

—Ya… Pues ya ves que no hay nadie.

El hombre no salía de su rincón. El rostro lo ocultaba por completo. Pero me pareció ver la empuñadura de una pistola asomando por su camisa.

—¿Quiere que le traiga comida… o algo? —acerté a decir.

—No necesito nada…

—Le prometo que no lo voy a contar…

—Más te vale. ¡Lárgate de una puta vez! ¡Vamos!

Alcancé la puerta sin atreverme a mirar atrás. La cerré tras de mí y luego eché a todo correr hasta el pueblo.

«Seguro que es un topo de esos», pensé. «¿Habrá matado ese hombre a mucha gente en la guerra? A lo mejor es inocente y le persiguieron por una acusación falsa. ¿Debería contárselo a mi padre y a la Guardia Civil? No, de ninguna manera», resolví. «Si él ha confiado en mí, debo mantener la palabra que le he dado».

35
Los pozos

La clase estaba terminando. Felipe escribía en la pizarra una regla de tres para resolver el problema planteado. Hasta allí nos llegaron los gritos de alarma que alguien lanzaba por las calles del pueblo. Don Pedro se acercó a la ventana y detrás de él toda la clase casi al unísono. Al principio no entendíamos lo que decían, estaba un poco lejos, pero el tono desgarrado de las voces no presagiaba nada bueno. Enseguida vimos a un mozo y las palabras nos llegaron con total claridad:

—¡Se ha ahogado Damián, el hijo de la Felisa! ¡Se ha ahogado en un pozo!

Una mujer totalmente de negro que se cruzaba se santiguó dos veces seguidas:

—¡Otra vez esos malditos pozos, Dios nos bendiga…!

Pero ya todos nos habíamos vuelto hacia el pupitre de Damián, con su asiento vacío, sin saber qué decir.

—¡Se ha ahogado el chico de la Felisa…! —escuchamos de nuevo en la calle a una mujer.

Los chicos volvimos entonces las miradas hacia otro compañero: Santín.

—Mi hermano… Estaba con las ovejas… —dijo casi sin voz.

Tardó Santín unos segundos en reaccionar, se había quedado como petrificado, pero luego salió corriendo de la clase. El resto guardamos un silencio sepulcral.

—Anda, Miguel, ve con tu primo… —dijo don Pedro. El muchacho salió también de la clase corriendo—. Los demás, sentaos… —ordenó nuestro maestro.

Nos sentamos todos a la vez, como si fuéramos autómatas, y de nuevo se hizo un silencio absoluto. Solo se oían las pisadas lastimeras de don Pedro en el suelo de tarima. Felipe esperaba junto al encerado sus instrucciones. Creo que don Pedro, manos a la espalda, intentó al principio seguir con el problema para aparentar normalidad. Pero no le salían las palabras. Cuando se giró vi sus ojos llenos de lágrimas. Hizo un gesto a Felipe y esperó a que este se sentara en su pupitre.

—Ahora, cuando salgáis, os iréis todos derechos a vuestras casas. ¿Entendido? Ya sabéis lo peligrosos que son esos pozos asesinos. Ya os

hemos avisado muchas veces. Pero no hacéis caso y tarde o temprano tenía que pasar algo así. No es una casualidad que le haya ocurrido al más indisciplinado. Así que ¿me habéis oído? Todos a casa. Si me entero de que alguien se acerca ahora por allí, por los pozos, se queda un mes sin recreo. ¿Está claro?

—Sí, señor… —respondimos todos.

—Venga, santiguaos por el pobre Damián, que Dios le perdone, no era mal chico. Podéis marcharos.

Lito me acompañó hasta mi casa, que estaba, como ya dije, casi al final de la calle Mayor. Al terminar mi calle quedaban solo unas corralizas y detrás se extendía ya, precisamente, el campo abierto en el que se situaban los pozos. Estos eran la maldición del pueblo, no era el primer accidente que se producía. Pero seguían sin poner ningún tipo de protección alrededor de ellos. ¿Por qué esta actitud? ¿Era una forma de aceptar con resignación los peligros del destino? También eran la obsesión de mis padres, justamente por su cercanía. No había una sola vez que nos viese mi madre salir corriendo y no nos advirtiese de que no fuéramos a jugar por la zona de los pozos.

Yo nunca he vuelto a ver en ningún sitio unos pozos semejantes. Eran cuadrados, bastante grandes, como de unos cuatro o cinco metros de lado, excavados en mitad de la tierra sin brocal ni protección alguna. Lo peor era cuando empezaba a crecer la mies, porque entonces ya ni siquiera los podías ver. Yo creo que los hacían así de grandes para cumplir con dos funciones; una, claro, la de dar con la veta de agua, que estaba en esa zona muy cerca de la superficie, como a unos cinco o seis metros; y otra, la de recoger también el agua de lluvia. Por esta razón, supongo, no ponían ningún obstáculo en los bordes, para que el agua se deslizase sin problemas hasta el pozo. Y por eso, también, la leve inclinación de la tierra próxima a los bordes los hacía aún más peligrosos. Sobre todo los días después de llover, con los bordes embarrados y muy resbaladizos. Se convertían en trampas mortales.

Al llegar a la altura de mi casa nos paramos un instante, nos miramos y sin decirnos nada seguimos adelante. Al final de la calle había un guardia civil que no dejaba pasar a nadie. Lito y yo volvimos a mirarnos. Me hizo una señal que yo entendí al instante. Sin llamar la atención nos metimos por una calle lateral que conducía a la vaquería y los arrabales. Estábamos dando un rodeo. Lejos ya de la vista de la gente echamos a correr todo lo que nos daban las piernas. Después de llegar hasta unas paredes de adobe medio en ruinas nos asomamos al campo abierto.

36
Las dos bocas de Damián

Como imaginábamos que la Guardia Civil vigilaría todos los accesos desde el pueblo, nos pareció mejor seguir rodeando. Había bastantes pozos, pero puesto que todos estaban en una misma zona llana de tierra muy roja, no resultaba difícil encontrarlos. Buscamos una pequeña altura y vimos un grupo de hombres. Allí tenía que ser.

—Vamos por ese camino agachados y luego nos metemos a rastras entre la siembra para que no nos vean —dijo Lito.

—Pero por ahí hay otro pozo, Lito… —le advertí un poco preocupado.

—Ya lo sé. No tengas miedo. Tú ve detrás de mí.

Así lo hicimos. Antes de adentrarnos en el sembrado de cebada dejamos las carteras en la linde. Después de gatear un rato por los surcos Lito se detuvo inquieto.

—El pozo está por aquí…, pero no lo veo… Vamos despacio, tú mira bien… —me dijo en voz baja.

Seguimos adelante abriéndonos paso entre la mies y de pronto, al separar unos juncos, apareció el pozo ante nuestras mismas narices. Lito se paró en seco llevándose un buen susto, aunque lo disimuló para que yo estuviera tranquilo. Yo me arrastré hasta quedar a su lado y los dos, tumbados, asomamos las cabezas al pozo. El agua estaba completamente turbia. Quizá habían estado buscando a Damián también en este pozo. Algunos terrones cayeron del borde chapoteando en esa especie de chocolate. Yo iba a comentar algo pero Lito me hizo el gesto de que guardara silencio. Las voces de los que estaban ocupados con el rescate se oían muy cerca.

—¡Ya traen los garfios, Candón! —avisó alguien.

—Ya era hora, hostias —dijo el Candón—. ¿Y el juez está también?

—Sí, ahí viene. Ahora le traigo… —Oímos al sargento.

—No, cojones, que espere en la linde. A ver si se nos va a caer el juez también —dijo el vozarrón del Candón.

Bordeamos el pozo y seguimos a gatas silenciosamente en dirección a las voces. No queríamos asomar la cabeza para que no nos descubrieran, nos guiábamos solo por el oído. Conteniendo la respiración, pegados al suelo como lapas, ocultos por la baja pero densa vegetación y con nuestro pulso acelerándose a cada segundo,

llegamos a las proximidades del pozo asesino.

Eran siete u ocho hombres los que habían acudido a sacar el cuerpo de Damián. Habían colocado varios tablones en las esquinas del pozo y sobre ellos se encontraban dos de ellos atados con cuerdas que otros sujetaban por si se caían. Uno lanzó un garfio en forma de ancla con tres ganchos atado al extremo de una soga mientras el otro buscaba y empujaba con una larga pica que también tenía otro gancho en la punta. Por fin, después de algunos intentos, el garfio enganchó al ahogado por una pierna, el de la pica hizo presa también en alguna otra parte de su cuerpo y empezaron a tirar hacia arriba.

—¡Ayudad, hostias, que se va a caer…! —gritó el de la pica.

Un tercero se puso a tirar también de la cuerda del garfio. Pero apenas vimos asomar el cuerpo, la carne se desgarró y el muerto volvió a caerse al agua. La visión y, sobre todo, el sonido de la carne desgarrándose me produjo tal impresión que estuve a punto de vomitar, y me habría vuelto a casa en ese mismo momento si no hubiese visto a Lito con tanta entereza y con tantos deseos de verlo todo hasta el final.

—¡Me cago en Dios…! —bramó el del garfio.

—No maldigas, que estamos en la boca del infierno… —dijo otro en tono un tanto solemne.

Un poco después los garfios volvieron a enganchar a Damián, esta vez por el cuello. Al tirar los hombres de la cuerda y asomar, de golpe, el rostro del muerto cubierto de barro y sangre, con los ojos y la boca abiertos, con el gancho clavado en el cuello como un cerdo en la matanza y con una mueca de terror horrorosa, no pudimos soportarlo y salimos corriendo a gatas, despavoridos. El sargento escuchó el ruido y gritó:

—¿Quién anda por ahí? ¡Alto a la autoridad!

—¿Quién anda por ahí? —repitió el cabo.

Pero nosotros corríamos y corríamos a rastras como si nos persiguiera un demonio que hubiera salido por esa puerta de los infiernos. O como si nos persiguiera el fantasma de Damián con los garfios clavados en el cuello y saliéndole las puntas por los ojos chorreando de roja sangre, que es como lo soñé un par de días más tarde.

No paramos de correr hasta entrar en el portal de mi casa. Allí nos dejamos caer en el suelo hasta, poco a poco, mientras nos mirábamos con una risa nerviosa, ir recuperando el aliento. No sé el tiempo que estuvimos, porque no era solo el aliento; teníamos que reponernos también de la fuerte impresión. Pero pronto oímos fuera, en la calle, los gritos de la gente de que traían al muerto.

—Vamos arriba —le dije a Lito.

Salimos al balcón. Al pobre Damián le traían tumbado y boca arriba

sobre el remolque del tractor de don Fidel, que avanzaba muy despacio, al paso de los hombres, que le seguían andando. A los que le habían rescatado, con los garfios y la pica sobre los hombros, se les habían añadido otros más. La trampilla trasera del remolque estaba abierta y por ella asomaban sus pies, uno de ellos sin calzado y completamente ensangrentado. Al muerto no le habían tapado, solo le habían cerrado los ojos. Pero su boca seguía abierta. Lo mismo que la gran herida del garfio en el cuello, que parecía otra boca abierta. El traqueteo del tractor mecía su cuerpo de una forma trágica: parecía un muñeco de trapo manteado. Las mujeres lanzaban lamentos con cada balanceo algo más fuerte del cuerpo y se santiguaban. Y las que eran familia lanzaban gritos de dolor a un volumen insólito. Las paredes parecía que se iban a abrir en dos. Los hombres guardaban un total silencio. Desde el balcón del primer piso en el que estábamos Lito y yo vimos lo que quedaba de Damián y el dolor de la gente, tan cerca, tan encima, tan en caliente, que se nos estremeció hasta el último poro del cuerpo.

37
Sevilla – Real Madrid

Había vuelto tan sucio de tierra y de barro, y hasta con heridas en las manos, que mi madre me hizo darme un baño de inmediato. Yo estaba desnudo y en silencio, sentado dentro de un gran barreño de cinc que nos servía de bañera, visionando una y otra vez en mi cabeza las impactantes imágenes de ese día. Entró mi madre, me volcó un cubo de agua caliente, se me quedó mirando y me dijo:

—¿Por qué estás tan callado, hijo? ¿Has visto al pobre Damián muerto?

Yo no le contesté pero sus palabras me hicieron volver a la realidad. En el cuarto de al lado oía las voces de mis hermanas jugando a las muñecas: una se había caído a una piscina y la llevaban al médico a curar.

—Pues me alegro, así ya sabes lo que os puede pasar si desobedecéis y jugáis por los pozos —continuó mi madre.

—¿Te alegras de que se haya ahogado? —dije yo.

—No, eso no. Espero que estuviera confesado y haya ido al cielo. Pero me alegro de que te hayas asustado y te haya servido de lección.

Me quedé un rato saboreando el efecto relajante del agua caliente. Y me acordé, una vez más, de mis amigos. Seguramente Lito se estaba bañando también para quitarse de encima la tierra y el barro. Seguramente Lito tampoco podía quitarse de la cabeza las imágenes de Damián muerto. Seguramente su madre le estaba gritando desde la habitación de al lado que saliese del agua antes de que se quedase fría. Seguramente Lito estaba oyendo todo el tiempo, mientras recordaba las imágenes de Damián, el ruido de la máquina de coser de su madre. De eso vivían, de lo que su madre ganaba cosiendo y arreglando ropa. Aunque más de la mitad del pueblo nunca le daría trabajo por eso de ser la mujer de un rojo. También caí en la cuenta de que Lito llevaba unos días más serio y preocupado que de costumbre. No me había dicho nada, pero yo sabía bien de qué se trataba. Alguien había empezado a comentar que su madre se veía con Nicolás… Es posible que él no creyera que fuese verdad, pero daba lo mismo. Si se había corrido la voz ya era otra mancha sobre su frente…

Y Adolfo, que otra vez se había quedado con *Camila,* ¿qué estaría haciendo ahora? Habíamos quedado esa tarde en ver las imágenes del

No-Do del partido de vuelta del Sevilla contra el Madrid. Pero entre la poca emoción por los ocho goles del partido de ida y, sobre todo, la muerte de Damián, a mí se me había olvidado totalmente. Pero seguro que Adolfo estaría disfrutando y diciendo en ese momento a Nicolás:

—¡Pon otra vez los goles, que *Camila* no los ha visto!

Porque Adolfo no era como Lito o como yo. A Adolfo nada le podía quitar su espontánea sonrisa y su permanente optimismo. Excepto dejarle un día sin comer; porque eso ya serían palabras mayores… No, tampoco eso era del todo verdad. Aunque lo disimulaba muy bien, yo sabía que también echaba de menos a su madre y que, algunas veces, las depresiones de su padre podían más que su natural modo de ser alegre.

38
El puchero

Generalmente, un poco antes de la cena yo solía ir a por la leche. La lechería estaba cerca, solo tenía que cruzar mi calle, coger enfrente otra más estrecha, la de las Domínguez, y llegar hasta una pequeña plaza empinada. Aquella noche yo iba, como siempre, con la lechera de aluminio en la mano, cuando justo antes de llegar a la placita apareció la Celi cortándome el paso. Salió de no sé dónde y me dio un pequeño susto. Estaría esperándome escondida.

—¡Hola…!

Y mientras se desabrochaba despacio los botones del escote me dijo:

—Mi hermano pequeño está malo, ¿me das un poco de leche…?

—Aún no la he cogido… —dije mostrando la lechera vacía—. ¿De verdad está tu hermano malo?

—Te lo juro por Dios.

Y se besó los dedos de la mano derecha puestos en forma de cruz.

—Vete a por un cacharro mientras yo cojo la leche…

La Celi me dio un beso y salió corriendo como un gamo.

Al salir de la lechería la esperé bajo un portón grande para el acceso de los carros a un corral, el lugar más oscuro que había por allí. Al momento llegó corriendo y salí a la luz para que me viese. Volvimos al rincón oscuro y vertí en su puchero rojo, lleno de desconchones, alrededor de un tercio de la lechera. La Celi, que seguía con su camisa desabrochada, dejó el puchero en el suelo, me cogió la mano libre y me la introdujo en su pecho. El pulso se me aceleró. Y ya no reparé tanto en su olor como en el relieve de su pecho, en ese botón oscuro de la cumbre de la colina que se endurecía con mi contacto. Yo miraba cautivado ese rostro tan vivaracho que tenía tan cerca, sobre todo sus ojos y su nariz pequeña y respingona, mientras me hablaba despacio:

—Me gustaría que tú fueras mi señorito… Me da mucho asco cuando don Fidel me quita las bragas… Me dice que su mujer no le cumple… —Hizo una pausa. Yo sentí en ese momento un odio feroz hacia don Fidel. Siguió—: Si no fuera por mi madre y mi hermano, me escapaba. ¿Sabes que mi madre me llevó a rastras a su casa para que me desvirgara?

—¿Qué es eso?

—Perder la flor —dijo con naturalidad.

Yo me estremecí. Ella lo notó y apretó más mi mano.

—¿Y por qué te obligó tu madre?

—Aquí las madres se tiran de los pelos y se sacan los ojos por meter a sus hijas a servir en las casas más ricas. ¿No lo sabes? —Negué con la cabeza—. Si entras a servir en una buena casa tienes patatas, judías, pan… Lo que te dan más lo que puedas coger a escondidas… De eso comen mi madre y mi hermano…

—¿Y tu padre?

—No me acuerdo de él. Sé que estuvo preso después de la guerra, salió, dejó embarazada a mi madre y luego se marchó. Él creía que le iban a meter en la cárcel de nuevo. No sé más. Mi madre no quiere hablar de ello.

De pronto me puse muy nervioso y me solté.

—Mi madre estará preocupada…

—¿Qué le vas a decir de la leche?

—Que he tropezado y me he caído… —respondí mientras me alejaba—. Adiós…

No quise mirar atrás hasta que llegué a la esquina con mi calle. Allí me volví y la vi subir por la pequeña cuesta antes de desaparecer. Aún tenía su particular y fuerte olor a sudor en la nariz. Pero descubría en ese desagradable olor matices que cada vez me gustaban más. Olía a algo sucio, prohibido… Aunque también a un perfume empalagoso y salvaje… Definitivamente me gustaba ese olor… Era algo excitante…

Continué andando y entré en mi casa. Me había gustado lo que acababa de ocurrir. Pero me sentía presa de un abatimiento inesperado.

39
Cavilaciones

Unos años más tarde lo pensaba. ¡A punto de empezar la década de los sesenta y en un pueblo de Castilla todavía existía el derecho de pernada! Las madres pobres llevaban a sus hijas adolescentes vírgenes a los ricos a cambio de comida…

—La primera chica que tuvimos se me echaba encima por los pasillos. Tu madre se dio cuenta y la despidió por descarada —me contó un día mi padre, años después.

—Su madre la habría aleccionado para así obtener más beneficios del señorito —dije yo.

—La segunda vez —siguió mi padre— la madre, de la mano de la hija, me abordó por la calle e intentó convencerme señalándome el buen culo de su hija. Igual que en la feria de ganado enseñan los dientes de los caballos al cliente. Yo no había visto nada igual. Después encontramos a la Gisela. Ella tenía problemas en el pueblo por todo lo contrario, porque no se dejaba tocar ni un pelo por ningún señorito.

Mi madre me regañó por ser tan torpe con la lechera, aunque no demasiado. Amenazó con enviarme de nuevo a por más leche. Pero todo se quedó en eso.

—Venga, anda, cena que ya es tarde y te acuestas rápido, que tienes cara de cansado.

Pensé durante un momento que mi madre, por una vez, me iba a hacer una caricia. Vi en sus ojos, cuando me miraba, que tenía ganas de hacerlo. Pero no lo hizo. Debía ir enseguida a la cocina a por la cena, sus otros hijos esperaban…

Me acurruqué en la cama intentando repasar tantas cosas vividas en tan escaso lapso de tiempo. Pero me quedé adormilado de inmediato. Hasta que al rato me desperté de un sobresalto. No había caído en ello. ¿Y si el hombre de la casilla era el padre de la Celi? ¿Era una casualidad que se escondiese en la misma casilla que ella frecuentaba? ¿Y si la leche no era para su hermano sino para su padre? A lo mejor volvía a su casa por las noches a por comida. O quizá la Celi era sincera y era verdad que no había visto a su padre desde pequeñita. ¿Y

si la madre ocultaba a los hijos que su padre era un topo? Suelen hacerlo los mayores, piensan que los niños terminan hablando o cantándolo todo. A lo mejor se escondía en aquella despensa de la casilla para ver a su hija sin que ella se diese cuenta. Y puestos a pensar, el hermano pequeño de la Celi tenía pocos años… Igual hasta su madre se había quedado embarazada en una de esas noches que el marido regresaba a hurtadillas…

—Si yo fuese el padre de la Celi —me sorprendí diciendo—, prendía fuego a la casa del alcalde.

Aunque… ¿y si él tenía que morderse los dedos y tragarse toda su rabia precisamente porque así podía comer, especialmente en invierno, con lo que la Celi sacaba de la casa del alcalde? Me hacía estas y otras preguntas pero no encontraba ninguna evidencia que lo aclarase. En cualquier caso, todo era igual de triste fueran o no padre e hija.

40
La vajilla real

El mismo día que vimos en el No-Do las imágenes del dos a dos entre el Sevilla y el Madrid, ya con todo el público y antes de la película de John Wayne *Centauros del desierto,* un nuevo robo, esta vez más sonado, agitó el pueblo: había desaparecido del casino la famosa vajilla regalada por los Reyes. Y una persona había ido a parar a la cárcel: la Gisela. Ella negaba que tuviera nada que ver, pero Lucio, el encargado del casino, había declarado —y los otros empleados lo habían corroborado— que ella era la única que había dispuesto de la llave para limpiar la vitrina por dentro y la única persona también a la que habían visto subir al piso de arriba la tarde anterior. No eran pruebas concluyentes, pero don Fidel había presionado para que, tras declarar, se quedara encerrada en el calabozo. En el pueblo ya se hacían algunos comentarios insidiosos de que la Gisela quería esa vajilla para su boda.

Yo acompañé a mi padre al cuartelillo. La Guardia Civil tenía instrucciones de que no hablase con nadie, pero mi padre hizo valer su derecho recordando que la Gisela trabajaba para nosotros. Al final el sargento accedió a condición de estar él presente.

La Gisela lloraba a moco tendido y se abrazó a mi padre en cuanto le vio.

—Se lo juro, señorito Braulio, que yo no tengo nada que ver. He limpiado la vajilla como otras veces y después he vuelto a dejar la llave en el cajón de siempre. Se lo juro por Dios que me estará viendo. Cuando se entere James de que estoy en el calabozo pensará que soy una ladrona y me dejará, ¡ay, Dios! Eso es lo único que me angustia, señorito Braulio; llámele, por favor, y dígale que usted sabe que no soy una ladrona, dígaselo.

Y de nuevo se deshizo en sonoros llantos que impresionaron hasta al sargento.

—No es una ladrona, papá —dije indignado.

—Ya lo sé; de eso no tengo ninguna duda.

—Tienes que sacarla de aquí, papá.

—Lo intentaremos… —respondió mientras pensaba en algo.

—Tú puedes sacarla, tienes que hacerlo…

—Rafa, ¿tú sabes dónde vive el Anselmo?

—Sé la calle, la casa no. Pero Lito seguro que lo sabe.

—Vete a buscarle. Dile que tengo que hablar con él, que es muy urgente.

Un rato después mi padre hablaba con el Anselmo.

—Usted dirá, don Braulio.

—¿Quieres hacerme un favor importante?

—Lo que esté en mi mano, don Braulio.

—Ya sabes que la Gisela está en el calabozo. Pero no me la imagino robando nada, la conozco. Tampoco creo que sea una casualidad que en un aniversario de los Reyes desaparezca un símbolo real… No es solo cosa de dinero. ¿Sabes por dónde voy? Pregunta por ahí, tú sabrás dónde hacerlo, y procura enterarte de quiénes han sido. A mí no me cuentes nada, no quiero saber nada de nada. Pero hazles saber que va a ser muy difícil que vendan esa plata y que no está bien que pague la Gisela por lo que han hecho ellos. Que yo se lo cambio por trigo. Todo de una vez seguramente no podré, ya veremos. Que tienen mi palabra.

No hacía mucho que el Anselmo se había ido cuando llegó el teniente americano.

—Don Braulio, ¿me puede usted explicar de qué va todo esto?

—¿Cómo se ha enterado usted tan pronto?

—Don Fidel me ha llamado para un asunto de las basuras y me lo ha contado. «No quisiera que esto ocasionara problemas con su novio u otros soldados», me ha dicho.

—¿Puedo hablarle con franqueza?

—Eso he venido buscando.

—Esto es en gran parte una jugada de don Fidel. Está obsesionado con esa muchacha y está actuando como un colegial celoso. Ha desaparecido esa vajilla de plata que usted conoce y ha movido sus hilos para que se acuse a la chica y la metan en la cárcel. La soltarán dentro de un tiempo por falta de pruebas, pero eso da igual, lo único que quiere don Fidel es vengarse de la Gisela y estropear su boda.

—¿Es posible que don Fidel haya organizado el robo?

—No, eso no. Pero sí ha presionado al dueño del casino y a los empleados para que de momento digan lo que sea más perjudicial para la Gisela. Igual que ha ordenado a la Guardia Civil que la traten desde ahora mismo como una ladrona confesa.

—No conoce usted lo bruto que es ese negro de James; si le digo esto viene aquí en media hora, se lía a pegar tiros a todas las ventanas del alcalde y del ayuntamiento y tenemos un conflicto diplomático.

—Dígale que se trata de un error, que la Gisela no es una ladrona y que muy pronto va a quedar libre.

—¿Está haciendo algo?

—¿Yo?, qué va, mi teniente —dijo mi padre sonriendo.

El teniente le entendió y se despidieron muy amistosamente.

Al día siguiente la vajilla apareció en el confesionario de don Leoncio y la Gisela estaba en la calle abrazándose a su James y a mi padre. Y don Fidel se sigue aún preguntando qué es lo que pasó mientras dormía satisfecho por su jugada.

SEMIFINALES

41
Un revólver del Oeste

La primavera estaba en todo su apogeo. Los campos se habían puesto verdes como nunca y en las ventanas y balcones lucían tiestos con flores de todas clases. Definitivamente nuestros abrigos ya habían sido guardados en los armarios. La huerta cercana al almacén de mi padre parecía ahora un jardín. Los almendros y otros árboles frutales daban a ese paraje un resplandor inesperado. Precisamente al lado de esta huerta habían empezado hacía poco las obras de la construcción de unas nuevas escuelas para el pueblo que formaban parte de un amplio y exitoso Plan Nacional de Alfabetización. Justo en ese momento habían terminado las zanjas para los cimientos, que a los chicos nos parecían unas espectaculares trincheras de la guerra. Naturalmente, nos tenían terminantemente prohibido entrar allí, tanto por la cercanía del peligroso pozo de la noria como para que no estropeáramos los trabajos realizados por los obreros. Pero esas zanjas eran una tentación demasiado fuerte como para hacer caso a don Pedro o a don Fidel. De modo que tanto por el atractivo de los colores y la vegetación de la huerta como por las trincheras de guerra, que parecían hechas para nosotros, todos los días estábamos jugando allí. Mi padre, tras pasar dos o tres días temiendo que ocurriera alguna desgracia en sus mismas narices, mandó a sus descargadores colocar piedras y palos alrededor de la noria, así como unos troncos más finos y ramas en el fondo del pozo para que si alguien tuviera la mala suerte de caer a pesar de la barrera, al menos tuviera dónde agarrarse.

Estábamos un día disparándonos con nuestros fusiles y lanzando nuestras granadas de una trinchera a otra cuando en uno de los revolcones en el asalto a la línea enemiga un chico notó un arañazo. Parecía algo de metal oxidado. Escarbamos un poco y apareció ¡una pistola! Se trataba de un revólver igual que los del Oeste. Estaba muy oxidado y la madera de la empuñadura había desaparecido casi totalmente. Pero salvo eso estaba completo.

—¡Dejadla, puede estar cargada y dispararse! —gritó Lito.

Y en medio de una gran expectación, rodeado por todos, Lito la cogió con mucho cuidado.

—Quitaos de ahí delante que voy a mirar el tambor…

Cuando Lito intentó girar el tambor este se abrió. Todos los chicos

se apretaron aún más alrededor entre ahogadas exclamaciones.

—¡Ahí va! Yo creo que tiene las balas… —observó Adolfo.

—Traed un lapicero o un palo pequeño. Y quitaos de delante he dicho… Migue, fuera… —ordenó Lito.

—Es que no veo, jopé… —se quejó Migue.

Al momento Lito tenía delante dos o tres palos. Cogió el más recto. Empujó en los agujeros del tambor, llenos de tierra, y cayeron tres balas. Los chicos estaban alucinados.

—¿Qué hacemos con la pistola? —preguntó Adolfo.

—En mi casa podemos limpiarla con aceite… —dije yo.

—Vale, sí, en tu cuadra no nos verá nadie… —asintió Lito.

Al poco, después de pasar la pistola de mano en mano para verla bien, todos nos pusimos en marcha. Lito llevaba el revólver y Adolfo las tres balas. Pero justo antes de llegar a mi calle nos encontramos, de frente, con Quique, Toño y sus padres, el sargento y el cabo de la Guardia Civil.

—Aquí están, papá… —dijo Quique.

—Sí, aquí están… —añadió Toño.

—Dadme eso ahora mismo… —dijo el sargento con voz autoritaria.

—Vamos, la pistola… —añadió el cabo.

Quique sonreía satisfecho. Y con un gesto ufano nos miraba como diciendo: «Os fastidiáis; para que sepáis quién manda aquí».

Obligados a abandonar el frente de trincheras, regresamos a nuestro campo de fútbol habitual, la era más cercana a las casas del pueblo, que, mientras no lloviese, tenía un piso muy liso, así como las piedras que hacían de porterías ya dispuestas. Lito y Quique, los dos que mejor jugaban al fútbol, echaron a pies para elegir a los jugadores de sus respectivos equipos: normalmente empezaban por los mejores y terminaban con los peores. Éramos unos diez.

—¿Por qué siempre eliges a Rafa de los primeros si es más malo que el sebo? —inquirió Quique a Lito.

—Malo no, peor que malo —remachó Toño.

—Porque es mi amigo. ¿Está claro? —respondió Lito con firmeza.

—Pues eres idiota, vais a perder —terminó Quique.

Al poco de empezar a jugar, Lito, que normalmente corría por todo el campo, comenzó a quejarse mucho de una pierna y apenas se movía de la zona de la defensa.

—¡Eso va a ser la polio, ja, ja! —soltó Quique con mala idea.

La poliomielitis llevaba un tiempo haciendo estragos, era la plaga del momento. Despertaba terror en todos nosotros y mucho más en nuestras madres. Hacía poco que habían descubierto una vacuna, eso lo sabíamos, abría una puerta a la esperanza enorme, pero todavía no se aplicaba de forma general y obligatoria, al menos en los pueblos.

Adolfo se puso como una fiera, se lanzó con la cabeza baja como un

toro a por Quique y se organizó una pelea general entre todos, incluido yo mismo, que raramente me metía en ellas. Por fortuna, dos hombres que pasaban por allí se acercaron a separarnos. Toño y yo sangrábamos por la nariz y Migue se quejaba de que tenía la camisa destrozada. Y lo peor de todo: a Lito no se le pasaba el dolor.

42
Dos cajones de madera

Nuestra escuela se encontraba en un sitio estratégico, cerca de la plaza y en un lugar de paso hacia la carretera y la zona de los comercios. Así que todas las noticias más pronto o más tarde cruzaban por delante de nuestras ventanas. Aquel día Adolfo leía:

—«España no se limitó a descubrir las tierras del Nuevo Continente americano, sino que llevó a ellas su religión, su lengua y sus costumbres y les inyectó su misma sangre…».

Pronto nos percatamos de que algo gordo pasaba porque la Guardia Civil, el alcalde, el alguacil y tres hombres de los camisas viejas, con sus camisas azules y sus brazaletes, iban y venían. Los muchachos empezaron a mirar y a hacer comentarios en voz baja.

—¡Silencio todos! —ordenó don Pedro mientras se acercaba a una de las ventanas.

El tiempo de espera hasta que terminó la clase fue un tormento, más pendientes de la calle que de cualquier cosa que estuviéramos haciendo. El mismo don Pedro se dio cuenta de que era absurdo esperar más, así que nos dejó salir quince minutos antes de la hora.

Al poco de escapar de la clase ya sabíamos adónde debíamos encaminarnos: a las zanjas de la nueva escuela, donde habíamos encontrado la pistola.

—A ver si han encontrado ahora un cañón… —dijo alguien.

Dos números de la Guardia Civil no dejaban pasar a una parte de las zanjas: la que se notaba que habían estado excavando recientemente. Junto a las zanjas se hallaban el alcalde y el Candón con el grupo selecto de sus camisas viejas, que hacían muchos gestos. Pero los muchachos, a cierta distancia y vigilados de cerca por uno de los guardias civiles, no sabíamos todavía qué ocurría, qué era lo que habían encontrado. Hasta que llegó Migue con el notición:

—¡Han encontrado dos esqueletos de muertos! Mi padre los ha visto.

Entonces pudimos ver que unos hombres cargaban dos cajones de madera en un remolque. Quique apareció con detalles:

—En cada cajón están los huesos de un rojo —anunció excitado.

—Dos rojos —recalcó Toño.

—¿Rojos? —preguntó algún despistado.

—Sí, mi padre dice que son muertos de la guerra —siguió Quique.

—¿De qué guerra? ¿La guerra fría? —preguntó un pequeñajo.

—La guerra de Liberación, idiota. La de los nacionales contra los comunistas… —contestó un Quique cada vez más dueño de la situación.

Todos nos arremolinamos en torno a él, preguntando quiénes eran, qué hacían…

—Mi padre dice que estaban enterrados muy cerca de la pistola. Yo ya había visto entonces un hueso… —dijo cada vez más protagonista.

—¿Y por qué no dijiste nada? —preguntó Adolfo pensando que se lo inventaba.

—Porque creí que era de un perro, listo —respondió él.

El tractor salió portando en el remolque los dos cajones custodiados por los camisas viejas.

—¿Adónde llevan los huesos?

Nadie sabía nada. Pero Lito sí que sabía a quién había que preguntar.

Después de deshacernos de la compañía de otros chicos, Lito, Adolfo y yo nos fuimos hacia la parte alta del pueblo, la más humilde. Tras andar por una calle bastante estrecha, al llegar a la esquina nos asomamos para asegurarnos de que nadie nos veía. En una casa cercana, al otro lado de la calle, había movimiento, entraban y salían mujeres en silencio. Al poco sacaron y sentaron en un poyete de piedra junto a la puerta a una mujer mayor, toda enlutada, que lloraba con desconsuelo. Dos mujeres más jóvenes la cogían de la mano y la besaban. Ella movía la cabeza hacia delante y hacia atrás muy nerviosa mientras abrazaba una vieja caja de cartón. Un poco después empezó a desatar la cuerda que envolvía la caja.

—¿Son los hijos de esa mujer…? —pregunté a Lito en voz baja.

—Sí…, mi madre los conocía. Dice que eran muy divertidos y que bailaban muy bien… Vamos, ahora.

Y los tres salimos de nuestro escondrijo y avanzamos por la calle para pasar cerca de las mujeres como si no fuese con nosotros, haciéndonos los despistados. La mujer abrió la caja, sacó una camisa y una camiseta usadas y las tomó en sus manos. Las miró, las desdobló, las acarició despacio… Pero fue al ir a besarlas, al olerlas, cuando soltó un grito desgarrador y casi se cayó del poyete. Una de las mujeres jóvenes sujetó a la madre y la volvió a meter en la casa mientras la otra doblaba de nuevo la ropa y la guardaba en la caja. Desde dentro salió otro grito helador. Nosotros nos alejamos aturdidos.

—¿Por qué esos gritos tan espantosos? Me han puesto la carne de

gallina —dijo Adolfo.

—¿Te has fijado que las camisas no estaban lavadas? —comenté.

—No —respondió Adolfo.

—Las guardó para conservar el olor de sus hijos…

—Y al oler a sus hijos, ha vuelto a verlos morir… —terminó Lito.

43
Confidencias

Los tres nos fuimos a la que llamábamos «nuestra era». Se encontraba un poco más lejos que la de jugar al fútbol, pero al estar más en alto tenía una vista muy bonita del pueblo. Nos sentamos en un rulo de piedra. Adolfo se agachó y sacó de debajo del rulo una lata de sardinas. Dentro de ella escondíamos el tabaco. Adolfo cogió dos cigarros de un paquete de Bisonte ya a medio acabar. Yo no fumaba pero busqué en mi bolsillo la caja de cerillas recién comprada y les encendí los cigarros.

—¿No te ha preguntado nada la Nines? —dijo Lito.

—No. Como tengo cara de buen chico…

—Pues conserva esa cara que pronto tienes que volver a por más cigarrillos.

—Y también que no estaba el Candón —agregué.

—Estaría con la Mariana o la Enriqueta. ¡Qué *espabilao,* vaya harén que tiene con las viudas de guerra! —dijo Adolfo mientras daba una buena calada al cigarro.

—¿Y no le importa a la Nines? —pregunté incauto.

—Se pegará sus lloreras, pero si quiere seguir con el estanco le toca aguantar.

Luego estuvimos un rato en silencio. Los tres pensábamos en la madre y los huesos de sus hijos. Fui yo el que empezó a hablar.

—¿Qué harán con los cajones?

—Vete a saber; unos piden que los quemen y otros que decida el juez.

—Dicen que los fusiló el Candón… —afirmó Lito, menos hablador que otros días. No contestamos nada. Al rato siguió—: …Y que los dos hermanos se abrazaron llorando antes de morir…

—¿Por qué los mataron? —pregunté.

—Por escribir unos folletos de la UGT…

—¿Qué es eso? —preguntó Adolfo.

—Parecidos a los comunistas, dice mi padre… —contesté.

Se hizo un nuevo silencio.

—Mi padre dice que tu padre era rojo, pero que luego se arrepintió… —comentó Adolfo dirigiéndose a Lito.

—Es verdad… —respondió él.

—¿Y por qué se fue tu padre a Alemania? —le pregunté.

—Mi padre era el maestro, como don Pedro. Pero después de la guerra solo le dejaron trabajar en el campo. Y como no le gustaba, pues se marchó… Hace seis años que no le veo… —dijo Lito.

—A lo mejor tu madre te ha mentido. A lo mejor no era maestro…

—¡Lo era! —saltó Lito enfadado.

—Seguro que sí… —tercié yo.

—¿Y si no vuelve de Alemania, Lito? —dijo Adolfo.

Lito solo se encogió de hombros disimulando cualquier otro sentimiento.

—Antes mandaba dinero a mi madre, pero ya hace más de un año que no envía nada… —afirmó secamente.

Nos volvimos a quedar otro rato en silencio. Sabíamos que estábamos hablando de cosas que nunca habíamos sacado antes.

—¿Y a tu padre no le importa que vayas con el hijo de un rojo? —me preguntó Lito.

—Al principio me dijo que no le hacía gracia… Pero después ya no me ha dicho nada. Tampoco me habla nunca de esas cosas, de los rojos, de la guerra… Hasta el otro día mientras se afeitaba…

Adolfo y Lito apuraban sus pitillos.

—Venga, cuenta, ¿qué te dijo? —me urgió Adolfo.

44
El Alto de los Leones

Mi padre se estaba afeitando y me mandó a por más agua caliente a la cocina para terminar de enjabonarse. Se fumaba, a la vez, un pitillo y cuando llegué con la palanganita llena de agua caliente y la puse en la esquina del lavabo no se dio cuenta, pues estaba mirándose en el espejo, y hundió el cigarro en el agua pensando que era el cenicero.

—¡Me cago en la puta…! —exclamó.

Me eché a reír al verle la cara llena de jabón y el cigarrillo mojado en sus labios. Él se puso contento y empezó a cantar la canción esa de *Margarita se llama mi amor* mientras se afeitaba.

—¿Qué canción es esa, papá?

—Es del frente. La aprendí en el Alto de los Leones.

—¡Cuéntame algo de la guerra! ¡Nunca me cuentas nada! ¿A cuántos mataste?

—Ya te lo contaré cuando seas mayor.

—Ya soy mayor…

—Eso sí que es verdad… Crecéis sin darnos cuenta… —Y se quedó mirándome un rato.

—Cuéntame algo, anda…

—En el Alto de los Leones estábamos tan cerca que desde una trinchera a la otra nos veíamos las caras. Cuando nos levantábamos, nos mirábamos y nos dábamos miedo. En cualquier momento uno podía matar al otro. Pero a partir del mediodía ya éramos como vecinos. Hasta nos poníamos motes unos a otros…

—¿Y a ti cómo te llamaban?

—Cagancho —dijo riéndose.

—¿Cagancho…? —contesté decepcionado—. ¿Por qué?

—Era el nombre de un torero. Decían que me parecía mucho.

—Pues a mí no me gusta, es muy feo…

—¿Sabes que esta canción la cantábamos muchas veces juntos los de uno y otro lado de las trincheras?

—¿Los nacionales y los rojos cantando juntos?

—Sí, sí, como lo oyes… Y también cambiábamos tabaco por chocolate. Hasta hubo dos chicos, uno de Tembleque y el otro de un pueblo de al lado, que se hicieron medio amigos y se daban noticias de sus familias…

—¿No erais enemigos?

—A ratos sí, a ratos no…

—Qué raro…

—… Hasta que llegaron órdenes y de la noche a la mañana nos liamos a pegarnos tiros sin parar… Lo malo son siempre las órdenes, ¿sabes, hijo…? Las órdenes las da siempre alguien que está en un despacho; alguien que no ve los ojos del que tienes que matar…

—Tú tenías buena puntería, ¿verdad, papá?

—Sí que la tenía…

—¿Y a cuántos mataste?

—Sin conocerlos, a unos cuantos, estás en la guerra, qué vas a hacer… Pero solo te das cuenta de lo que haces cuando matas a uno con el que has cantado…, cuando matas a uno desde tan cerca que ves sus ojos de miedo… Porque en esos ojos ves que matas también sus sueños, sus esperanzas, el amor por su novia… Y cuando a ese, segundos después, le ves morir por tus manos, pues te mueres un poco con él…

Y mi padre se quedó, entonces, muy serio mirándose en el espejo.

—Pero ¿no te dieron una medalla por lo de ese Alto de los Leones?

Ya no me contestó nada. Se miraba en el espejo con la navaja de afeitar en la mano con tal expresión que pensé que se iba a cortar el cuello allí mismo. Yo no pude resistir y salí corriendo. Esperé sentado en la acera lleno de miedo y de ansiedad hasta que le vi salir recién afeitado, como si nada.

—¿Qué pasa?, ¿dónde están hoy tus amigos?

45
El primer pitillo

Seguíamos sentados en el rulo mirando hacia el pueblo. De vez en cuando nos llegaba el sonido de algún grito o el nombre de alguien a quien llamaban.

—¿Y tu padre no te cuenta nada de la guerra? —le preguntó Lito a Adolfo.

—Ni de la guerra ni de nada. Solo me da guantazos… cuando me coge desprevenido. Todo lo que sé de él de la guerra me lo ha contado mi tío. Estuvo en Brunete…

—Ahí estuvo también mi padre —le interrumpí.

—… Después en Valladolid, en Santander y no sé cuántos sitios más. En más de veinte batallas y ni un rasguño. Hasta que llegó lo del Ebro y la bomba se le llevó entera la pata. Sueña mucho y grita, pero nunca le entiendo nada. Solo cuando nombra a mi madre…

—¿Qué pasó con tu madre? —le pregunté.

—Lo sabe todo el mundo. ¿No te lo han dicho? Se marchó porque no podía aguantar la mala leche de mi padre ni sus borracheras.

—¿Y no sabes nada de ella? —agregué ingenuo.

Lito me dio con el codo pero ya era tarde.

—No. Nunca la he vuelto a ver… Pero creo que me manda paquetes por mi cumpleaños y mi padre los esconde y los rompe. Por eso le quito todas las galletas y el chocolate que puedo de la tienda…

Al gran Adolfo por una vez casi se le saltaron las lágrimas, quién lo habría dicho. Y a Lito y a mí, por un extraño contagio. Nos quedamos en silencio los tres sin querer mirarnos…, no fuera que nos descubriéramos alguna lágrima rodando por la cara. Pero no eran necesarias las palabras: nos sentíamos más unidos que nunca. Lito rompió el silencio:

—¿Nos fumamos otro pitillo? Pero los tres juntos. ¿De verdad no quieres probarlo, Rafa?

—Bueno…

Lito tomó un cigarrillo y yo se lo encendí. Dio un par de buenas caladas, echó el humo por la boca y la nariz y se lo pasó a Adolfo, que también lo saboreó despacio. Yo solo necesité una calada para empezar a toser. Ellos se echaron a reír y Lito me dio unos golpecitos en la espalda.

—¿Y esto os gusta? —pregunté.

—Ya te acostumbrarás —sonrió Lito.

—¡Escuchad…! —dijo Adolfo mientras se ponía en pie.

Desde el pueblo nos llegaba el sonido alegre e inequívoco de una típica marcha militar americana.

—¿Qué será eso?, ¿otra fiesta de los americanos?

—¡Vamos! —gritó Adolfo al tiempo que echaba a correr—. A lo mejor invitan otra vez a langostinos.

Yo fui tras él inmediatamente, pero Lito cojeaba un poco y no podía seguirnos.

—¡Esperadme…!

46
¡Viva América!

La Gisela se había casado finalmente con James, su novio americano, y recorría todo el pueblo subida a un enorme «haiga», que es como llamábamos a los coches americanos grandes y ostentosos. Se trataba de un descapotable de color rosa conducido por su marido, un alto cabo negro con su vestimenta militar, al son del *Barras y estrellas.* Nunca se había visto en el pueblo un coche tan grande ni de ese color. La novia lucía un vestido blanco pero con pequeñas flores estampadas de colores alrededor del escote. El traje era ajustado y llevaba un larguísimo velo blanco, punteado con pequeñas flores de colores también, que se extendía sobre el gran maletero del coche y aún colgaba por detrás. Con el impulso de la marcha del coche y el viento el velo se suspendía y alargaba en el aire como la cola de un cometa. La Gisela, en pie, feliz como nunca, saludaba a todos con su mano derecha como una princesa mientras sujetaba en la otra mano su ramo de novia y gritaba sin parar:

—¡Me voy a América, me voy a América…!

El soldado americano, con el uniforme de gala, su gorra y sus condecoraciones en el pecho, sonreía y saludaba a un lado y a otro sin dejar de conducir. Las imágenes parecían una ensoñación, como producto de una fantasía. Toda la chiquillería corría detrás del enorme coche rosa celebrando el acontecimiento.

—¡Me voy a América, me voy a América! —seguía gritando la Gisela.

La gente del pueblo, según el barrio, reaccionaba de diferente manera. En las zonas ricas miraban a la Gisela con curiosidad, sí, pero sobre todo con desdén, considerando una insolencia que esa criada, por muy guapa que fuese, se hubiera casado con un americano (se daba por hecho que todos los americanos eran ricos). Pienso que juzgaban como obscena y pecaminosa esa ostentación de lujo y triunfo en una simple criada. Otra cosa muy diferente hubiera sido con don Fidel, el Candón u otros de su clase. Sin embargo, en los barrios pobres era todo lo contrario. La gente lo celebraba por todo lo alto, porque celebraba con gozo que algunas veces los sueños de salir de la pobreza se hacían

realidad. Y la Gisela también actuaba en cada sitio de una manera diferente. Ante los ricos se mostraba orgullosa y casi altiva, parecía que disfrutara al provocarles; como si estuviera diciendo: aquí estoy a pesar de todas vuestras trabas. En los barrios pobres, por el contrario, repartía toda su simpatía regalando sonrisas y besos y cogiendo las manos de la gente como una auténtica princesa.

—¡Me voy a América! ¡Viva América! —gritaba sin parar llena de alegría.

47
La instrucción

Desde cerca de mi casa todavía oíamos a lo lejos a la Gisela con sus gritos de «¡Viva América!» cuando vimos venir hacia nosotros al Candón.

—El Candón, ya me la he cargado… —se lamentó Lito.

A Adolfo y a mí ni nos miró, como si no estuviéramos.

—Lito, gilipollas, ¿no te había dicho que fueras hoy a la instrucción, que ya das la altura y te quiero en la escuadra?

—Es que…

—¡Ni es que ni hostias, cuando yo digo algo se me obedece!

Los ojos se le salían de las cuencas de la furia pero Adolfo tuvo arrestos para decirle:

—Es que tiene mala la pierna…

El Candón le agarró de la pechera.

—¿Te he preguntado a ti, culo gordo? Como si tiene la malaria, a mí me la sopla…

—No es por eso… —dijo Lito para que el Candón dejase a Adolfo—. Es que no tengo la camisa…

Solo le faltaba al Candón oír esto.

—¿Todavía estamos con esta mierda, con la de veces que te he dicho lo de la camisa de la Falange? Mira que te mato aquí mismo, joder…

—Es que mi madre no tiene dinero… —imploraba tristemente Lito.

—Me importa una mierda. Os quedáis dos semanas sin comer. O mejor que te regale una ese idiota de Nicolás. Si tu madre se lo hiciera conmigo en vez de con ese maricón de Nicolás, tendrías no una sino media docena de camisas.

Eso fue como una bomba. Lito saltó sobre él al estilo de Adolfo, con la cabeza por delante, y el Candón se dio una buena culada contra el suelo. Pero como estaba ágil, soltó desde el suelo una patada a Lito y enseguida se incorporó. Lito siguió totalmente enfurecido soltándole puñetazos, pero la mayoría se los paraba bien el Candón. Hasta que este le sacudió un par de buenos puñetazos seguidos, el segundo en el estómago, que dejó a Lito inmóvil y sin respiración.

—Cuando apuntas con una pistola hay que tener huevos para disparar. Y cuando empiezas una pelea hay que tenerlos para

terminarla. Vamos, venga, que te estoy esperando…

—Señor Candón, déjele, por favor, es un muchacho… —me salió sin pensarlo.

El efecto fue fulminante. Pareció, de pronto, avergonzado. Y se relajó. Como estábamos cerca del cuartel, dos guardias que habían visto la pelea se acercaron y agarraron a Lito por los hombros.

—¿Le ponemos a la sombra un rato, señor Martínez?

Así se llamaba el Candón realmente, aunque solo utilizaban su verdadero nombre los de la Benemérita.

—No, no, dejadle con sus amigos, es un asunto personal… —Lito seguía sin moverse del sitio—. Tienes huevos, chaval. Pero todavía te tienen que crecer mucho para que tengan el tamaño de los míos —zanjó el Candón.

48
Real Madrid – Vasas de Budapest

El partido entre el Real Madrid y el Vasas de Budapest fue otro partidazo: cuatro a cero a favor del Madrid con tres goles de Di Stéfano y ciento veinte mil espectadores en el estadio Bernabéu. Uno de esos monumentales partidos del Madrid en la Copa de Europa. Pero, por desgracia, solo lo pudimos escuchar a medias y de mala manera. El padre de Adolfo descubrió lo de las galletas de chocolate y escondió la radio, la de Lito tenía una válvula fundida y cuando fuimos a mi casa el partido estaba ya bastante avanzado. Después, en el descanso, mi madre me mandó a buscar a un vendedor ambulante de queso y miel de la Alcarria que iba por el pueblo de puerta en puerta con unas alforjas grises al hombro. Yo no quería dejar de escuchar el partido pero mi madre insistió en que si no le alcanzábamos pronto se iría del pueblo. Así que, aunque corrimos, nos perdimos también buena parte del segundo tiempo.

De modo que pocas veces estuvimos esperando las imágenes del No-Do con tanta ansiedad y cuando por fin, unos días después, llegó el saco en el coche de línea estábamos como locos de contentos por ver los tres goles de la Saeta Rubia. Los días de espera habían estado llenos de especulaciones y comentarios en torno a los huesos de los dos hermanos fusilados. Que si iba a venir un médico de Madrid a examinarlos porque quizá no fueran los de esos muchachos; que si los falangistas se negaban a que nadie examinara los huesos y que, como no eran ni siquiera humanos, se los iban a echar a los perros; que si no había la menor duda de que eran los chicos porque habían encontrado también sus relojes; que si el cura se negaba a enterrarlos en el cementerio porque no estaban bautizados… Pero el hecho era que los camisas viejas tenían bajo llave y vigilados día y noche los huesos de los muchachos y no habían dejado a nadie que se acercase, ni siquiera a los familiares.

Mientras Nicolás montaba el rollo de imágenes y yo esperaba a Lito, que había ido al médico, me entretuve mirando los carteles que colgaban en el hall del cine: allí estaban los de las películas *Sissi Emperatriz, Solo ante el peligro, El último cuplé, Molokai, la isla maldita,*

Bienvenido, Mister Marshall y *Veracruz*. Sobre este cartel había todavía un letrero que decía: «Próximamente gran estreno. *¡Duelo en Veracruz!*». Había sido la película más esperada de la temporada: nuestros dos actores preferidos con Sara Montiel. Cuando por fin llegó Lito se oía en la sala la noticia del No-Do sobre la reciente inauguración por el Generalísimo de un nuevo pantano, uno de los más grandes de Europa, decía el locutor. Entramos en la oscura sala y con los goles del Madrid nos olvidamos de los huesos de esos dos pobres chicos fusilados, de los gritos de la madre, del Candón y la pesadez de las camisas azules, de los problemas de nuestros padres y de los castigos de don Pedro. Hasta Lito se olvidó de los dolores de su pierna y de los de su corazón por la historia de su madre. Porque la Saeta Rubia y el Madrid no solo eran lo que más satisfacción nos producía, sino, además, la anestesia de todos nuestros pequeños y grandes dolores.

49
El casino

Yo estaba en casa cenando. Antes había dado de comer a *Camila* unos trozos de judías verdes —sin que me viese mi madre—, que le gustaban incluso más que la lechuga. Me estaba tomando una sopa de fideos cuando me cayeron al plato dos grandes trozos de pan que me salpicaron de caldo la cara y la camisa. Eran mis dos hermanas pequeñas que se vengaban así del poco caso que les estaba haciendo últimamente. Me sacaron la lengua mientras se mondaban de risa al tiempo que se preparaban para salir corriendo.

—¡Os la vais a cargar…!

Antes de salir a la carrera hacia la cocina a refugiarse, procuraron hacer mucho ruido con las sillas, de ese modo alertaban a mi madre. Efectivamente, cuando llegué a la cocina, ella me reprendió:

—Rafael, deja de molestar a tus hermanas, ¿no ves que son más pequeñas? Y vete a buscar al casino a tu padre, que ya es muy tarde.

No era la primera vez que me lo mandaba. Mi padre, con bastante frecuencia, se olvidaba de la hora de cenar jugando a las cartas. Pero a mí me gustaba ir a buscarle. Los demás chicos no podían entrar nunca en el casino a esas horas. Y regresar con mi padre a casa de noche me hacía sentirme mayor. Lo que menos me gustaba era cuando tenía que esperarle demasiado tiempo. Primero porque al cabo de un rato yo me aburría de estar allí de pie junto a él como un tonto; y segundo porque si nos retrasábamos mucho, luego mi madre se enfadaba con mi padre y hasta se ponía a llorar…

El casino era, con la iglesia, el edificio turístico del pueblo. De vez en cuando se veía a algún extranjero con su guía. Pero se perdían siempre algo que solo lucía por las noches: las ventanas con vidrieras de colores modernistas. En el interior, la planta baja era bastante amplia y aunque había muchos elementos decorativos —como los dibujos en los techos, la gran lámpara central y las otras de las paredes, las columnas historiadas de hierro que eran o recordaban el estilo modernista—, lo que dominaba era un ambiente oscuro, incluso un poco tétrico, y lleno de humo. Las voces, solo de hombres, eran siempre secas y por lo bajo. Interrumpidas, de vez en cuando,

únicamente por los ruidos de platos y vasos en la barra y los puñetazos en las mesas de juego. Adolfo padre, aunque iba poco por el casino, estaba aquel día sentado a una mesa bebiendo solo. Mi padre jugaba a las cartas con don Fidel, el alcalde, el Candón y don Leoncio, el cura. Los cuatro hablaban del juego con sus entrecortadas frases:

—Voy… —decía don Fidel.

—Dos más… —pedía el Candón.

—Veinte en copas… —dijo alguien de la mesa de al lado dando un fuerte golpe con los nudillos.

Desde otras mesas se volvieron algunas cabezas tras el golpe. Yo estaba, como siempre, de pie y en silencio a la derecha y detrás de mi padre. Él me había aleccionado a no ponerme donde viera las cartas de otros jugadores. Los hombres eran un poco quisquillosos con las cosas de las cartas. Lo que más me llamaba siempre la atención eran precisamente esos fuertes golpes con los nudillos que se repetían sobre el tapete verde que cubría las mesas, como si cada uno quisiera demostrar su fuerza o algo así. Yo no entendía nada del juego pero percibía que cuando daban más fuerte era porque llevaban las de ganar, o eso querían hacer creer; y cuando golpeaban más flojo es que se veían ya casi perdidos o preparaban alguna encerrona. Pero también me parecía, por la forma de mirarse, que se trataba de una manera de echarse un pulso, igual que los machos en el campo se empujan con la frente y los cuernos sin llegar a pelearse.

Cuando llevaba ya un buen rato le dije en voz baja a mi padre, al tiempo que le tiraba un par de veces de la chaqueta, lo que en otras ocasiones:

—Vámonos, papá…

—Ahora, cuando termine la siguiente mano… —me respondió sin mirarme, también como siempre.

Pero a menudo eran esa y otras manos más.

A la izquierda de mi padre estaba el Candón. Yo miraba el pequeño brillo de su pistola al cinto. Y observaba con desasosiego su mano peluda, que lucía un generoso anillo de oro y con la que golpeaba con mucha fuerza la mesa. Me cambié de sitio y me coloqué a la izquierda de mi padre para ver mejor su pistola. «Seguramente», pensé, «es la misma que llevaba cuando mató a los dos hermanos que han encontrado». El Candón me miró en ese momento y sonrió. Me entró un escalofrío.

Entonces me imaginé su mano peluda con el anillo de oro reluciente apretando varias veces el gatillo de la pistola en una noche oscura y a la luz de los focos del coche de don Fidel. Por la boca del arma salía el fuego de los disparos produciendo resplandores en la noche como los de los rayos en los días de tormenta. Después las balas impactaban en el pecho, en el cuello y en los brazos de los dos hermanos, que se

abrazaban con fuerza y luego se volvían, con sus camisas de rayas verticales, ofreciendo otra vez sus pechos a sus matadores.

Un nuevo golpe sobre la mesa me devolvió a la realidad.

—¡Las cuarenta! —exclamó alguien.

—¿Qué hay, chaval?, ¿qué tal esa escuela? —me preguntó don Fidel.

—Bien… —contesté asustado, como si el alcalde y el Candón hubiesen visto lo que había estado imaginando.

Volví a clavar otra vez los ojos en aquella arma. El Candón se movió, el metal de la pistola lanzó un destello por la luz recibida y yo me di un susto de muerte, como si hubiese sido el fogonazo de un disparo.

—Se acabó, señores —dijo don Leoncio enseñando las cartas ganadoras.

—Pues hasta aquí hemos llegado. Es hora de volver a casa —anunció mi padre antes de ponerse en pie.

—Eso será para los que no tengáis a una momia esperándoos —replicó agriamente don Fidel.

—Una momia santa —le respondió el cura.

Mi padre y yo nos alejábamos de la mesa de juego mientras el alcalde decía:

—Yo prefiero los pequeños demonios, señor cura.

Se oyeron alrededor un montón de risas, porque todos sabían que se estaba refiriendo a su joven criada de aspecto montaraz. Si hubiera sido mayor me habría vuelto y le habría dado un puñetazo en la cara al alcalde. Y me habría batido también en duelo con el Candón si hubiéramos estado en el Oeste. Pero apreté los dientes y continué andando hacia la calle al lado de mi padre.

—¿Hace una brisca, don Leoncio? ¿Candón? —le oímos de nuevo a don Fidel, ya lejos, mientras pasábamos junto al padre de Adolfo, que seguía bebiendo solo.

50
El ruido de nuestros pasos

Por la calle Mayor, que nos llevaba hasta mi casa y el cuartel de la Guardia Civil, empezamos a andar mi padre y yo en silencio y muy bajos de ánimos. Yo todavía mascando el odio por don Fidel y mi padre triste por la discusión que se avecinaba con mi madre. Yo sabía que mi padre la quería mucho, se le veía en los ojos. Pero le pasaba como a mí: sufría constantemente que mi madre fuese tan poco cariñosa, que no quisiera o no supiera disfrutar de nada; y que antepusiera la religión y el deber pero que muy por encima de todo sentimiento. Sin embargo, a pesar de la pena que sentía por hacer daño a mi madre, nunca se habría levantado de la partida antes de lo que los hombres esperaban de él. Y eso mi madre jamás lo iba a entender. Como no entendía nada de lo que yo quería ni de lo que me interesaba de verdad ni de lo que hacía con mis amigos. Por eso me sentí, de pronto, más identificado con mi padre que nunca. Y me gustó mucho cuando me echó su brazo por el hombro. En el silencio de la noche solo oíamos nuestros pasos y algunos ladridos lejanos. Estuvimos un largo rato sin decirnos nada. Desde una casa cercana nos llegó el sonido apagado de un aparato de radio.

—Papá, y tú ¿por qué eres del Atleti? —me salió entonces sin pensarlo.

—Porque es un equipo más humano que el Madrid. Comete los mismos errores estúpidos y también los mismos aciertos sorprendentes que todos los mortales.

—Pues a mí me gusta más el Madrid.

—Y a mí el Atleti, cada uno tiene sus gustos —dijo sonriendo.

—Pero no tenéis a la Saeta Rubia…

—Ahí sí que me has dado. Vaya tío… Ese es que no es un jugador, es un extraterrestre. Una maravilla…

—Ya lo sé, una maravilla…

VUELTA DE SEMIFINALES

51
La maldición

Otra vez me había echado una cucharada más de Cola Cao a escondidas y removía deprisa en la cocina para que mi madre no se diera cuenta. Olí a cocido, la nueva olla exprés estaba puesta al fuego sin tapar. Y oí a mi madre desde otra habitación:

—Ya es tarde, hijo, vete a la escuela…

Abrí la cartera pero allí no estaba el álbum de cromos de fútbol.

—¿Y mi álbum…? —me dije asustado. Ese era mi pequeño tesoro.

Enseguida comprendí: mis hermanas sonreían cómplices y divertidas. Rápidamente me abalancé sobre una de ellas, le levanté las faldas y saqué el álbum, sobre el que se había sentado. Ella chilló sin dejar de reírse.

—¡Mamá, Rafa me está mirando el culo!

—Como me hayas roto algún cromo te la cargas.

En ese momento escuché la voz temblorosa de Adolfo, que nunca venía a casa a esas horas:

—¡Rafa, corre!, ¡a Lito se lo llevan al hospital…!

—¿Al hospital…?

—¡Sí, corre, date prisa…!

Salí de la cocina como un escopetazo al tiempo que guardaba el álbum de cromos en la cartera y la cerraba.

Recorrimos la calle Mayor y atravesamos la plaza todo lo deprisa que pudimos, pero cuando embocamos la calle de Lito un coche negro, el taxi del pueblo, se alejaba ya por el fondo. Todavía seguimos corriendo un poco más hasta que nos dimos cuenta de que era inútil, el coche no se iba a detener.

—Le llevan a Madrid. Al hospital. Lito tiene la polio… —soltó Adolfo casi llorando.

No nos cabía en la cabeza. Lito, el que más corría, el que mejor jugaba al fútbol, tenía la polio. Anduvimos un rato por el pueblo como sonámbulos intentando encontrar una explicación a aquella sinrazón. Dábamos patadas con rabia a cuantas piedras o papeles encontrábamos por el camino. Se nos olvidó hasta que teníamos que estar a esa hora en la escuela. Cuando nos dimos cuenta estábamos sentados en la sala de cine. No en las primeras filas de butacas, como cuando veíamos el No-Do, sino por el centro. Solos y en silencio. No

proyectaban nada. Yo no recordaba ni por dónde habíamos entrado. Tampoco éramos conscientes del tiempo que llevábamos allí. Entró una mujer con un recogedor y una escoba.

—¿Qué hacéis aquí? ¿No es hora de estar en la escuela? —nos dijo.

—Se han llevado a Lito a Madrid. Tiene la polio… —explicó Adolfo.

—¡Ay, Jesús, pobre hijo! Y quería ser futbolista, ¿verdad?

—Sí… —respondí yo.

—Nicolás no está. Ha ido al cementerio…

—¿Al cementerio? —preguntamos los dos a la vez con el gesto.

—Dan sepultura a escondidas a esos dos desgraciados que fusilaron… Eran sus primos…

52
El camposanto

Dos hombres con palas terminaban de sacar la tierra del agujero cuando llegamos. Los dos cajones con los huesos de los hermanos estaban al lado bien visibles. Uno de los hombres salió de la fosa y entre los dos colocaron los cajones a lo largo, que ocupaban, de esa forma, lo mismo que un ataúd. Después los dos hombres, ambos desde fuera, volvieron a coger las palas para sepultarlos. Con el ruido sordo de la tierra cayendo sobre la madera, como tambores de duelo, la madre, con un velo negro cubriéndole toda la cabeza, se desató en dolidos y sonoros sollozos que resonaban por todo el cementerio.

Los estaban enterrando en el último rincón, lejos del resto de las lápidas. Asistían solo la madre, las dos mujeres más jóvenes que ya habíamos visto acompañándola en su casa y Nicolás. Además, claro, del enterrador y su hijo, que eran los que terminaban de cubrir de tierra los cajones. Adolfo y yo lo observábamos desde el exterior de la puerta de rejas del cementerio, que estaba cerrada con llave por orden del Candón seguramente.

Mientras esperábamos a que Nicolás saliera del cementerio, una anciana toda vestida de negro y con un pañuelo también negro en la cabeza vino hacia nosotros con un ramo de margaritas y otras flores silvestres. Creíamos que lo traía para los chicos que sepultaban, pero pasó a nuestro lado como si no existiéramos y se fue derecha hasta el muro exterior del cementerio. Allí se santiguó, se besó los dedos y tocó con ellos algunos de los muchos agujeros, como de disparos, que había en esa pared. La presencia de aquella mujer pareció suspender el tiempo durante unos segundos en los que no oímos nada excepto sus callados rezos. Cuando escuchábamos de nuevo el viento y a los enterradores, se agachó, dejó el ramo en el suelo, ligeramente apoyado en el muro, se santiguó otra vez y se marchó en silencio por donde había venido. Adolfo y yo contemplamos aquella escena atónitos, sin entender lo que significaba.

Después de que saliera del cementerio regresamos al pueblo con Nicolás, escoltándole Adolfo y yo, uno a cada lado, como si le trajéramos preso.

—Al final, después de no sé cuántos ruegos y trámites ante el alcalde, han autorizado que los enterrásemos en el camposanto. Pero el cura se ha negado a venir a echarles un responso… —nos explicaba Nicolás.

—¿Es que no estaban bautizados, como dicen? —pregunté yo.

—Claro que lo estaban, pero todavía el único bautismo que vale es el de la camisa azul de Falange. Y conviene que no lo olvidéis, chicos. ¿Me habéis oído?

—Pues a ver si convences tú a mi madre y no me obliga a ponerme esa camisa que parece la del cristalero del Mistol. —Los dos se rieron. Tras unos segundos de silencio le pregunté a Nicolás—: ¿Cómo mató el Candón a tus primos?

—A decir verdad, ni siquiera sé si fue él personalmente el que lo hizo. Pero, desde luego, mandaba el grupo.

—A mi abuelo lo mataron los rojos en el cementerio de su pueblo —dije.

—Aquí también se dieron bastantes paseos.

—¿Paseos?

—Sí. Dar un paseo era sacar a los presos por la noche para fusilarlos. ¿Habéis visto a esa mujer de luto con las flores? A su hijo lo fusilaron en esa pared los de la CNT y la FAI.

—¿Los rojos? —preguntó Adolfo.

—Sí, eran los sindicatos comunista y anarquista. Cualquiera que piense que las cosas se arreglan a tiros es un idiota. ¿Me habéis oído? Aunque os gusten las películas del Oeste.

Luego Nicolás nos acompañó a la escuela y para que don Pedro no nos castigara por faltar a clase le contó una fantástica historia de que él nos había llamado para que saltáramos la tapia del cementerio porque la cerradura de la puerta se había atascado y no había manera de abrirla.

—Rafita se ha tenido que subir a mis hombros para saltar.

Seguramente don Pedro no se tragó el cuento y se hizo el tonto, porque ya todo el mundo sabía que a Lito se lo habían llevado en un taxi a Madrid e imaginaba que sus amigos estaríamos destrozados.

53
La hoguera purificadora

Por la noche no pude casi cenar, solo me entró en el estómago un plátano. Mi madre estaba insistiendo en que me tomara al menos la sopa, pero algo le dijo mi padre y me dejó que me fuera a la cama sin cenar. Hasta se acercó a la habitación, me arropó, me dio un beso y me dijo:

—Tu padre me ha dicho que un día de estos te lleva a Madrid para que veas a Lito. Venga, descansa.

Tampoco protestó esta vez al ver la tortuga al lado de mi cama, porque no le gustaba que la metiéramos en los dormitorios. Pero en cuanto apagó la luz y se marchó, empecé a llorar tan desconsoladamente como no lo había hecho nunca. Y no podía parar. Después, algo más tranquilo, me dormí. Aunque me desperté en mitad de la noche con una pesadilla en la que estaba inválido y el fuego me iba rodeando hasta quemarme sin que yo pudiera mover ni un solo músculo. Y una vez despierto me quedé desvelado y no había forma de poder dormirme de nuevo.

Fue entonces cuando oí algo en la calle. Me levanté a mirar por la ventana y vi a dos hombres moviéndose alrededor del coche del alcalde, aparcado donde siempre. Al cabo comprendí lo que hacían: ¡volcaban sobre el vehículo una lata de petróleo o gasolina!

«Seguro que uno de ellos es el que estaba en la casilla», pensé enseguida.

Unos segundos después se confirmó mi apreciación y tras lanzar al coche una pequeña tea, este empezó a arder por los cuatro costados. Yo no sabía si debía despertar a mi padre o no. Pero no hubo caso: una gran explosión seguida de un resplandor que iluminó toda la calle despertó a mi padre y a cien más.

Los vecinos, unos en pijama, otros vestidos, la mayoría con una manta o algo sobre los hombros, se fueron acercando a la hoguera del Citroën. Algunos llevaban cubos de agua que arrojaban al coche para apagar las llamas. Yo me había vestido rápidamente y había llegado abajo incluso antes que mi padre. También el Quique y otros chicos andaban por allí. Doña Mariana se asomó a observar también la escena desde el balcón: la Celi empujaba su silla de ruedas, me di cuenta enseguida. El Candón, con la camisa completamente abierta, el

pecho al aire y la pistola en la mano, estaba fuera de sí, junto al alcalde.

—¡Los hijos de puta que han cometido este sabotaje lo van a pagar muy caro! ¡Les voy a meter dos tiros en la cabeza para que les quede claro lo que es el orden en España! ¡Ya se ha terminado mi espíritu de tolerancia! —bramó.

—¿Quién ha visto algo? ¿Alguien ha oído algo? —gritaba don Fidel a los que estaban alrededor.

Nadie respondió una palabra. Solo se oía el chisporroteo de las llamas.

—¡No tienen huevos! ¡Los rojos que han hecho esto no tienen huevos para dar la cara! ¡Pero ya averiguaré quiénes han sido! —siguió rugiendo el Candón.

El sargento y el cabo, que buscaban por los alrededores alguna pista, se acercaron al alcalde:

—Mañana interrogaremos a todos los sospechosos, don Fidel —dijo el primero.

—A todos los fichados —recalcó el cabo.

—Y daremos una batida por las casillas y los cortijos —continuó el sargento.

—Se van a enterar —subrayó el cabo.

Y de repente se oyó la voz de doña Mariana, como un trueno, desde el balcón abierto:

—¡Callaos de una vez! —Se hizo un silencio absoluto y todos nos volvimos hacia ella. Hacía meses o quizá años que no se le oía una palabra—. ¡Ya basta! ¡La guerra ya se terminó! ¿Me oís, idiotas? ¡La maldita guerra se terminó hace mucho tiempo! ¿Cuándo os vais a dar cuenta?

Todo el mundo se miraba o miraba a doña Mariana sin decir nada. El coche estaba ya casi apagado, aunque seguía humeante. Olíamos y tragábamos el humo. Pero todavía olía más fuerte a pintura y aceite quemados. Don Fidel se había quedado un rato mudo, pensativo; pero al fin reaccionó y dijo con tranquilidad:

—¡Todo el mundo a su casa! ¡Aquí no ha pasado nada! ¿Entendido? ¡No ha pasado nada!

—Pero, Fidel…, esto no se puede quedar así… —protestó airado el Candón.

—Candón, ¿no has oído hablar de la tecnocracia? Están llegando nuevos tiempos. Hasta vamos a entrar en el Fondo Monetario Internacional un día de estos.

—Y a mí ¿qué cojones me importa eso? —resopló.

—Además, ¿sabes, Candón? La verdad es que ya tenía yo ganas de cambiar este viejo trasto. Más de una vez he estado tentado de echar yo mismo una cerilla. Es saludable cambiar, Candón. Piénsalo.

54
Vasas de Budapest – Real Madrid

—¿Antonio, qué hora es? —Volví a escuchar nada más salir a la calle.

Pero esta vez no me hizo ninguna gracia. Volver al colegio se me estaba haciendo muy difícil. Y, para colmo, con el Citroën de don Fidel allí achicharrado, ¿cómo iba a salir la Celi a limpiarlo?

Don Pedro, que ya había encendido la estufa al llegar nosotros, colocó encima, como de costumbre, la olla roja llena de agua con la ayuda de otro chico.

—Sentaos —nos dijo cuando todos habíamos entrado.

Y una vez que lo hicimos, con una desgana casi general, añadió:

—Quique, tú serás desde ahora el encargado de servir la leche.

—Sí, señor —respondió muy satisfecho al tiempo que se levantaba de su pupitre.

Para mí fue como una patada en la cara. Recordé a Lito removiendo con la cuchara tan contento y se me hizo un nudo en la garganta. Por toda la clase empezó a extenderse también un sordo murmullo.

—Silencio. Sacad la enciclopedia. Hoy vamos a estudiar historia: la Reconquista.

Yo escondí la cara entre mis manos rezando para que no me sacase a leer. No podría con ese nudo que me llegaba desde el estómago hasta la misma boca…

—Sal a leer, Toño. Página 115. Don Pelayo y la victoria contra los moros en la batalla de Covadonga.

«Gracias, Dios», dije para mí. «No habría podido hacerlo, no habría podido…».

No sé si las lecturas sobre la Reconquista iniciadas ese día eran pura casualidad o fruto de alguna instrucción del Candón. Porque llevábamos ya dos semanas en las que por la radio y en el No-Do nos bombardeaban con noticias y declaraciones sobre la heroica resistencia al asedio de los marroquíes en Sidi Ifni y la victoria final española. Victoria que resultó más que dudosa, porque poco a poco nos fuimos enterando posteriormente de la cesión a Marruecos de diversos territorios al norte del Sáhara español. También esas mismas semanas se había intensificado el paso en vuelos rasantes de los nuevos cazas a reacción Saeta. Seguramente para acentuar el orgullo patrio y celebrar la victoria contra los marroquíes después de varios

meses de noticias contradictorias y hasta un poco negativas sobre el desarrollo de la guerra de Sidi Ifni. Aunque, más allá de la propaganda oficial, que casi nadie creía, hubiera sido realmente una victoria o una derrota, la gente sí que celebraba el final del conflicto y la vuelta a casa de los jóvenes soldados de reemplazo.

Ese día por la tarde era el partido de vuelta de semifinales del Madrid contra el Vasas en Budapest. No quise escucharlo por la radio. Hasta el fútbol había perdido interés para mí. Pero, sobre todo, escuchar la radio sin Lito al lado habría sido demasiado doloroso. Perdió el Madrid por dos a cero. Y todos comentaban que los jugadores húngaros habían peleado muy bravamente todo el partido. Pero, a fin de cuentas, nuestro gran Real Madrid se había clasificado por tercera vez consecutiva para la final de la Copa de Europa.

55
La solicitud

Donde estaban los mejores muebles con la vajilla y los manteles de invitados lo llamábamos comedor, mientras que el sitio en el que realmente comíamos era la sala de estar. Pero por estar, estábamos más tiempo en la cocina. Eso era para mí una metáfora del mundo de los mayores, en el que se decía una cosa y se hacía otra, se deseaba algo y te obligaban a hacer lo contrario. Aquel día la mesa del comedor era mi escritorio. Tenía realmente su sentido, porque para mi madre aquel impreso oficial que yo tenía delante era más importante que cualquier invitado que pudiese llegar a comer. Yo empuñaba una pluma estilográfica, pero el impreso seguía en blanco después de un largo rato. Volví a escuchar la voz implacable de mi madre:

—Hoy no sales a la calle hasta que no rellenes la solicitud de ingreso. Lleva ahí quince días.

Pero en el cuerpo se me acrecentaba más y más el sufrimiento y mi mano se había quedado paralizada. Mi madre se asomó a la puerta.

—Vamos, hijo, es como si no quisieras ir al seminario. Da gracias a Dios por tu gran suerte.

Yo la miré derrotado, luego clavé los ojos en el maldito impreso y empecé a escribir como si estuviera decretando mi propio destierro.

—Y no te olvides de echar la carta al buzón —añadió.

El buzón de correos —amarillo y cilíndrico y con la vitola de la bandera española— se hallaba en la plaza del Generalísimo. Cuando fui a echar la carta me detuve. Tenía unas ganas enormes de hacerla mil pedazos y tirarla a la basura. Pero me di cuenta de que después me sentiría culpable por desobedecer a mi madre, por haber traicionado su confianza; y que, tarde o temprano, se lo contaría y de nuevo tendría que escribir la maldita carta. ¿Para qué prolongar, entonces, el sufrimiento? «Pero si por lo menos hubiera estado aquí Lito para darme alguna idea o simplemente hacerme compañía en un momento tan complicado…», me decía. Él no tenía la culpa, claro, ni mucho menos, pero el hecho era que en el instante que más le necesitaba se lo habían llevado de mi lado… Eché, al fin, la carta y me volví andando cabizbajo.

Lo de la iglesia y los rezos era algo a lo que hasta entonces no le había dado mucha importancia. Mi madre me obligaba a ir a misa los

domingos, a rezar antes de comer, etcétera. Pero eso no quería decir nada, también el Candón nos obligaba a cantar el *Cara al sol*. Sin embargo, en los dos o tres últimos días estaba recurriendo a Dios más que en toda mi vida anterior. Sería algo así como esos viejos que nunca han ido a misa y cuando se ven cerca de la muerte se vuelven muy religiosos. El caso es que sin saber cómo me encontré entrando en la fría y oscura iglesia.

Me dirigí a una zona lateral, donde me vieran lo menos posible, y antes de arrodillarme saqué un par de piedrecitas del bolsillo y me las puse debajo de las rodillas. Todo el mundo sabía que si a Dios le rezas haciendo sacrificios te escucha mucho mejor. De manera que no se me ocurrió otra cosa que pudiera hacerme más daño sin llamar la atención. ¡Y ya lo creo que hacía daño! Tenía delante de mí un Cristo crucificado, con espinas clavadas en la frente y salpicado de sangre. Y si él había podido aguantar el dolor, yo también podría. Empecé a rezar:

—Jesús, por favor, haz que se pierda la carta. O que roben en correos. O que caiga una gran tormenta y se inunde la oficina. O que no me acepten. Lo que sea, pero yo no quiero ir a ese horrible seminario… No quiero ir… «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino»… No quiero ir al seminario, por favor, Jesús, no quiero ir…

56
El tirachinas

Cuando salí de la iglesia fui a buscar a Adolfo. Pero la tienda estaba cerrada.

—¿Buscas a Adolfo? —me preguntó una vecina.

—Sí…

—Está en el cuartelillo preso. Menudo lío ha montado.

«¿Se habrá pegado también con el Candón?», pensé. Salí corriendo hacia el cuartel.

Pero no. El lío había sido con el Pocostales.

La mujer que muchas veces traía a casa borracho al padre de Adolfo (y que yo me preguntaba quién era porque nunca la veía, solo la oía) era la Nati, la hermana soltera del Pocostales. Una mujer muy religiosa, mi madre la conocía bien, que, además de ayudar en la iglesia a vestir a la Virgen y colocar las flores, también echaba una mano algunas veces a su hermano en el bar. Los dos hermanos vivían juntos justo al lado del bar. Además de hacer de apoyo al pobre borracho para que no se cayese por la calle camino de su casa, algunos días, al parecer, Adolfo padre estaba tan bebido que la Nati no había tenido más remedio que meterlo en su propia casa. La Nati lo tumbaba en el sofá y lo arropaba con una manta. Ella se lo había tomado como una tarea cristiana que Dios le había encomendado. Una noche la Nati, cansada del esfuerzo de arrastrarlo, se había quedado dormida con el Adolfo en el sofá. Y eso fue el detonante. Pocostales pensó que estaba la vida muy achuchada y que eso de la caridad gratis de su hermana se había terminado, sobre todo si la casa era también de él. Así que fue a hablar con Adolfo padre y le dijo que tenía que pagarle una cantidad mensual por los servicios de su hermana. El Adolfo, que era muy agarrado, salvo para su vino, dijo que ni hablar, que a él ni una peseta. Que ya pagaba a su hermana por sus servicios no cobrándole ni el azúcar ni los garbanzos ni casi nada.

—Pues tú verás, en mi casa no entras más. Si te caes borracho te quedarás a dormirla en la acera, pero a mi casa no entras.

—Alguien me ayudará. Y si nadie lo hace y me muero, ¿te crees que me importa algo? Por mi hijo, si no ya me habría cortado el cuello.

—Pues no piensas mucho en eso cuando le tocas el culo a mi hermana.

—¿Que yo le toco el culo a tu hermana?

—Lo ve todo el mundo, siempre que te trae a casa te agarras a su culo. Y la otra noche a más sitios que al culo, estabais juntos en el sofá. Por lo menos págame por eso, por tocarle el culo a mi hermana —soltó el muy animal tan tranquilo.

—Eres un canalla, tu hermana es una santa de Dios…

En fin, que llegaron a las manos y el Pocostales, que tiene fama de bruto, le arreó un puñetazo en la cara y le dejó un ojo totalmente negro. Cuando avisaron a Adolfo hijo y este vio a su padre quejándose mientras era atendido por el médico en el hospitalillo, se fue a por su tirachinas y rompió uno a uno todos los cristales del bar del Pocostales. Los guardias, después, le requisaron el tirachinas y le metieron en el calabozo mientras el Pocostales calculaba lo que le debían por los ventanales. Adolfo padre lo pagó muy a gusto y cuando yo iba a buscarle, ya salían juntos padre e hijo; y por lo que parecía más unidos que nunca. Lo que puede un tirachinas…

57
La Saeta Rubia

Lo que temía estaba ocurriendo. Jugábamos en la calle los chicos con una vieja pelota medio desinflada y Quique me perseguía y me molía a patadas. Adolfo se enfrentó a él:

—Te voy a dar una hostia.

—¿Y por qué no me la da él? —contestó Quique.

—Y tú, ¿por qué no te atreves con los de tu edad…? —le retó Adolfo.

Se dieron uno a otro unos fuertes empujones amenazantes pero no llegaron a más.

—¿Sabes qué? Se acabó el partido… —le dijo finalmente Adolfo.

—Por mí vale, hemos ganado otra vez.

—Eres la hostia de tonto —le espetó Adolfo.

—Y tú un gordo hijo de un borracho —le respondió Quique.

Adolfo se echó sobre él y rodaron por el suelo. Pero en ese momento apareció la pareja de la Guardia Civil —estábamos muy cerca del cuartel— y los separaron y levantaron del suelo.

—¿Qué te pasa, chaval? ¿Otra vez quieres volver al calabozo? —le reprendieron.

Luego los guardias siguieron su camino.

—Cuando vuelva Lito ya verás… —dijo Migue recogiendo su pelota.

—Lito va a volver lisiado, gilipollas —soltó el bruto de Quique mientras se sacudía la tierra de sus pantalones.

En ese momento llegó Toño rodeado por otros chicos y con gran alboroto.

—¡Le ha salido la Saeta Rubia! ¡Le ha salido! —gritaba uno de sus acompañantes.

—Enséñamelo —le pedí yo un poco incrédulo.

Me lo mostró sin soltarlo de su mano; y era verdad: el cromo de la Saeta Rubia, el más difícil, el que nunca salía, el único que me faltaba para completar todo el álbum lo tenía ese bobo de Toño. Todos los chicos se amontonaban para admirarlo.

—Vaya chorra que has tenido —dijo Migue.

—Te doy veinte cromos…, treinta si quieres —le ofrecí enseguida.

—Me faltan veintisiete… —replicó Toño.

—Pues seguro que tengo casi todos. ¿Hace?

—Eso y pegar a tu tortuga con lo que yo quiera… —intervino Quique.

Se levantó un murmullo entre los chicos. No comprendía por qué esa obsesión de Quique por mi *Camila*. A lo mejor era que por meterse con el libro de Franco la consideraba una roja. Yo me puse un poco nervioso.

—Pegarla ¿con qué?

—Con un martillo o algo así —contestó Quique.

—Pero no vale con un martillo grande… —dije dudando.

—¿Cómo de grande…? —inquirió Quique en tono belicoso.

Pero Toño no tenía paciencia para esperar:

—Vale. Hecho… —dijo.

El círculo de chicos se deshizo y el grupo se empezó a mover compacto en una dirección: mi casa. Quedaba muy cerca. Yo realmente no había aceptado lo del golpe. Pero no tuve el valor de echarme atrás. Y la verdad era que deseaba tanto, tanto ese cromo…

58
Crujir de huesos

Me remordía la conciencia. Por eso lo primero que hice al llegar a casa fue llevar la tortuga a la cocina, lavarla y darle de comer lechuga fresca con pan mojado, lo que más le gustaba. La traté, además, con más mimo que nunca.

—¿Me perdonas, *Camila*…? Es la última vez que te hago una faena, te lo prometo. Es por mi amigo Lito… El pobre ya no puede jugar al fútbol…

Mientras bajaba a la calle, al matadero habría que decir mejor, le di un beso en la cabecita. Estaba angustiado y me sentía terriblemente culpable. Pero *Camila,* ajena a lo que le esperaba, miraba hacia arriba y movía sus ojuelos contenta. Yo andaba lo más despacio que podía, pero eso no impidió que llegara a la calle.

Los chicos hicieron un círculo. Quique apareció con un pico de albañil. Yo, indignado, me agaché al suelo y volví a tomar mi tortuga entre las manos.

—¡Eso no vale! ¡Hemos quedado que con un martillo grande no valía!

—Pero esto no es un martillo —dijo Quique sonriendo con maldad.

Nadie contestó nada. Excepto Adolfo.

—Ya lo vemos, es un pico, animal.

—¿Mantienes tu palabra o te rajas? —me preguntó Quique acercándose de forma intimidante.

Luego se dirigió a Adolfo, que estaba a mi lado.

—Dilo tú que tienes tienda, Adolfo. ¿Es esto un martillo? ¡Vamos, dilo! ¿Sí o no?

Adolfo negó con la cabeza.

—Eres un mierda, Rafa. No tienes palabra —espetó Quique escupiendo en el suelo.

Nadie se atrevía a replicar nada. Quique me arrebató entonces la tortuga de las manos. Y yo ya no tuve valor para resistirme ni para seguir mirando lo que iba a pasar. Oí a Adolfo que decía a mis espaldas:

—¡Espera a que meta la cabeza, so bestia!

Yo me volví rápidamente y di a la tortuga unos golpecitos en la cabeza con el dedo como si fuera una canica:

—Vamos, dentro, rápido, tonta…

Camila obedeció de inmediato. Volví a dejarla en el suelo y me aparté del grupo. El primer golpe con el pico le dio solo de refilón en la concha y se clavó en la tierra. Escuchaba las expresiones de alivio de la mayoría de los chicos.

—¡El primero ha fallado, Rafa! —me gritó Adolfo.

Pero el segundo pegó de lleno en lo alto de la concha. El golpe sonó seco, terrible, seguido de una especie de crujir de huesos. Los chicos se agacharon a mirar.

—¡Ahí va! ¡Se le ha abierto una raja en la concha…! —exclamó Migue.

La frase fue como una lanzada. Y luego Luismi:

—¡Y le sale un poquito de sangre…!

—Así que las tortugas tienen sangre… —dijo ufano Quique.

Yo no puede aguantar más y salí huyendo porque empezaba a llorar. Adolfo tomó el codiciado cromo de Di Stéfano de las manos de Toño y le entregó los otros veintitantos que yo tenía repes. Cuando fue a recoger la tortuga del suelo se la arrebató Quique con soberbia:

—La tortuga muerta es ahora mía. Es mi trofeo.

59
Al borde del abismo

Del mismo modo que me había metido en la iglesia casi sin darme cuenta —aunque al mismo tiempo había tenido la previsión de guardarme unas piedrecitas en el bolsillo—, también me encontré tumbado y llorando en la linde de un sembrado, entre las espigas verdes y una mata de cañas, sin haberlo pensado previamente. Pero sabía que había corrido un buen trecho antes de tirarme cansado.

—Dios me va a castigar con ir al seminario por matar a *Camila.* Dios me va a castigar con ir al seminario por matar a *Camila…* —me repetía.

Los humanos nos empeñamos en verlo todo como causa y efecto o como la voluntad inexorable de Dios, cuando lo cierto es que la mayoría de las cosas nos sobrevienen de forma indiscriminada igual que nos cae la nieve en los hombros en invierno.

Oía a lo lejos la voz preocupada de Adolfo:

—¡Rafa! ¿Dónde estás? ¡Rafa! ¿Dónde te has metido?

Pero no quise contestarle. Me volví y vi las casas del pueblo más lejos de lo que pensaba. ¿Dónde me había metido? Gateé un poco, aparté las cañas de las espigas y vi que tenía delante, muy cerca, uno de aquellos terroríficos pozos cuadrados. En el horizonte empezaba a ponerse el sol y las nubes se movían inquietas. Yo sentí un estremecimiento por todo el cuerpo. ¿Qué me había llevado allí?

No me explico cómo me dio por hacer aquel disparate. No me sentía, en realidad, tan desesperado. O al menos eso creía yo. Puede que mi pequeño mundo lo visualizase como los antiguos, que más allá del borde solo hay el abismo. Las personas somos un enigma: nos dan una pequeña razón y resistimos hasta el heroísmo; nos quitan nuestros pequeños apoyos y nos desmoronamos como castillos de arena. El caso es que tomé la más estúpida de las decisiones. Provoqué a los dioses que parecían dormidos, dirían los griegos. Me puse en pie. Tenía toda la ropa y hasta la cara llena de barro. Cerré los ojos, tragué saliva y empecé a andar muy despacio en dirección al pozo cercano. Según me acercaba iba temblando cada vez más y más. Y cada vez andando más despacio… El silencio era total. Solo notaba el viento en mi cara… Y el arrastrar de mis pies. Seguía avanzando. Ahora ya de centímetro en centímetro, pero seguía. De pronto oí a mis pies el chapoteo de la

tierra que caía al agua… Y me vino al instante la cara de Damián muerto con los ojos y la boca abiertos y cubierto de sangre y barro. Abrí los ojos muy asustado. ¡Estaba en el mismo borde del pozo! Me entró un pavor tan grande que solo acerté a dejarme caer hacia un lado.

Puede que incluso perdiera unos segundos el conocimiento. Al menos no noté el impacto contra el suelo. Y me quedé allí, con la cabeza colgando en el pozo, sin poder moverme. Intentaba reptar hacia atrás, pero no podía. Era imposible. Como en tantos de mis sueños, ningún músculo me respondía. Estaba paralizado. ¿De terror? ¿Y cómo es que un momento antes había tenido el «valor» de ir hacia el pozo con los ojos cerrados? (Aunque nunca he sabido si debe llamarse valor a ponerse una pistola en la sien…). El tiempo pasaba —quizá eran solo segundos interminables— y seguía sin ser capaz de moverme. Entonces oí a un lado:

—Chisss…, chisss…

Giré la cabeza, eso sí que pude hacerlo. A través de las espigas vi la imagen difusa de una chica de pelo alborotado que me tendía la mano y me decía que me acercase en esa dirección. El olor del trigo verde inundó mis pulmones y me llenó de energía. Repté un poco hacia atrás y luego más rápido hacia ella envuelto en sudor. Era la Celi, claro, que, de rodillas, me abría su escote generoso y su sonrisa como de costumbre. Con los últimos rayos de sol a su espalda me pareció más salvaje y hermosa que nunca. Me eché en sus brazos y refugié mi cabeza entre sus pechos.

FINAL EN HEYSEL

60
La Domínguez

Esa mañana la Vicenta no pudo saludarme como acostumbraba porque tenía la boca ocupada. Seguía amamantando a su niño pero ahora, como estaba ya muy crecido, le daba de comer también puré de patata. Un puré que hacía ella misma en su boca masticando las patatas. Cuando lo tenía todo bien molido y envuelto de su saliva se lo sacaba de la boca con los dedos y, como un pájaro a sus polluelos, se lo daba a comer a su cachorrillo. Puede parecer ahora una guarrería y una falta de higiene, pero lo cierto es que la saliva de la madre hacía que el puré lo digiriera mucho más fácilmente un estómago de un niño poco acostumbrado a recibir alimentos sólidos. Pero, además, a mí me encantaba el candor con que la Vicenta realizaba todo el proceso y cómo el niño, que pronto había aprendido, abría ya la boca un poco antes de que su madre le introdujera los dedos con la comida.

—Está enorme y muy guapo, Vicenta.

—Gracias, hijo. A ver si Dios le da salud.

—Oiga, doña Vicenta, ¿qué es lo que ha pasado con la mayor de las Domínguez, que con esto de la enfermedad de Lito no me he enterado bien?

—Y es mejor que no te enteres, hijo. —Y sin más empezó a llorar.

—¿No quiere contarme lo que ha pasado?

—Se va a casar, eso lo sabes, ¿no?

—Eso sí, pero…

—Con lo buena chica que es, la pobre… —me cortó.

—¿No quiere decírmelo, Vicenta?

—Perdóname, Rafita, para mentirte es mejor que no te diga nada. Ve con Dios a la escuela, vamos, que vas a llegar tarde.

Lo que sabía todo el mundo era que la mayor de las hermanas Domínguez se había quedado embarazada y que como consecuencia de ello se iba a casar en los días siguientes con un primo suyo y se iba a ir a vivir con él a Valdecañas. Pero la chica no paraba de llorar, era evidente que no quería casarse con su primo.

—Con toda la razón del mundo, es un chico un poco pazguato —decía la María.

Las hermanas tampoco querían que se fuera a vivir a otro pueblo, era conocido por todo el barrio que todas se llevaban muy bien y

estaban siempre juntas. Y todas estaban sumidas en el mismo llanto.

—¿Y por qué no se queda la pareja a vivir aquí en el pueblo? —preguntaba alguien.

La respuesta estaba en lo que no quería contarme la Vicenta. Pero que también sabían casi todos. Que la mayor de las Domínguez no estaba embarazada de su primo, eso era un arreglo, sino de su propio padre. Y que las hermanas, aparte de no querer separarse de la mayor, lo que temían también era que más tarde alguna de ellas siguiera el mismo camino. ¿Y qué pasaba con el padre? Nada. Tenía dinero. Podía pagar y regalar tierras a alguien como, por ejemplo, un sobrino pobre. Y no permitiría nunca que la madre hiciera ni dijera nada.

61
El Raimundo

Las desgracias se sucedían en el pueblo después de lo de Lito. Parecía como si los dioses estuvieran lanzando rayos contra algunos de sus mejores vecinos como sacrificio por algún pecado colectivo.

El más reciente contra el Raimundo. Una enfermedad había acabado en tan solo dos días con la mitad de los cerdos que tenía en su corraliza y al resto había dado orden el veterinario de matarlos de inmediato para que no se extendiese la peste por el pueblo. El Raimundo, de unos cincuenta años, calvo y con un gran bigote, había invertido todos sus ahorros en lo que pensaba sería un gran negocio: la cría de cerdos. Había leído unas revistas en el banco y ya planeaba que con lo que sacase ese año construiría, aunque pequeña, la más moderna granja de cerdos de la zona. Y ahora lloraba como un niño.

—Ya te lo decía yo, que esto de los cerdos era una de tus majaderías —protestaba, también llorando, su mujer.

—¿No hay más remedio, don Alfonso? —decía un lastimoso Raimundo.

—Tus cerdos se van a morir de todas formas, Raimundo. ¿Qué quieres, que se contagien también los demás cerdos del pueblo?

Enterraron a los cerdos a las afueras entre unos cuantos hombres todo lo deprisa que pudieron. Pero esa misma noche unos gitanos que acampaban cerca los desenterraron y se los llevaron en sus tartanas.

Quique nos había dado la noticia y cuando llegamos estaban allí todavía la Guardia Civil y algunos vecinos mirando incrédulos los hoyos abiertos en la tierra. Era cierto que los habían enterrado, por las prisas, casi a ras de tierra. Pero se trataba de casi treinta cerdos y allí no quedaban restos de ninguno.

—Aunque se los coman, que ya hay que tener estómago y hambre con lo que apestan —razonaba el Raimundo—, ¿dónde van con tanta carne?

Lo decía porque eran muchos más los cerdos muertos que los gitanos acampados.

—Bueno, usted ve una tartana y cree que van tres gitanos, pero empiezan a salir churumbeles y mujeres y se junta una docena —explicaba uno de los guardias.

—Seguro que han estado desenterrándolos con platos y sartenes

hasta los viejos y los más críos —decía el otro de los civiles.

La Guardia Civil buscó a los gitanos por los pueblos de alrededor, pero no los encontraron. Tampoco se empeñaron mucho.

—Dejadlos, hombre. Si ellos les sacan provecho…

En cuanto a los casi treinta cerdos, seguro que se los venderían a algún pequeño industrial para hacer chorizos que todos nos comeríamos más tarde tan a gusto.

—Ojos que no ven, estómago que no siente.

62
El Cipriano

Solo unos días después un accidente en la carretera, a dos o tres kilómetros del pueblo, nos tenía a todos revueltos. Un Mercedes de unos turistas alemanes se había llevado por delante una galera cargada de estiércol y había matado en el acto a las dos mulas. El Cipriano, el carretero, salió despedido por el fortísimo golpe y milagrosamente solo se había roto un brazo. Los alemanes acercaron al hombre al pueblo para que lo curasen y mientras la Guardia Civil hacía el atestado y les tomaban declaración, el Mercedes estuvo aparcado en la plaza del Ayuntamiento durante todo el día.

—Yo creo que esta mancha es de sangre, mi padre dice que las mulas tienen la sangre más negra —observaba Migue.

Lo sorprendente, y nosotros mirábamos una y otra vez el coche sin poder creerlo, era que el Mercedes solo tenía un faro roto, una aleta un poco abollada y algunas marcas y rozaduras. De ninguna forma parecía que hubiese tenido lugar un accidente tan grave. Naturalmente, un grupo de chicos habíamos corrido tan pronto pudimos hasta el lugar del accidente en la carretera. Unos hombres terminaban de enterrar a las mulas, aunque todavía quedaban muchos restos de sangre comidos por las moscas que junto al estiércol esparcido despedían un olor nauseabundo.

—Qué asco, esto parecen restos de las tripas —dijo Adolfo—. Vámonos…

—Espera, mira el carro…

Allí estaba aún, en la cuneta, pero ya no era un carro sino un montón de tablas y hierros retorcidos. Había quedado totalmente destrozado y con el eje doblado. Nosotros cuando algo era muy duro o muy resistente decíamos «es como un eje». De manera que ver ese eje de hierro totalmente doblado nos daba la verdadera medida de la fuerza del impacto y la dureza de los famosos Mercedes, los coches de los toreros y los futbolistas.

El Cipriano se dedicaba a alquilar su galera a cualquiera del pueblo que lo necesitase. Sobre todo sacaba el estiércol de las cuadras y lo transportaba a los campos para abono. Sin galera ni mulas el Cipriano no tenía nada. Con el brazo escayolado al día siguiente suplicaba algo a don Fidel que este le negaba. Adolfo se había enterado. Los

alemanes habían mostrado su seguro y parecía que no habría problema para que le indemnizasen con una cantidad.

—Pero ¿cuánto me van a pagar? —insistía el Cipriano.

—Eso no hay quien lo sepa, lo que los técnicos alemanes estimen…

—¿Y cuándo me lo van a pagar?

—Ay, eso es lo peor, Cipriano, a lo mejor tardan un año —le decía don Fidel.

—¿Un año? ¿Y de qué comemos mi mujer, mis hijos y yo en un año?

63
San Isidro

Pero todas estas desgracias personales no enturbiaban el optimismo general del pueblo. Porque las mieses crecían en el campo con un verde radiante que auguraba un verano de cosecha de los mejores y porque se acercaba, primero, la romería de San Isidro y luego la gran final de la Copa de Europa del Real Madrid. ¿Qué más se podía pedir? Ese año, como novedad, el carnicero se había comprado un televisor para ver la final y había prometido que lo pondría en la ventana para que toda la gente que quisiera viese el partido. Don Fidel también se había comprado otro y, para no ser menos, llevaría el televisor al casino para que los socios pudieran ver igualmente el partido.

Durante la fiesta de San Isidro Labrador se celebraba en el pueblo la más esperada romería del año. Las mujeres preparaban tortillas, pimientos, chorizos y mil cosas más durante la semana previa a la romería. Era uno de los acontecimientos sociales del año. Pero a mi madre, aparte de que tenía poco trato con las mujeres del pueblo, salvo alguna vecina, no le gustaban estas fiestas tumultuosas y ruidosas.

—Tengo mucha ropa que lavar —se excusaba.

—Pero ¿te vas a perder la misa, mamá? —decía yo con mala idea.

—No, don Leoncio celebra otra por la mañana pronto aquí en el pueblo. Prefiero ir a esa.

Por otro lado, Adolfo era como si no tuviese familia y Lito y su madre tampoco estaban. Así que le pedimos a mi madre que nos hiciera unos bocadillos porque de ningún modo queríamos perdernos la romería. Solo aceptó cuando le prometimos que iríamos acompañando a la comitiva oficial y con los chicos de Falange.

—Pero no me pienso poner tu camisa azul —dije yo.

—Pues habrá que gastarla, hijo, no están los tiempos para tirar el dinero.

La ermita estaba bastante alejada del pueblo. Las familias al completo hacían el trayecto desde el pueblo a la ermita de San Isidro en carros y galeras engalanadas con banderitas y ramos de flores. También se sumaba algún coche recién comprado para poder presumir

(aunque eran muy pocos los que podían permitírselo). Ese era el caso del pastelero con su flamante Seiscientos, el popular coche que había empezado a fabricar la Seat hacía muy poco y que en unos meses había tenido miles de ventas. Aunque, como todo el trayecto era un camino de tierra, no resultaba la mejor idea. Pero ¿para qué quería el pastelero el coche sino para presumir? Don Fidel iba en un viejo y elegante tílburi —un ligero coche de paseo de dos ruedas que en el pueblo llamaban *tiburí*— tirado por un bonito caballo blanco y acompañado por su hermana. Otros muchos iban en burros, motos y bicicletas.

La ermita de San Isidro estaba situada en lo alto de una aislada colina a la que se ascendía por una larga, recta y empinada escalera. Vista a cierta distancia parecía una de esas pirámides aztecas con su larga escalinata ceremonial que figuraban en mi álbum de cromos *Civilizaciones del Mundo,* que había terminado hacía unos meses. Y por lo que vi ese día, tenía una función muy parecida. Al alcanzar la peregrinación el pie del monte, todos descendían de los carros en espera de que llegase el cura con las autoridades y los monaguillos, que eran los primeros que debían subir para realizar la ofrenda al santo. Los hombres hacían tiempo tomando vino de las botas y las mujeres bebiendo agua del botijo o un poco de limonada.

A don Leoncio le costaba lo indecible subir aquellas escaleras, yo creo que maldecía esta fiesta. Al llegar por fin arriba, el cura hizo la ofrenda oficial acompañado de don Fidel y el Candón y luego se volvió para bendecir a todos los congregados. Había también otro cromo de mi álbum en el que un sacerdote azteca con la cabeza emplumada y rodeado de su séquito se dirigía a la muchedumbre reunida en la explanada de la pirámide.

Tras la bendición, el resto de la gente ya podía subir, poco a poco, a hacer sus ofrendas de frutos de la tierra a lo alto de la colina. Mientras una fila de gente subía por la derecha con la cesta de la ofrenda, otra regresaba a la llanura por la izquierda. Sin que nadie hiciera nada, las dos filas se movían con mucho orden, como si se tratase de disciplinadas hormiguitas en el hormiguero. Después las mujeres extendieron sus manteles en la tierra alrededor de la colina y las familias y grupos de amigos empezaron a comer en medio de un alegre bullicio general. Los padres de Migue nos vieron solos a Adolfo y a mí y nos invitaron a que nos sentáramos con ellos. Aprendí aquel día a beber vino de una bota, no sin antes ponerme la cara y la camisa perdidas de tinto (y recibí la consecuente bronca de mi madre).

El recuerdo de aquellas decenas y decenas de manteles de diferentes colores en torno a la ermita del santo, con esa larga escalinata

presidiéndolo todo y separando lo santo de arriba —la ermita, las creencias religiosas— con lo mundano de abajo —las comidas, las charlas, los chistes— me hace pensar que algunas cosas no eran hasta hace poco, o no son aún, tan diferentes a pesar de los siglos de distancia en el tiempo, la separación entre continentes y la diversidad de civilizaciones.

64
El basurero

Adolfo y yo habíamos estado rebuscando afanosamente en el basurero del pueblo ayudándonos de unos palos. Se trataba de un basurero improvisado a las afueras, cerca de la carretera.

—Me ha dicho Luismi que le vio tirarla anoche —dijo Adolfo.

—¿Y vino él a tirarla hasta aquí…? —pregunté yo extrañado.

—No, la tiró en el bidón del cuartel. Pero aquí vuelca la basura todas las mañanas el Enciso.

Un largo rato después la búsqueda dio su fruto.

—¡Aquí está…! —exclamé yo mostrando la tortuga.

Limpié la porquería que tenía sobre la concha con un trapo, luego miré por el agujero de la cabeza y finalmente acerqué mi nariz a ese mismo agujero para oler.

—¿La enterramos? —preguntó Adolfo.

—No, todavía no…

Y me la eché a la cartera de los libros como otras muchas veces. Después, en mi casa, la limpié y la lavé con jabón y la volví a introducir en la cartera para que mis hermanas no la descubriesen. Me la llevaba a clase todos los días y de vez en cuando metía la mano y la tocaba y la acariciaba con la esperanza de que un día tropezara con su cabecita fuera.

65
La carta

Había tenido una idea y la había puesto en práctica de inmediato. Alguien se lo comentó a don Pedro y él me dijo que era una buena iniciativa. Incluso que podía hacerlo en clase. Acabábamos de tomarnos la leche y el queso americano como otras veces y yo enseguida preparé en el pupitre pluma y papel para escribir la carta. Don Pedro me vio con dudas y se acercó hasta mí.

—Tú escríbele igual que las otras veces, anda… ¿Qué es lo que pasa?

—Nunca me ha contestado… Seguramente no ha podido leerlas… —dije yo.

—Tengo un buen amigo en Madrid que va a ir a Bélgica a ver la final. A lo mejor se la puede dar en mano —insistió don Pedro.

Eso me levantó el ánimo.

—¿Seguro? ¿Y qué le digo? ¿Le pido otra vez un balón…?

—Lo que me has dicho antes que querías contarle: lo de Lito…

—Vale…

Don Pedro se marchó a poner un problema en la pizarra y yo comencé a escribir despacio, para que la letra, a tinta, se leyera bien, pero todo de seguido:

> Estimado Don Alfredo Di Stéfano, La Saeta Rubia: Mi amigo Lito regatea muy bien y chuta muy bien. Y quiere ser futbolista como usted, delantero centro también. Pero ahora ha cogido la polio y ya no puede jugar. Todos los amigos estamos muy, muy tristes. Y él más. No puede mover una pierna. Su madre dice que cuando no hay visitas y no le ve nadie llora mucho… Porque él está ahora en el Hospital del Niño Jesús, en Madrid. Los amigos vamos a ir a verle con nuestro profesor. A mí me gustaría regalarle un balón nuevo de badana, como los de verdad. Era lo que siempre deseaba tener. Pero ahora, como no puede jugar, a lo mejor en vez de ponerle contento le hace llorar más. Por eso he pensado que si usted se lo firmase entonces sí que se pondría más que contento… Para Lito no hay nadie como usted.

Cuando la terminé don Pedro me trajo un sobre. Yo doblé la carta con mucho cuidado y la metí en el sobre. Escribí por fuera: «Para Don Alfredo Di Stéfano, la Saeta Rubia. El mejor futbolista del mundo. Del Real Madrid». Adolfo mojó la solapa de la carta con su lengua, la cerró con todo cuidado y aplastó los bordes con los dedos envueltos en el

pañuelo para no manchar. Después se la llevó a don Pedro.

66
El viaje

En la pantalla del cine Nicolás nos puso el No-Do en el que salían unas breves imágenes de los últimos entrenamientos del Madrid y la subida al avión del equipo camino de Bruselas para la gran final. Los chicos aplaudimos con entusiasmo, especialmente cuando Di Stéfano saludó desde la escalerilla antes de entrar en el aparato reluciente de Iberia. En el mismo noticiario el ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella, hablaba del gran éxito que había sido para España el reciente ingreso en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo, con los que se abría para España una nueva etapa de prosperidad y modernidad sin precedentes. Yo no entendía lo que eso significaba pero parecía bueno para todos.

A la salida del cine vimos a Nicolás entregando un paquete a don Pedro envuelto en un cartel de una película y sujeto con una goma por los cuatro costados. Unos chicos decían que Nicolás guardaba los trozos de películas con los besos de los actores y las actrices que le obligaba a cortar don Leoncio y que el cura le había dicho que se los entregara al maestro bajo amenaza de echarle del cine. De modo que esa era la caja de los famosos besos.

—Ya me gustaría a mí tener esa caja. Seguro que don Pedro se la queda para él solo —comentó Adolfo.

Otros decían que Nicolás se iba algunas veces de juerga a Madrid con don Pedro y que en el paquete había fotos de mujeres desnudas. En tiempos de espigas verdes los chicos siempre pensando en paisajes femeninos…

El día siguiente era el tan esperado día de la final y también en el que iríamos a Madrid a ver a Lito. Esa noche no me resultó fácil quedarme dormido.

Mi padre había querido venir conmigo, pero se había iniciado justo esa semana la campaña de la recolección y tenía mucho trabajo limpiando y desinfectando los almacenes. De todas formas vino a acompañarme al autobús y me dio un poco de dinero a escondidas de mi madre. De manera que, al final, el viaje lo hicimos solo Adolfo y yo con don Pedro.

Muchos chicos estaban jugando al fútbol y al vernos camino del

autobús con las maletas dejaron de jugar y se acercaron para despedirnos. Nos subimos llenos de emoción. En el autobús colgaba un cartel que decía: «Madrid-Ocaña-Colmenar». Era un viaje de unos setenta kilómetros pero a nosotros nos parecía una gran aventura. Yo me senté pegado a la ventanilla y Adolfo en el lado del pasillo, pero se pasó todo el trayecto echando encima de mí todos sus kilos para asomarse también por la ventanilla.

Descubrí que eso de viajar me gustaba. Pocas cosas había tan bonitas como ver pasar amplias llanuras, pueblos y montañas; carros, galeras, motos y bicicletas. Casi toda la gente nos saludaba al pasar. También me gustaba el viento en la cara trayendo olores y sonidos. El de los campos de trigo, el de las caballerías, el de la tahona del pueblo, el del bullicio de las plazas, el del tren a lo lejos…

Mi madre nos había hecho unos bocadillos de mortadela que don Pedro nos sacó a mitad de camino. Estaba ya muy cerca el final del curso y este don Pedro era muy diferente al del comienzo. Ahora sí que era un maestro de los buenos.

67
Una cama en el hospital

En la puerta principal del Hospital del Niño Jesús nos esperaba la madre de Lito, que se puso a llorar nada más vernos. Después de darnos un beso nos esperamos a que se secara los ojos antes de entrar.

—No le digáis a Lito que he llorado, hijos…

Adolfo llevaba una maleta de cartón con un asa metálica, muy parecida a la mía pero más grande. Y bastante más grande aún era la que portaba don Pedro. Yo llevaba, además, mi cartera de la escuela, a la que mi madre había dado betún, como a los zapatos, antes de salir. Atravesamos pasillos y pasillos cruzándonos con enfermos en pijama, familiares, monjas y enfermeras de blanco hasta que, por fin, llegamos a la habitación que ocupaba Lito.

Estaba en la cama, sentado. Lo encontré con mala cara, pero eso no importaba en ese momento. Adolfo se acercó por un lado de la cama y yo por el otro. Los tres nos abrazamos un poco torpemente pero muy contentos. No estaba bien visto abrazarse fuerte entre los chicos tal como nos hubiera gustado. Estábamos muy emocionados, los ojos se nos humedecieron a los tres, pero hacíamos lo imposible para que no se nos notara. Tampoco estaba bien visto que chicos mayores como nosotros llorásemos como las niñas.

—Hola, Lito —dijo don Pedro cuando nos separamos.

—Hola, don Pedro… —respondió él.

—¿Qué tal estás…? —le pregunté.

—Bien… A veces me dejan una radio.

—¿Y la comida es buena…? —se interesó Adolfo.

—Sí… Y ponen mucha, siempre me sobra…

—Es que el tonto no come casi nada… —aclaró su madre.

—Cuando me operaron de anginas yo tampoco comía nada —apuntó Adolfo muy serio, pero todos nos echamos a reír.

Después, como si hubiéramos hecho algo malo por reírnos, se hizo un breve silencio. La madre de Lito rompió el nerviosismo:

—Bueno, enseñadle a Lito los regalos que le traéis…

Yo abrí mi reluciente cartera muy despacio y saqué mi álbum de cromos con la foto de Di Stéfano en la portada. Había forrado las tapas (*pastas* decíamos nosotros) con plástico transparente.

—Ya lo he terminado. Mira, el cromo de la Saeta Rubia… —Abrí el

álbum por la página del Real Madrid.

Lito lo observó absorto, sin levantar los ojos. Yo creo que temía echarse a llorar al ver a los futbolistas.

—Te lo regalo —dije emocionado.

Lito levantó la cabeza sorprendido y también muy emocionado.

—Pero si es lo que más quieres…

—¿Y qué? Tú eres mi mejor amigo. Si tú lo tienes puedo verlo siempre que quiera…

—Gracias… Muchas gracias… Unas veces lo tendré yo y otras tú…

A Lito se le humedecieron los ojos, esta vez no pudo evitarlo. Su madre se salió al pasillo para que no la viese llorar. Lito pasó la mano suavemente por encima del álbum abierto como si lo acariciase, como si acariciase, quizá, a su mejor amigo.

—Adolfo te trae otro regalo… —dijo don Pedro.

Adolfo puso su maleta encima de la cama, la abrió con el ruido aparatoso de los cierres metálicos y sacó la gran y bonita radio Philips de su padre con la que siempre escuchábamos los partidos.

—Tu padre te va a matar cuando se entere… —dijo Lito riendo.

—Él está enterado. Hemos hecho un trato. Me la ha dado para ti y, a cambio, le voy a ayudar en la tienda durante las vacaciones.

—Gracias… —dijo Lito mientras cogía y acariciaba la radio.

—Qué buenos amigos tienes, Lito, es una suerte —comentó su madre, que había regresado del pasillo.

Y otra vez Lito tuvo que hacer esfuerzos para no llorar.

—Yo también tengo algo para ti. Es un regalo de Nicolás —dijo don Pedro.

De uno de los bolsillos de la gabardina, que estaba sobre una silla, sacó el paquete que vimos que le daba a la salida del cine. Se lo entregó a Lito. Enseguida lo desenvolvió. Pero al principio se quedó un poco sorprendido. Era un libro usado. Lito leyó en alto el título:

—*Enciclopedia Cívico-Pedagógica*. ¿Qué es? ¿Han cambiado la enciclopedia?

—No. Esta fue la última enciclopedia escolar de la República… —explicó don Pedro examinándola—. La que utilizaba tu padre para dar clase. ¡Vaya con el Nicolás…!

—No la queremos. Tenga —dijo su madre muy nerviosa mientras se la quitaba a su hijo y se la devolvía a don Pedro.

—No, no… —instaba el maestro.

—Llévesela. Y quémela. O haga lo que quiera con ella —insistió su madre.

—No, no. Guárdala tú, Lito —replicó don Pedro al tiempo que se la entregaba de nuevo—. Pero que no te la vean, en eso tiene razón tu madre. La verdad es que, ahora que no me oye nadie, era una buena enciclopedia.

Adolfo entonces se dio cuenta:

—¡Lito, mira en lo que estaba envuelto el libro!, ¡en el cartel de *Veracruz,* qué pasada!

La madre de Lito, ya más relajada, dijo entonces:

—He comprado pasteles para que os los comáis mientras escucháis el partido de la final.

—Pues vaya abriendo el paquete, doña Luisa, porque ya falta poco y hay que ir calentando motores… —dijo Adolfo tocándose el estómago.

Y era verdad. No faltaba mucho para que empezase la gran final en Bruselas. Yo busqué dónde colocar la radio y me di cuenta de que no alcanzaba el cable. En ese momento entraba en la habitación una enfermera joven y sonriente y me dirigí a ella:

—Por favor, señora…

—… Ya lo sé —me cortó—. No hay problema. Traigo ahora un alargador. Supongo que no os importará que vengan más niños a escuchar el partido. Están todos como locos…

—¡Claro que no! —exclamó Lito muy contento.

68
Real Madrid – Milán. La final

La habitación de Lito en el hospital se llenó de niños alrededor de la radio. Matías Prats retransmitía el partido, como siempre:

—«El ambiente en este precioso estadio de Heysel es impresionante. Nos dicen que se han congregado sesenta y siete mil espectadores. Pero lo más extraordinario es que hay aquí casi diez mil españoles llegados de Alemania, de Suiza, de Francia, de Holanda y, por supuesto, de la propia Bélgica. Emigrantes españoles que se esfuerzan por hacer más grande nuestro país con su trabajo y con sus divisas y que han encontrado en este Real Madrid el mejor embajador con que podían soñar».

Los ojos de Lito se humedecieron de nuevo. Yo sabía que estaba pensando en su padre, que muy probablemente era uno de esos miles de españoles que estaban en el estadio. Pasada la primera media hora de partido las enfermeras empezaron a entrar a repartir zumos de naranja y galletas. Y algunas de ellas, las más jóvenes, se quedaban escuchando un rato con gusto la narración del locutor. Fue un partido duro, muy competido y de nervios. El Milán estaba jugando mejor de lo que se esperaba, se cerraba mucho atrás y salía con peligrosos contraataques. Los muchachos, especialmente los más pequeños, se impacientaban porque no llegaban los goles. Y para colmo cuando llegó el gol, en el segundo tiempo, en el minuto cincuenta y nueve, fue de los italianos. Un jarro de agua fría.

—Tranquilos, chicos, que está Di Stéfano —dijo Lito a los más pequeños.

—Sí, la Saeta Rubia va a meter ahora un gol —añadió otro chico con gestos afirmativos.

Y así fue. Quince minutos después la Saeta Rubia metió un golazo espectacular. Los chicos no paraban de gritar y aplaudir. Pero la alegría no duró mucho. Tres minutos más tarde los italianos metieron su segundo gol. Pero solo otros dos minutos después Rial volvió a empatar para el Madrid. Fueron unos minutos de locura. Y aún quedaban más de diez minutos para meter el gol de la victoria que todos esperábamos. Pero el partido terminó con el empate a dos y hubo que ir a la prórroga.

Al alargarse el partido las enfermeras sirvieron la cena de una forma

muy poco habitual. Suprimieron las sopas para que no se volcaran, porque algunos niños estaban sobre almohadones en el suelo y otros sentados encima de las camas. A los más pequeños les hicieron bocadillos con el segundo plato, porque veían que por escuchar el aparato de radio lo iban a tirar. La voz de Matías Prats con su vibrante narración acompañaba la cena. Hasta que por fin llegó un fantástico gol de Gento en el minuto ciento siete y la gran victoria del Madrid. Los chicos saltaban y brincaban de contentos y volaban los almohadones por el aire. Uno de ellos se rompió y las plumas blancas flotaron como nieve por toda la habitación de Lito. Pero la gran sorpresa llegó cuando en las dedicatorias tras la victoria, y después de que los chicos hiciesen el silencio cuando su gran ídolo empezó a hablar, Di Stéfano dijo:

—«Esta tercera Copa de Europa se la dedicamos a todos los madridistas y a los españoles en general. Y muy en particular a todos los niños que han estado escuchando el partido por la radio en los hospitales… —Los chicos rompieron a aplaudir—. Pero especialmente a uno de ellos, gran amigo mío, que se llama Lito Fernández. Un saludo, compadre, y muchos ánimos».

Los chicos se quedaron mudos, incrédulos, un instante. El primero, el propio Lito. Pero pronto todos reaccionaron llenos de regocijo y se acercaron a felicitar a Lito como si fuera el propio Di Stéfano. Él seguía como ausente, sin creérselo ni poder explicárselo. O imaginando que solo lo había soñado.

69
Doña Rosalía

Don Pedro nos llevó a dormir a la pensión en la que siempre se quedaba en sus escapadas de desahogo a Madrid. Estaba por la Puerta de Toledo. Cogimos un taxi y le pidió al taxista que diera un rodeo y nos llevara por la Cibeles y la Puerta del Sol para que las viéramos. Cuando bajábamos por la calle de Alcalá vimos por primera vez los tranvías. Eran exactamente igual que como los habíamos visto en el No-Do. Como era de noche, incluso parecía en blanco y negro. La Puerta de Alcalá, resplandeciente por la iluminación, me impresionó. Por las calles había grupos de jóvenes con banderas blancas y de España celebrando la victoria del Madrid.

—Vaya partido, ¿eh, muchachos? Si dura un poco más me da un infarto —dijo el taxista.

La pensión estaba en un segundo piso al que subimos por una escalera de madera con los escalones totalmente desgastados. La regentaba doña Rosalía, una mujer oronda con los ojos y los labios muy pintados, pero muy maternal. Antes de acostarnos, doña Rosalía nos preparó la cena. Nos sentó a don Pedro, a Adolfo y a mí alrededor de una mesa redonda con muy poca iluminación. Ya nos había advertido nuestro maestro de que doña Rosalía llevaba muy mal lo de dejarse las luces encendidas. Con lo que no contábamos era con que casi ni las encendiese. En el centro colocó una gran sopera. Tampoco doña Rosalía contaba con que Adolfo tuviera tan buen apetito.

—¿Puedo repetir, doña Rosalía? —preguntó Adolfo.

—Claro, hijo… —respondió ella por quedar bien con don Pedro.

—Eche sin miedo, doña Rosalía, eche sin miedo… —insistía Adolfo.

Doña Rosalía empezó ya a arrugar el ceño.

—Pero, don Pedro, ¿me ha traído a un chico con la solitaria?

—Sí, es de muy buen comer… —indicó don Pedro.

—Habrá arruinado a su familia, digo yo —remató.

—Está muy buena la sopa. Se parece a la de mi madre —dije yo educadamente.

Pero retiró la sopera, no fuese que se me ocurriera repetir también a mí.

—Me alegro de que os guste. Y usted, don Pedro, ya sabe que está en su casa. Cuando salga luego a sus cosas yo me ocuparé de los niños.

A don Pedro casi se le atragantó la sopa.

—No es necesario, doña Rosalía… En este viaje no voy a salir —dijo apurado sin atreverse a mirarnos.

70
El penalti

En la radio estaban informando de que el Real Madrid ya había llegado a Madrid y todo el equipo había sido recibido por el generalísimo Franco en el palacio de El Pardo. Lito, sentado en una silla de ruedas, lo estaba oyendo por la radio que le había regalado Adolfo, la radio de nuestro escondite. Su madre estaba sentada junto a él haciendo punto con unas largas agujas. Una enfermera entró en la habitación sonriente:

—Lito, tienes visita…

Fue entonces cuando aparecí yo con mi cartera de la escuela medio abierta y me acerqué a él sonriendo:

—Hola, Lito. ¿Qué tal?

—Muy bien…

—Antes de que nos volvamos al pueblo, quería enseñarte algo. Mira…

Y por una esquina de la cartera asomó la cabecita de nuestra divertida tortuga.

—*¡Camila!* Pero ¿no se la había *cargao* el Quique…? Me lo contó mi madre.

—Eso creíamos… —Lito la cogió con sus dos manos y la levantó en alto—. Pero ya ves que no… Ha resucitado como Jesucristo. Ha sido un milagro… Y espero que no sea el último…

Lito y yo nos quedamos mirando un rato… Los dos sabíamos a qué me estaba refiriendo.

—Tu seminario… —dijo Lito.

—Tu pierna primero… —repliqué yo.

Desviamos un momento la vista hacia la tortuga y luego volvimos a encontrar nuestras miradas… encomendándonos a esos milagros, los hiciese quien los hiciese…

—Y Adolfo ¿no ha podido venir? —se interesó Lito.

—Ahora vendrá… con don Pedro… y con alguien más… —contesté sonriendo.

—¿Quién…? —volvió a preguntar.

Yo me encogí de hombros enigmático sin dejar de sonreír. En aquel mismo instante otra enfermera, también muy sonriente, se asomó a la habitación:

—Tienes otra visita, Lito…

—Sí, ya lo sé… —dijo él pensando que era Adolfo.

Pero el que entró fue don Alfredo Di Stéfano en persona acompañado de un directivo del Real Madrid, el director del hospital y, por supuesto, don Pedro y Adolfo. Y tras ellos toda la chiquillería de la clínica en pijama y hasta con vendajes y muletas. Don Alfredo saludó y habló a Lito con su gracioso tono argentino.

—¿Vos sos Lito…? —Él dijo que sí con la cabeza—. Os traigo una pelota, vos decís «balón», como pidió tu amigo. Tiene las firmas de todos los jugadores del Madrid…

A Lito casi se le saltaron las lágrimas. Don Alfredo siguió diciendo sonriente:

—Pero acá hay un problema muy serio, che. Yo jamás regalo una pelota a quien no sea capaz de meterme un gol de penalti. Tus amigos me dijeron que vos jugás requetebién. Pero yo soy también un portero fenomenal, ¿vos no lo sabés?

Lito entendió muy rápido de qué iba aquello y preguntó enseguida:

—¿Me pueden ayudar mis amigos?

—¡Por supuesto, corré a llamarlos!

Lito nos hizo una seña a Adolfo y a mí para que le ayudáramos a levantarse de la silla de ruedas.

Enseguida se encontró el sitio perfecto para disparar el penalti. Y en un abrir y cerrar de ojos se habían reunido un montón de niños, enfermeras y médicos a ambos lados de un pasillo bastante amplio cercano a la habitación de Lito. El propio Di Stéfano colocó la pelota en el suelo, en el punto del penalti, y luego se fue hasta el marco de una amplia doble puerta, con las dos hojas completamente abiertas, que hacía de perfecta portería. Adolfo y yo estábamos al lado de Lito, sujetándole cada uno por un brazo a modo de muletas. Delante justo de nosotros esperaba el balón. Pero Lito dijo:

—Tengo que tomar carrerilla…

Adolfo y yo nos miramos preocupados.

—¿Estás seguro…? —pregunté.

—Sí, sí… —contestó Lito con firmeza.

Le ayudamos entre los dos a echarse hacia atrás como tres o cuatro pasos, donde él nos indicó. Después Lito hizo gestos de que le dejásemos solo.

—¿Seguro, Lito…? —dijo Adolfo.

Lito contestó con gestos afirmativos de su cabeza. Pero sus ojos y su atención ya se habían concentrado en el balón. Por una esquina de mi cartera *Camila* asomó su cabeza, como si no quisiera perderse aquel importante momento. Lito tomó aire, arrancó, dio un par de pasos un poco a trompicones pero mejor de lo que todos imaginábamos y disparó justo en el instante en el que empezaba a caerse. La pelota

pegó en el marco de la puerta, rebotó y rompió con estrépito el cristal de una de las puertas de enfrente. Entretanto Lito caía de bruces impactando contra el suelo, primero con los brazos y luego también con la cara, mientas seguía pendiente de la trayectoria del balón. Todos aplaudieron con fuerza. Él se incorporó rápidamente preguntando:

—Ha sido gol, ¿no…?

—Pues claro —dije yo.

—Y menudo golazo —añadió Adolfo.

Mientras ayudábamos a Lito a levantarse, don Alfredo Di Stéfano regresó junto a nosotros con el balón en las manos y sonriendo:

—¿Cómo lo habés hecho, che? ¡Ha sido un gol de profesional, por toda la escuadra! ¡Eso no lo paraba ni Ramallets!

Lito cogió su balón mientras el propio don Alfredo le ayudaba a mantener el equilibrio sujetándole de un brazo. Todos, personal sanitario y chicos, seguían aplaudiendo emocionados.

—Pero tenés que seguir practicando. ¿Me lo prometés? —dijo Di Stéfano.

—¡Ya lo creo, don Alfredo!, ¿ha visto que ya muevo la pierna? —Don Alfredo sonreía mientras decía que sí con la cabeza—. ¡Hasta la he podido apoyar! —insistía Lito.

Adolfo y yo estábamos detrás de él pendientes de que no se cayera de espaldas con la emoción. Entretanto, *Camila,* no sé cómo, había hecho un montón de nuevos y pequeños amigos en el hospital y estaba en ese momento pasando de mano en mano tan contenta. Y Adolfo ya estaba a lo suyo:

—Y aquí ¿a qué hora se come?

EPÍLOGO

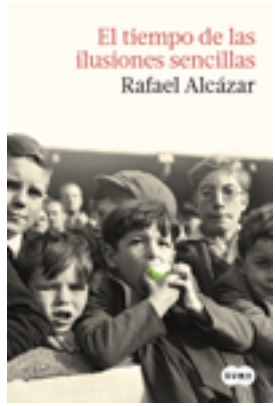
71
El año de la amistad

Regresamos al día siguiente en el mismo coche de línea en el que habíamos ido. En la parte trasera del autobús el conductor había colocado una gran pancarta de tela atada por las esquinas al portaequipajes del techo y a las últimas ventanillas. Decía: «¡Viva el Real Madrid! ¡Tres veces Campeón de Europa!». Me pasé casi todo el viaje con la cabeza fuera de una de esas ventanillas traseras disfrutando otra vez del aire que me pegaba en la cara y me despeinaba. Volvía a las reglas de tres y las lecciones de geografía, a las patadas de Quique, a la dictadura de mi madre y… a las dulces tetas de la Celi… En el verano mi padre me llevaría a su pueblo en la moto, me lo había prometido, y después del verano quién sabe si iría al seminario o no. Puestos a pensar qué plegarias a Dios tendrían más fuerza, si las de mi madre o las mías, no había muchas dudas sobre de qué lado estarían los cielos a pesar de los tormentos que había aplicado a mis rodillas. Pero ya no me importaba tanto, lucharía donde me tocase. Eso lo tenía claro.

Adolfo me guiñó un ojo cómplice. Yo le respondí con un cariñoso puñetazo en el brazo. Avanzábamos por la interminable llanura de Castilla cuando tuve la sensación de que en aquel curso de la tercera Copa de Europa del Madrid en vez de siete u ocho meses habían pasado, habíamos vivido, dos o tres años. Y era verdad. Todo me pareció muy distinto desde entonces… Todo, excepto el valor de la amistad.

Madrid, septiembre de 2014

Una novela nostálgica sobre la amistad, la esperanza y el futuro, que constituye un retrato sentimental de la España dividida de posguerra.



Tres amigos, un ídolo del fútbol y una amistad inquebrantable en un pueblo castellano durante los años cincuenta.

No hace mucho que Rafa, un niño delgaducho de diez años, vive con su familia en el pueblo toledano de Villanueva, y sin embargo, siente que sus nuevos amigos, Lito y Adolfo, son los mejores que ha tenido en la vida. Juntos pasan las tardes entre chapas, cromos, y retransmisiones de partidos por la radio. Matías Prats narra las victorias del equipo favorito de los rapaces, el Real Madrid, que está cosechando grandes éxitos en la competición europea gracias a una de sus figuras más destacadas Alfredo Di Stéfano, la Saeta Blanca. El tiempo discurre apacible para estos niños que asisten juntos a la llegada del cine a los pueblos, los vítores y la emoción de los triunfos del balompié mientras descubren la pureza de la amistad y asisten juntos a la apertura de un país que empieza poco a poco a lamer sus heridas.

Rafael Alcázar, director de cine, realizador de televisión y guionista, recrea en *El tiempo de las ilusiones sencillas* la vida cotidiana en un pueblo castellano a finales de los cincuenta y describe, haciendo uso de un estilo sencillo y ameno lleno de matices que lo acercan a la cotidianeidad heroica de Miguel Delibes o al lenguaje despojado de Alberto Méndez, el pasado reciente de un país de luces y sombras que intenta sacar lo mejor de él mismo.

«Inicialmente esta historia, basada en anécdotas y vivencias de mi infancia, tenía como propósito un guion de cine divertido, emotivo y cercano al realismo mágico. La escritura del libro me ha dado la oportunidad de aportar detalles que dan mucho más sentido y profundidad a la historia y, sobre todo, poder detenerme en los variados matices de los personajes. En todo caso, los recuerdo de aquel pueblo castellano siempre me aparecen en forma de imágenes llenas de colorido y envueltas en olores irrepetibles como el de aquella trastienda de ultramarinos donde escuchábamos por la radio los partidos del Madrid o tan embriagadores como el olor del trigo verde de aquel mayo luminoso de finales de los cincuenta.»
Rafael Alcázar

Sobre el autor

Rafael Alcázar toledano, es director de cine, realizador de televisión y guionista. Tras terminar sus estudios de Sociología en Madrid empezó a trabajar en TVE en 1972. Como ayudante de dirección participó en *La casa del reloj, Encuentros con las letras, Estudio abierto* (de J. M. Íñigo), *La hora de...* (de V. Lazarov) o *Estudio 1* (con Pilar Miró entre otros directores). Como director y realizador ha hecho para televisión programas de investigación dramáticos como *La llave de hierro* (con el debut de Antonio Banderas), comedias como *Par de tres* de J. Oristrell (debut de Wyoming), *tvmovies* de acción como *El correo de Perpignan* (primer protagonista de Aitana S. Gijón) y retransmisiones deportivas, musicales o para eventos de Eurovisión. Como director de cine y guionista es autor de *No hagas planes con Marga* (1988), *El laberinto griego* (1992) el debut de Penélope Cruz, *Corsarios del chip* (1996), *Besos de gato* (2003), *Las locuras de Don Quijote* (2006), y *Caleidoscopio* (en posproducción). También ha dirigido varios largos documentales: *Los Dichos: gitanos de Jerez* (2010), *Unamuno vive en Ámsterdam* (2012), *Unamuno apasionado* (2014) y *Las mujeres de Cervantes* (en producción).

© 2016, Rafael Alcázar
© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-8365-875-8
Diseño de cubierta: Compañía
Imagen de cubierta: © Hulton / CORBIS
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El tiempo de las ilusiones sencillas
Dedicatoria
Introducción
1. El año de las saetas
Octavos de final
2. La vida en un palacio
3. La calle Mayor
4. Don Fidel y la Gisela
5. Quique y las mulas
6. La leche y el queso
7. Royal Antwerp – Real Madrid
8. El padrenuestro
9. Sombras
10. El milagro de Franco
11. Camila va al cine
Vuelta de octavos
12. La boina de Anselmo
13. Turbantes moros
14. Indios y vaqueros
15. Real Madrid – Royal Antwerp
16. El pelele
17. La estanquera
18. Caídos del cielo
19. La medalla
20. Culpables
Cuartos de final
21. La madre de Lito
22. Dos gallinas y medio costal
23. Barras y estrellas
24. El vuelo de la Ossa
25. La copa
26. Las gambas mágicas
27. La Gisela se desmelena
28. Una sorpresa
29. Real Madrid – Sevilla
Vuelta de cuartos
30. Camisas azules
31. El cromo de Gento
32. Las enaguas de la Gisela
33. El pozo de la noria

34. La casilla
35. Los pozos
36. Las dos bocas de Damián
37. Sevilla – Real Madrid
38. El puchero
39. Cavilaciones
40. La vajilla real
Semifinales
41. Un revólver del Oeste
42. Dos cajones de madera
43. Confidencias
44. El Alto de los Leones
45. El primer pitillo
46. ¡Viva América!
47. La instrucción
48. Real Madrid – Vasas de Budapest
49. El casino
50. El ruido de nuestros pasos
Vuelta de semifinales
51. La maldición
52. El camposanto
53. La hoguera purificadora
54. Vasas de Budapest – Real Madrid
55. La solicitud
56. El tirachinas
57. La Saeta Rubia
58. Crujir de huesos
59. Al borde del abismo
Final en heysel
60. La Domínguez
61. El Raimundo
62. El Cipriano
63. San Isidro
64. El basurero
65. La carta
66. El viaje
67. Una cama en el hospital
68. Real Madrid – Milán. La final
69. Doña Rosalía
70. El penalti
Epílogo
71. El año de la amistad
Sobre este libro
Sobre el autor

Créditos